

# LA MALDICION DE DIOS

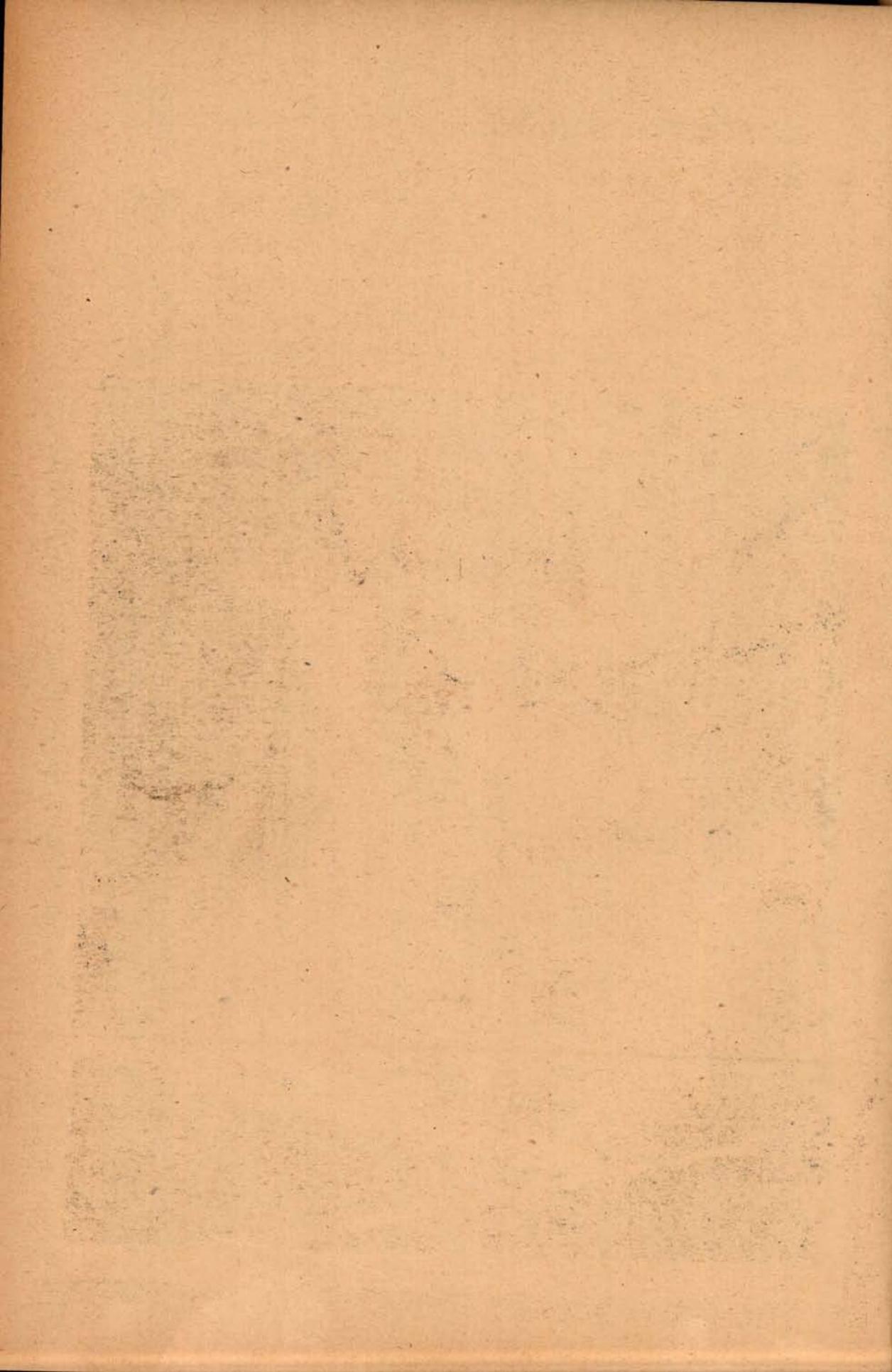
TOMO QUINTO

POR M. FERNANDEZ Y GONZALEZ



La dama con la niña en brazos volvió a la barca.

35 CTS.



1-1-600/15

# LA MALDICION DE DIOS

# OBRAS PUBLICADAS POR LA NOVELA ILUSTRADA

- 1.—Renata Mauperin, por J. y E. Gonsourt.
- 2.—Centinela alerta, por Matilde Serao.
- 3.—Los mil y un fantasmas, por A. Dumas.
- 4.—El hijo de la parroquia, por O. Dickens.
- 5.—Carmen, por Próspero Mérimé, y Corazón de torero, por Teófilo Gautier.
- 6.—Hércules el atrevido, por A. Dumas.
- 7.—El doctor Rameau, por Jorge Ohnet.
- 8.—Humo, por Iván Turguenef.
- 9.—El pescador de Islandia, por Pierre Loti.
- 10.—Raffles el elegante, por E. W. Hornung.
- 11.—La Savelli, por G. Agustín Thierry.
- 12.—Amor de española, por J. R. d'Aureville.
- 13.—Fuerte como la muerte, por G. Maupassant.
- 14.—La dama vestida de blanco, por W. Collins.
- 15.—Orimen y castigo, por F. Dostoyewsky.
- 16.—Miss Mefistófeles, por Fergus Hume.
- 17.—El sombrero del cura Orlío, por M. Marehl.
- 18.—Tiempos difíciles, por Carlos Dickens.
- 19.—Las aguas del monte Oriol, por Guy de Maupassant.
- 20.—El hombre del antifaz negro, por H. W. Hornung.
- 21.—Venganza corsa, por Próspero Mérimé.
- 22.—Padre y fiscal, por Francisco Oopé.
- 23.—El ilustre Cantasirena, por G. Rovetta.
- 24.—El ladrón nocturno, por E. W. Hornung.
- 25.—El idolo de los ojos verdes, por P. Brehner.
- 26.—Los buscadores de oro, por E. Conscience.
- 27.—La bohemia, por Enrique Mürger.
- 28.—La peña del muerto, por Quiller Couck.
- 29.—Los saballeros del bosque, por Jorge Sand.
- 30.—El hijo de Artagnan, por Paul de Feyer (3 tomos).

110<sup>a</sup> a 172.—La señorita de Montecristo, por Carlos Solo (3 tomos).

173.—El oro sangriento y  
174.—Flor de alegría, por Daniel Lenseur.  
175 y 176.—Novelas ejemplares, por Cervantes (dos tomos).

177.—Eugenia Grandet Los avaros de provincias, por H. Balzac.

## COLECCION CONAN-DOYLE

- 41.—Sable en mano.
- 42.—Al galope.
- 43.—La bandera verde.
- 44.—La tragedia del Korosko.
- 45.—El millón de la heredera.
- 46.—El vendedor de cadáveres.
- 47.—El robo del diamante azul.

## COLECCION VICTOR HUGO

- 48.—Bug-Jargal.
- 49.—Han de Islandia.
- 50.—El noventa y tres.
- 51.—El hombre que ríe (3 tomos).
- 52.—Los trabajadores del mar.
- 60.—Nuestra Señora de París.
- 61 y 62.—Los miserables (3 tomos).

## COLECCION TOLSTOI

- 64.—Resurrección.
- 65.—La guerra y la paz.
- 66.—La Sonata de Kreutzer.
- 67 y 68.—Ana Karenina (2 tomos).

## COLECCION ROCAMBOLE POR FERRAIL

- 77.—La herencia de los doce millones.
- 78.—El tonel del muerto.
- 8.—El Club de los Veinticuatro.
- 80.—El Rival de Bacarat.
- 81.—La estocada de los cien luses.
- 82.—El juramento de la gitana.

- 83.—Las dos Condesas.
- 84.—El triunfo del mal.
- 85.—Rocamboles tiene miedo.
- 86.—El espectro de la guillotina.
- 87.—Los Caballeros del Oclaro de Dumas.
- 88.—La sombra de Diana.
- 89.—El pacto de las tres mujeres.
- 90.—El hombre de las gafas azules.
- 94.—El número ciento y diez y siete.
- 95.—La cárcel de mujeres.
- 96.—Los lobos de la nieve.
- 97.—El telegrama falso.
- 98.—Las garras de color de rosa.
- 99.—La taberna de la muerte.
- 100.—El fantasma de las sadenas.
- 101.—Las canteras del crimen.
- 102.—El cadáver de cera.
- 103.—La vida de los tres maridos.
- 104.—Las fieras de la selva.
- 105.—El barril de pólvora.
- 106.—Los tres verdugos.
- 107.—El molino sin agua.
- 108.—El plan del hombre gris.
- 109.—El cementerio de los ajusticiados.
- 110.—Una cita de amor.
- 111.—Los dos detectives.
- 112.—El reo de muerte.
- 113.—La suelda del ahogado.
- 114.—La niña muda.
- 115.—El secreto de la cartera.
- 116.—La casa de las rosas.
- 117.—Los papeles del asesino.
- 118.—El rapto de una muerta.
- 119.—El hijo rojo.

## COLECCION DUMAS

- 49 y 50.—Los tres mosqueteros (3 tomos)
- 51 a 53.—Veinte años después (3 tomos).
- 54 a 59.—El Visconde de Bragelonne (6 tomos)
- 60 a 63.—El Conde de Montecristo (4 tomos)
- 64 y 65.—Asesinato (2 tomos).
- 66 a 68.—Las dos Dianas (3 tomos).
- 69 y 70.—El paje del Duque de Saboyanes (2 tomos)
- 71.—El Hércules.
- 72 y 73.—La reina Margarita (2 tomos).
- 74 a 76.—La dama de Monsoreau (3 tomos).
- 91 a 93.—Los suarenta y cinco (3 tomos).
- 120 a 125.—Memorias de un médico (6 tomos)
- 126 a 129.—El collar de la Reina (4 tomos)
- 148 a 150.—Angel Pitou (3 tomos).
- 151 a 158.—La Condesa de Charay (8 tomos).
- 165 y 166.—El Caballero de Casa Roja.
- 178 a 180.—Los compañeros de Jehú.
- 186 a 196.—Los Mohicanos de París (11 tomos)
- 197 a 199.—Los lobos de Macheul (3 tomos)

## ORTEGA Y FRIAS

- 430 a 438.—El tribunal de la sangre (9 tomos)
- 439 a 447.—El siglo de las tinieblas (9 tomos)

## MAYNE REID

- 159.—La venganza del Amarillo.
  - 160.—El bosque sumergido.
  - 161.—El barco negro.
  - 162.—Los naufragos de la Pandora.
  - 163.—Las dos hijas del bosque.
  - 164.—Mano Roja.
  - 165.—Los balleneros.
  - 182 y 183.—El pabellón de Socorro.
  - 184 y 185.—La criolla de Jamaica (2 tomos)
- FERNANDEZ Y GONZALEZ**  
200 a 203.—Don Juan Toporio (4 tomos).  
204 a 208.—La maldición de Dios (5 tomos).

R-43577



# LA MALDICIÓN DE DIOS

POR

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

TOMO QUINTO



**LA NOVELA ILUSTRADA**  
**Director Literario: Vicente Blasco Ibañez.**  
**Oficinas: Mesoneros Romanos, 42.**  
**MADRID**

LA MALDICIÓN  
DE DIOS

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

TOMO QUINTO



LA NOVELA ILUSTRADA  
Director Literario: Vicente Blasco Ibañez  
Oficina: Martínez Romanos, 25.

# LA MALDICIÓN DE DIOS

POR

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

I

Ha pasado un año.

Estamos en Sevilla, en la magnífica quinta de don Juan.

Estamos en invierno; pero en un invierno tibio, en que hasta los días nublados son claros.

En el invierno de Andalucía, harto diferente del nebuloso invierno de Flandes.

Era, en fin, el mes de Enero de 1535.

En la parte de la derecha de la quinta vivían Estrella y don Juan, y una tercer persona, que apenas contaba tres meses.

Una preciosa niña, que se llamaba Estrella Tenorio.

La naturaleza había dado sucesión á don Juan.

Pero no le había hecho feliz aquella sucesión.

Don Juan era más desgraciado que nunca.

Estrella le adoraba; pero en los momentos en que el amor de ambos esposos se desbordaba, en medio de un delirio de pasiones, Estrella gemía, y rechazaba instintivamente, sin voluntad, como obedeciendo á un impulso misterioso é invencible, á don Juan, que veía con terror que la mirada de Estrella se fijaba con espanto en un punto en que nada había, y en el que, sin embargo, parecía que Estrella encontraba un ser terrible.

Don Juan veía reflejándose en la mirada de Estrella al capitán Fernán Pérez.

Esto era un tormento horrible para don Juan.

Muchas veces acontecía lo mismo cuando Estrella besaba á su pequeña hija.

A más de esto, el amor de don Juan era un tósigo que mataba á Estrella.

Estaba pálida, débil, demacrada, en una palabra, tísica.

Don Juan, que se había transformado al ser padre; que no salía de su casa sino para ir alguna vez á la corte, cuyas espadas se empolvaban, quitadas rara vez de su armero, sufría horriblemente.

Estrella se le iba; se le iba con una rapidez espantosa; se acercaba á la tumba, sin que

hubiese poder humano que la apartase de su camino, arrastrada por una tisis inexorable, hija del remordimiento y del horror de amar, sin poder evitarlo, al hombre que había matado á su padre.

Don Juan parecía cada día más espectro, pero cada día parecía más joven y más hermoso: era como esas plantas mortíferas de los trópicos, cuyas hermosísimas flores tienen una larga vida y una larga juventud, y que no se marchitan sino un momento antes de secarse, un momento antes de morir.

Magdalena vivía en la parte izquierda de la quinta, de una manera independiente.

La corte sabía, porque lo había dicho el emperador, sin otra prueba, no que eran hermanos, sino que eran parientes próximos, y nadie extrañaba que una soltera tan hermosa, tan rica y tan codiciada viviese al arrimo de un pariente casado, que hacía vida común con su mujer.

Magdalena, más fuerte, más pura, más reflexiva que don Juan, había logrado purificar su amor, convertirle en un amor de hermana: y si sufría, no sufría ciertamente por sí misma, sino porque veía el grave estado de Estrella, el dolor de don Juan, y temía el momento en que Estrella muriese.

Porque don Juan amaba cada día con más delirio á Estrella, y la amaba, es decir, que no se había haviado de ella como de todas sus otras amantes, porque Estrella no había dejado de ser para él un imposible.

No había podido vencer su conciencia.

No había logrado que Estrella lo olvidase todo por él.

Estrella le adoraba, pero moría de horror.

Magdalena rechazaba continuamente las más brillantes proposiciones de enlace.

Porque Magdalena era muy rica, muy alta; nadie conocía su historia pasada, y como don Juan, en vez de envejecer, parecía como que

el tiempo la atraía nuevos encantos, aumentando su aspecto de pura y fresca juventud.

Nadie creía que Magdalena tenía cuarenta y un años, aunque ella lo decía á todo el mundo: todos decían:

—Se supone de más edad, por capricho: podrá ser cierto, pero nadie tiene más años que los que representa, y ella apenas representa veinte.

Don Juan tampoco representaba sus treinta y seis años.

Parecía un joven de veinticinco.

Estrella, que aun no había cumplido los diez y ocho, representaba más edad que él.

La pobre niña se asfixiaba: y sin embargo, podía asegurarse que con mucha frecuencia, era la mujer más dichosa de la tierra.

Pero pasaba el delirio, y la compensación dolorosa de aquella felicidad la hacía la más infeliz de las criaturas.

El emperador estaba muy contento con don Juan.

Le creía completamente convertido.

El emperador atribuía esto á los años; á haber tenido don Juan sucesión.

La emperatriz, á pesar de su severidad, había acabado por mirarle, no sólo sin prevención, sino con afecto.

Don Juan era afable con todos: frecuentaba los templos, salía poco de su casa, y casi siempre se le veía fuera de ella, con su mujer y con su hija.

Pero nadie veía que muchas noches, don Juan, al dar las ánimas, entraba en Sevilla por la puerta de San Juan; recorría algunas callejas, pasando sin estremecerse junto á los muros del convento de Santa Clara, que guardaba para él graves memorias, y en la calle del Hombre de Piedra llamaba al postigo de un jardín, le abría una mujer, le asía con una mano trémula de amor, y le conducía á un apartado salón bajo.

A la luz que alumbraba aquel salón, se veía que la mujer que le había llevado hasta allí á don Juan, era una hermosísima dama, de la cual hubiera dicho un estudiante flamenco de la universidad de Gante:

—¿Qué diablos hace aquí Guillermina, vestida como una princesa?

Guillermina había aumentado su nombre, y era menina de la emperatriz.

Se llamaba Guillermina Kresberg.

Lo que quiere decir que el gran bailío Esteban Kresberg había aparecido, al fin, y la había reconocido como su hija legítima, robada por unos bandidos para pedir rescate por ella á su padre, y perdida y vuelta á encontrar por la cicatriz azul marcada sobre su hombro izquierdo.

Ya que hemos encontrado de nuevo á Guillermina, reconocida por su padre, recojamos algunos cabos sueltos.

Un mes después de su salida de Gante, volvió de París Andrés Ceballos, después de haber hecho un viaje inútil.

El duque de Noailles había hecho honor al encargo de Magdalena, revolviendo á París en busca de Esteban Kresberg, de su nieta, y de su bisnieta: pero parecía que se los había tragado la inmensidad. Habían desaparecido y ninguna noticia se tenía de ellos.

Don Juan, que había prohibido terminantemente á Gabilán, casarse ni ser hostelero, so pena de su indignación, con grande enojo de María que se decía en el caso de ser objeto de una reparación completa, llamó un día á su confidente y le dijo:

Apostaría cualquier cosa á que no has ido á recoger unos impresos, de parte mía á una tienda de librero, adonde fuiste conmigo ha más de un mes.

—Nada me habéis dicho, señor.

—Ciertamente—dijo don Juan—: ¿te acuerdas de la librería?

—¡Oh! sí señor; me acuerdo mucho, porque me acuerdo más de lo que quisiera de lo que me sucedió el siguiente, aquel día en que la señora Guillermina me dejó solo con esa pobre María que quiere ponerme pleito, y tiene razón, mucha razón, señor.

Te prohibo que me vuelvas á hablar de ese asunto: hazla callar como puedas: te necesito.

Gabilán guardó silencio, pero suspiró de una manera grave.

—Vete á la librería, pide unos impresos de parte del marqués de Marana, y tráelos.

Media hora después, Gabilán había vuelto con los impresos.

Don Juan llamó á cuatro de sus criados, y envió uno á París con cien carteles en francés para que durante veinte días pusiese cada uno de ellos cinco carteles en los sitios más públicos: otro para que hiciese lo mismo en Colonia: otro con igual encargo á Sevilla, y por último, otro á Bruselas.

Don Juan mandó imprimir muchos más carteles, y por medio de hombres de confianza los envió para que fuesen fijados, á las principales ciudades de Francia, Alemania, Flandes y España. Es decir, que llenó á gran parte de Europa de carteles.

Pero pasó un mes, dos, tres, y Esteban Kresberg no parecía.

Al fin, un día, seis meses después del envío de los carteles, don Juan recibió una carta en que el gran bailío le citaba en el momento para su casa.

—Os doy á conocer, señor marqués de Ma-



rana—le dijo en cuanto le vió, señalándole á Rosaura y á un joven bello y activo, pero con una altivez afectada—, al señor marqués de Remy, esposo de mi nieta Rosaura Kresberg, y padre de mi bisnieta Isabel Kresberg.

Y llevó á don Juan hasta la cuna donde dormía una niña de más de un año.

—Os doy enhorabuena, señor bailío—dijo don Juan mirando de una manera profunda á aquel marqués que se había prestado á aquella superchería—. Señor marqués—continuó—, disponed de mí, supongo que seréis muy feliz, señora—dijo con la mayor naturalidad del mundo don Juan, dirigiéndose á Rosaura.

—Si tal, señor marqués—contestó Rosaura de una manera tan expansiva, que hizo que don Juan dijese para sí:

—O esta muchacha vale mucho menos de lo que yo creía, ó las mujeres tienen el don de engañar al diablo.

—Tengo muchas cosas que deciros, señor marqués—dijo Esteban Kresberg—; pasad, si gustáis á mi cámara.

Don Juan saludó ceremoniosamente al señor marqués de Remy, afectuosamente á Rosaura, y siguió al gran bailío á un aposento situado algunas habitaciones más allá.

Esteban Kresberg fué cerrando sucesivamente las puertas, á medida que pasaban por ellas.

—Nadie, puede oírnos—dijo el gran bailío—, y necesito que me digáis dónde está mi hija Guillermina; esto, antes que todo.

—En Gante, en la hostería de la «Rosa Blanca»—contestó don Juan.

—¿Con quién?

—Sola, con una doncella y un criado.

—¿Sola en una hostería una joven doncella?

—Hace seis meses la hostería ha dejado de ser hostería; desde el momento en que supe que era vuestra hija la supliqué que cerrase la hostería, que dejase de ser hostelera.

—Y ¿cómo habéis sabido don Juan, que mi hija tenía en el hombro izquierdo una cicatriz azul?

—Me lo dijo ella—dijo marcando su acento don Juan, como protestando á la mirada grave con que había acompañado su pregunta el gran bailío.

—Esa cicatriz está muy baja—dijo Esteban Kresberg, cuya mirada aumentaba en gravedad—; se la hizo siendo muy niña, al caer de los brazos de su nodriza en el ángulo de una mesa de bronce; la nodriza apretó carbón en la cicatriz, porque la habían dicho que el carbón en polvo se restañaba la sangre; de aquí el azul obscuro de la cicatriz.

—Pues ha sido verdaderamente una fortuna que vuestra hija cayese de los brazos de la nodriza, se hiriese en el ángulo de la mesa y se le ocurriese á la nodriza restañarla la

sangre con carbón en polvo—dijo don Juan, que se iba ya amostazando por la mirada del gran bailío que se iba haciendo cada vez más agresiva.

—Y ¿cómo sabéis que era una hija mía perdida esa joven que tiene esa cicatriz en el hombro, y que contaba hace un año veintidós?—dijo Esteban Kresberg.

—Me lo ha dicho el famoso bandido Vanloo, que fué quien os robó á Guillermina, y se vió obligado á escapar antes que pudieseis el dinero de su rescate en el sitio y en el plazo que se os había indicado: después, Vanloo, embarazado por la niña, se la dejó á un buhonero que se llamaba Jacobo Klauss, y que andando el tiempo fundó la hostería de la «Rosa Blanca», dónde después de la muerte de Jacobo, Guillermina, que se creía su hija, quedó por dueña: por el dicho de Vanloo la he buscado: he aquí toda mi historia.

—Y ¿cómo, decidme—preguntó el gran bailío, sin apearse de su gravedad—, cualquiera de esos miserables, pudiendo hacerme reconocer á mi hija, no me pidieron por su devolución un gran precio?

—Cabalmente lo mismo pregunté yo á Vanloo, y Vanloo me contestó que Jacobo Klauss, que nunca había tenido hijos, había contraído tal amor por Guillermina, que por nada del mundo os la hubiera entregado; y que si él no lo había hecho, había sido porque Jacobo poseía grandes secretos suyos, le servía de mucho, ayudándole como confidente secreto para su bandidaje, y Jacobo Klauss le había amenazado con dejar de servirle si os revelaba el misterio del paradero de Guillermina.

—Elo había de ser de algún modo—dijo el gran bailío—; pero si Guillermina ha muerto, si se ha marcado con una señal semejante á una muchacha cualquiera, yo no puedo engañarme: Guillermina se parecía á su pobre hermana la desventurada Elena, y en gran manera á su madre; debe conservar su parecido, debe ser rubia, muy rubia, porque á la edad de cuatro años, en que fué robada, tenía los cabellos casi blancos y los ojos muy hermosos muy grandes y muy negros.

—Con la seguridad de tener las pestañas negras, en tanto que las cejas y los cabellos son rubios—dijo don Juan.

—¡Ella es!—exclamó saltando de su sillón el gran bailío—; vamos á verla al momento, señor marqués.

—Esperad, esperad; en primer lugar es necesario prevenir á Guillermina? luego, como yo he respondido á vuestras preguntas acerca de vuestra hija, necesito que me respondáis á algunas preguntas mías acerca de vuestra nieta Rosaura.

El gran bailío se sentó disgustado é impaciente.

—Yo os entregué hace ocho meses una hija natural del emperador, que era vuestra nieta: el emperador os daba una grandeza de España si reconociais vuestra nieta para el hombre que se casase con ella y cubriese con su nombre el honor perdido de Rosaura, que por una seducción providencialmente vengada por la mano del emperador, se encontraba encinta de una manera avanzadísima: vos, á los pocos días de habéroslo ya entregado, desaparecisteis con vuestra nieta, llenándome de un cuidado mortal, obligándome á seguiros, por cuyo seguimiento y por mi lealtad al emperador, me han acontecido desgracias dolorosas é irreparables: ¿por qué huísteis señor Esteban Kresberg, haciéndome creer que os rebelabais contra vuestro señor natural el emperador, haciéndome temer el sacrificio de Rosaura y comprometiéndome gravemente?

—Por cubrir el honor de mi nieta—contestó, con altivez Esteban Kresberg.

—¿Y cómo le habéis cubierto.

—Aun no hace quince días se celebró en París el casamiento de mi nieta con el par de Francia Ernesto de Palsy, marqués de Remy.

—Que por su casamiento con vuestra nieta será grande de España con el título que su majestad se dignó otorgarle.

—El marqués de Remy no se ha vendido; mi nieta Rosaura no se ha sacrificado.

—Explicadme eso, porque vuestras respuestas me parecen tan extrañas como os parecieron á vos las mías respecto á Guillermina.

—La explicación de esto es el amor: el marqués de Remy conoció á Rosaura y se enamoró locamente de ella; me pidió su mano, yo le respondí que no podía contestarle sino me juraba por su honor de caballero francés guardar secreto sobre lo que tenía que decirle de Rosaura; lo juró: supo que era hija natural del emperador, habida en mi hija Elena; supo que Rosaura había sido seducida, que la seducción había dado por fruto un niño, que criaba secretamente en París; lo supo, en fin, todo.

—Y después de esto, ¿insistió en su petición?—dijo con una desdeñosa altivez don Juan.

—Se amaban.

—¿Amaba Rosaura después de sus terribles amores con su seductor, que la impulsaron á suicidarse?

—El corazón es un abismo: Rosaura se ha curado de aquel dolor al amar al marqués de Remy, y ha comprendido que no había amado, que había creído amor una fascinación, y además, muerto el otro, que fué para ella un infame, debía enamorarse del hombre que todo lo sacrificaba, que se prestaba á cubrir con su ilustre nombre el honor de Rosaura y á reconocer por su hijo legítimo al desdichado fruto de su desgracia.

—Pues tiene unas admirables tragaderas el amor de ese caballero—dijo don Juan sonriendo con desdén—; me alegro, sin embargo, por

ser quien es Rosaura, y doy gracias á Dios de que en el mundo haya hombres que llevan el amor hasta la baja.

—Mucho más bajo hubiera sido un esposo comprado.

—Concedido, señor Esteban Kresberg, y puesto que ellos son felices, me alegro mucho y me despido de vos para escribir al emperador este suceso, de una manera tal, que bastando para que el emperador me comprenda, nadie pueda conocer el secreto, si por acaso la carta se perdiese.

—Espero que este secreto morirá con vos.

—¿Por quién me tomáis?—dijo don Juan—; no quiero enfadarme con vos, porque comprendo que no me conocéis: hasta la noche.

—¡Hasta la noche!

—Sí: ya habré preparado á Guillermina y vendré por vos para llevarlos á su casa: adiós.

—Adiós, hasta la noche.

Y se separaron sin darse las manos.

Estaban ofendidos el uno del otro, sin poder acusar la ofensa: don Juan porque siguiendo á Esteban Kresberg, le habían acontecido los terribles sucesos que ya hemos relatado anteriormente: Esteban Kresberg porque don Juan conocía la historia de su hija Elena y de su nieta Rosaura.

Don Juan se fué á casa de Guillermina.

A primera vista, al verlos juntos, se comprendía que don Juan para Guillermina era lo mismo que había sido para todas las mujeres que le habían enamorado.

La seducción inevitable; la desgracia irremediable.

Guillermina estaba herida en el corazón, y sin embargo amaba su herida, gozaba con su dolor: era una nueva víctima de don Juan, de aquel ser de alma enloquecida y viciada, que lo devoraba todo sin saciarse jamás, que como el fuego, quemaba ó abrasaba todo lo que se ponía en su contacto.

Don Juan lo amaba todo: donde quiera que encontraba algo bello, allí estaba su corazón, su alma, su ser entero.

Belleza de la forma ó belleza del espíritu lo existente, lo dulce, lo amargo, lo desesperado, todo lo absorbía don Juan, de una manera inevitable, cediendo á su inmensa actividad, á la sensibilidad funesta de su espíritu, á su propensión de anegarse en la atmósfera de todo lo que era voluptuoso.

Su imaginación era un caos, su corazón un infierno.

Sediento de algo supremamente bello, supremamente grande, supremamente voluptuoso, de algo divino que su volcánica imaginación había soñado, buscaba en todas las mujeres aquel algo desconocido, aquel misterio, aquel sueño de su

fantasía; no lo encontraba, y pasaba dejando tras sí lágrimas y desesperaciones, que eran verdaderas y terribles desgracias para las abandonadas víctimas del sueño de don Juan.

Y este sueño, esta idea fija de una ilusión bellísima, en un ángel humanizado en una mujer, daba á los hermosos ojos, al hermoso semblante de don Juan una expresión tal, tan poética, tan grande, tan fascinadora, que todas las mujeres, veían en la mirada, en la sonrisa y en la palidez de don Juan el reflejo fantástico y casi divino que don Juan soñaba; veían en don Juan un ser casi sobrenatural, un ser alentado, una vida más grande, más poderosa, más ardiente que la de los hombres, y caían bajo el dominio de su fascinación.

Supongamos un hombre dotado de una fuerza magnética tal, que ningún pudor, ninguna prudencia, ninguna conveniencia pudiera resistir á su poderosa voluntad; que ningún valor, ninguna destreza, ninguna fiereza, dejase de ser dominadas por su influjo. Suponed esa maravillosa fuerza de fascinación en un hombre, y tendréis á don Juan ante el cual caía desplomada la virtud de la mujer más pura, ante el cual se desvanecía como el humo el más alto valor del hombre más sereno.

Había nacido con la fatalidad y la desgracia del dominio, y sin embargo, no podía ser feliz, porque para serlo necesitaba algo que no se encontraba en la tierra.

Esto es: la reunión de un solo ser, de cualidades, de formas, de inteligencia, de alma que se encontraba y que se encuentra diseminado en un número infinito de seres.

Por esto don Juan lo amaba todo: porque en todo encontraba algo de lo que constituía su ser soñado.

Por esto don Juan se empeñaba más ó menos por todas las mujeres que valían por la forma ó por el espíritu.

Por esto se había creado tantos inconvenientes, tantos sucesos, cuyas consecuencias le salían al camino, influyendo en su vida cuando menos los esperaba.

Por eso, una vez puesto en contacto con Guillermina, que tenía mucho del ser soñado por don Juan, la había arrastrado consigo en su voluntariosa marcha, por el camino de las pasiones.

Guillermina, que no estaba loca como don Juan, que la amaba, porque don Juan, sin quererlo, la dominaba: que comprendía perfectamente á don Juan, sufría y era desgraciada; pero ocultaba á don Juan su sufrimiento por no irritarle,

profundamente triste; pero al sentir los pasos de don Juan, aquellos pasos que conocía tanto, hizo un esfuerzo, y una sonrisa tranquila, satisfecha, que parecía emanar de un alma feliz, iluminó su semblante.

Las mujeres engañan del mismo modo al que aman por amor que al que aman por conveniencia.

Su grande arma es la mentira.

La facultad maravillosa de aparentar de una manera perfecta lo que no sienten. Quitadlas esta facultad, y las habréis reducido á una situación terrible.

La mujer miente porque es débil, y necesita mentir para defenderse.

Don Juan sonrió al ver sonreír á Guillermina.

—Cuando te veo—la dijo—, me parece como que descanso; te veo satisfecha; eres la única que no ha aumentado mi sufrimiento con el suyo.

—¿Y por qué he de sufrir yo?—dijo Guillermina—, ¿no eres para mí todo lo que puedes ser? ¿no me amas todo lo que puedes amarme? ¿por qué he de pedir más de lo que puedo obtener?

—¡Oh! ¡admirable!—dijo don Juan sentándose junto á Guillermina, más como un amigo afectuoso que como un amante—: tengo que decirte graves cosas.

Y don Juan la relató que había venido su padre, y lo que con él había hablado.

Aquella noche el gran bailío Esteban Kresberg reconoció á su hija legítima Guillermina Kresberg, y algunos días después se hizo el reconocimiento solemne por ante las leyes.

Nada tenía ya que hacer en Flandes don Juan.

Todas las cuestiones en que se había visto empeñado, habían llegado á una solución más ó menos satisfactoria.

Los tres gigantes habían sido enterrados, y en vano se había pretendido saber quién los había muerto.

Filiberta permaneció algún tiempo en el convento del Corazón de María.

Pero al fin salió de él y se fué á su Castillo Negro, donde algún tiempo adelante, no sabemos si olvidando ó no á don Juan se casó con un rico señor flamenco, que pagó todo lo que debía haber pagado don Juan.

Filiberta fué, pues, uno de aquellos muchos seres con los cuales don Juan tropezaba, echándolos fuera del camino, y siguiéndole sin volver la cara á saber qué había sido de ellos,

Antes de que don Juan llegase á la habitación donde se encontraba Guillermina, estaba ésta

Don Juan, Estrella, su hija, el gran bailío Esteban Kresberg, Guillermina, Rosaura y el marqués de Remy salieron juntos de Flandes en dirección á la corte de España, que aun se encontraba en Sevilla.

Algunos días antes, Magdalena, con Andrés Ceballos y toda su servidumbre, había tomado el mismo camino.

Gabilán iba terriblemente contrariado por la tiranía de su amo, que la obligaba á separarse de María, personaje ó personilla de la cual no sabemos lo que fué, ni hemos pretendido averiguarlo.

---

El emperador recibió magníficamente á don Juan; muy bien al gran bailío; de una manera sumamente satisfactoria al marqués de Remy, y con suma predilección á Rosaura.

Pero sin decir una sola palabra á Esteban Kresberg ni á Rosaura acerca de la historia que con ellos le unía.

Rosaura, á título de nieta del gran bailío, fué nombrada dama de honor de la emperatriz, que ignoraba é ignoró siempre que fuese hija del emperador, y recibió también en su servidumbre á Guillermina.

Por esta razón Guillermina se encontraba en Sevilla en la casa de su padre, y por esto don Juan iba muchas veces á verla de una manera secreta.

---

Don Juan se encontró en Sevilla con uno de sus grandes inconvenientes: con doña Leonor de Portugal, que con el apellido de Sese era dama de honor de la emperatriz, por gracia especial, puesto que era soltera.

Una profesión en el convento de Santa Clara había salvado á don Juan y á la emperatriz de otro inconveniente.

Gabriela; aquella pobre hija del rey don Manuel de Portugal y de doña Estefanía de Sousa Carballo y Meneses, hacía algún tiempo había tomado el velo de monja. El claustro servía de tumba á su esperanza, porque la pobre niña continuaba adorando á don Juan.

---

En cuanto á doña Leonor, don Juan encontró motivo bastante para volver á empeñarse por ella. Doña Leonor, al verle de repente en la corte, le había mirado ni más ni menos que como un conocido cuyo encuentro de nuevo es indiferente, y ya conocemos á don Juan.

Esto bastó para irritarlo.

Acabó de irritar el saber que doña Leonor tenía contraído el formal compromiso de casarse con el marqués de Rivalta, mayordomo de la casa real.

Pero como pudo darle á don Juan por quitar al marqués la novia, le dió por mostrarse tan indiferente á doña Leonor como si nada le importase el que ella se atreviese á sustituirle en su corazón con otro.

Y vino á suceder que al poco tiempo don Juan se olvidase de aquel empeño, y doña Leonor siguiese, pareciendo enamorada del marqués de Rivalta, como si jamás hubiese estado enamorada de nadie.

El pobre marqués de Rivalta, que era un fatuo, muy hermoso y muy rico, se creía de buena fé el primer amor de su prometida.

Y creyendo esto, se pavoneaba, porque doña Leonor era muy pretendida y se creía completamente feliz.

---

Don Juan, pues, ya no daba ruido: parecía cansado y retirado á la buena vida.

Se le veía casi siempre al lado de Estrella, y nadie sabía que algunas veces iba á ver secretamente á Guillermina.

Magdalena se había presentado á la emperatriz, y asimismo Estrella.

No podían por menos, atendida su posición.

Pero ninguna de las dos pretendió volver á formar parte de la servidumbre de la emperatriz.

---

Pasó así algún tiempo.

Estrella y don Juan, sufriendo la terrible situación en que estaban colocados el uno respecto al otro.

Magdalena, que realmente se había convertido sufriendo por los dos.

Estrella empeoraba de día en día: de día en día agonizaba con más rapidez.

---

Una noche, una mujer envuelta en un manto y acompañada de un hombre, llegó al muelle de la Torre del Oro, tomó una barca, y se hizo conducir por el río á un soto espeso, situado algo más allá de la quinta de don Juan.

Cuando llegó, la barca atracó á la orilla, y la mujer sola saltó en tierra y se perdió entre los árboles.

Era la noche muy oscura; pero aun cuando no lo hubiera sido, el rostro de la dama hubiera permanecido oculto por el doble obstáculo del manto y de un antifaz.

La dama se detuvo cuando hubo andado un corto espacio entre los árboles del soto, y tocó levemente un silbato.

Contestó un ligero silbido, y poco después se vió adelantar un bulto.

—¿Habéis logrado vuestro intento?—dijo la dama.

—Sí señora; la niña está aquí.

—Dádmela.

Aquel hombre dió una pequeña criatura á la dama, que la tomó en sus brazos y la cubrió con su manto.

La niña rompió á llorar.

—No importa—dijo la dama—; ya tu padre no te recobrará; tú serás mi venganza contra él. Mañana—añadió dirigiéndose al hombre que la había dado la niña—, id adonde sabéis á recibir el precio que aun se os debe.

—Muy bien, señora; pero os aconsejo que os alejéis cuanto antes, siguiendo por el río y tomando luego á campo traviesa: esa niña llora demasiado, y podríais echarlo todo á perder.

—¡Ah! no—dijo la dama—; lo he previsto todo: esta niña se pierde: adiós.

—Id con Dios y con fortuna, señora.

Y la dama, llevando en los brazos á la niña, que cada vez lloraba con más fuerza, volvió á la orilla, se metió en la barca, mandó á los remeros que siguiesen adelante, y como á dos tiros de arcabuz de aquel sitio saltó sola en tierra, pagó á los barqueros y se alejó.

Poco después llegó á un camino de travesía donde encontró un coche, que sin duda la esperaba, y dijo al cochero:

—A Sevilla.

Cuando el coche llegó á la puerta del Osario, que aun estaba abierta, la dama mandó al cochero detenerse, bajó, pagó y se entró sola en la ciudad.

La niña había dejado de llorar hacía ya mucho tiempo; se había dormido.

La dama atravesó la plaza del Osario, se metió en la calle de los Leoncillos, y á su fin llegó á un casucho; llamó á su puerta, la abrieron, entró la dama en un espacio oscuro y la puerta volvió á cerrarse.

Algunos minutos después se abrió, no ya el postigo de la puerta, sino toda ella, y salió una silla de manos.

Aquella silla siguió atravesando calles y calles hasta llegar á Gradás, delante de una casa principal.

La dama entró en ella, subió las anchas escaleras, atravesó algunas habitaciones y entró en un gabinete.

Entonces arrojó el manto y se quitó el antifaz.

Era doña Leonor de Portugal.

Don Juan hacía ya más de dos horas, cuando doña Leonor llegó á su casa, que se encontraba hablando mano á mano con el emperador en su recámara acerca de la guerra con Francia.

El emperador se lamentaba de que don Juan no se encontrase con los mejores deseos de entrar en campaña.

—Vuestra majestad—decía don Juan—, no debe

querer que yo le sirva en la guerra: indudablemente sucederían fracasos; porque allí donde yo pongo la mano, sobreviene una desgracia.

—Indudablemente la desgracia sería para los enemigos, marqués primo; porque está visto que vos no podéis ser vencido.

—Mal general pudiera ser yo, porque no me he probado, señor—contestó don Juan.

—Hombres como vos—replicó el emperador—, sirven grandemente para todo; además, ¿no acabáis de encontrar motivos de censura para el gran Antonio Leiva en cosas que yo no los he encontrado? pues mirad, don Juan, que yo me tengo por un buen general.

—No es lo mismo, señor, proyectar las cosas sobre una mesa, con una carta extendida, que llevarlas á cabo sobre el campo.

—Pues bien, don Juan, no quiero violentaros; pero sabed que otro día ha de ser lo que yo quiera, aunque no sea más que porque no se haga siempre lo que queráis vos.

—Vuestra majestad puede mandarme, seguro de ser obedecido ciegamente y con placer; pero la verdad, señor, es que ya no soy el mismo; que me siento cansado, como si pesaran sobre mí ochenta años; que no tengo ni ambición ni deseos, ni otra cosa que el amor de mi familia.

—Pues me alegro, don Juan; si seguís por ese buen camino, podrá suceder muy bien que vayáis al cielo. Es ya tarde; vuestra familia os espera tal vez; id, id con Dios.

El emperador dió á besar su mano á don Juan, que salió.

Más allá de la antecámara, á la entrada del patio de las Muñecas, un hombre se abalanzó hacia don Juan, haciéndole retroceder.

Don Juan había retrocedido espantado al ver la expresión del semblante del hombre que se había abalanzado á él.

Porque aquel hombre era Gabilán.

Y Gabilán tenía una expresión tal, que don Juan no dudó que había pasado una desgracia en su familia.

—¡Ah, señor, señor!—exclamó Gabilán—; hace dos horas os estoy esperando desesperado: he pedido que os llamasen, y me han dicho que estabais con el emperador y que no se os podía llamar. Pero mirad, les he dicho, que está expirando su esposa...

—¡Qué dices!—gritó don Juan, partiendo á la carrera hacia la puerta del alcázar, donde montó de un salto en su caballo.

El escudero que le había acompañado montó rápidamente.

Gabilán saltó también en el caballo en que había ido.

Don Juan partió á escape, sin cuidarse de si atropellaría á alguien, ni de si se destrozaría contra una esquina al revolver por las estrechas

calles, y se lanzó fuera de la ciudad por el postigo del Carbón, y siguió rugiendo y blasfemando, desgarrando los ijares del viejo «Volador», que gemía y devoraba la distancia. Tomó el puente de Triana, la ribera del río, y llegó en muy pocos minutos á la quinta.

Mucho antes de salir de Sevilla se habían quedado atrás Gabilán y el escudero.

Don Juan saltó de «Volador», dejándole suelto, entró con la fuerza de una tempestad y atravesó la casa hasta llegar á la habitación de Estrella.

Estaba ésta entre los brazos de Magdalena.

Al otro lado había un sacerdote severo, calvo, con los cabellos que caían á los lados de su cabeza blancos como la plata; en su manto se veía la cruz de Malta; pendiente sobre su pecho la medalla de la Inquisición. Era el rector del hospital de la Caridad; á quien ya conocemos.

Estrella había recibido el Viático y la Extremaunción.

Los inútiles médicos se habían retirado; las doncellas de Estrella estaban arrodilladas á los pies del lecho. Algunos criados silenciosos ocupaban un ángulo.

Como si la presencia de don Juan hubiera reanimado á la moribunda, ésta abrió los ojos y los fijó de una manera débil, pero ansiosa, en don Juan.

—Esto había de suceder alguna vez—dijo Estrella—: yo me sentía morir, pero no creía que apresurase mi muerte un golpe tan terrible: nuestra hija nos ha sido robada.

—¡Robada! ¡qué nos han robado nuestra hija!—exclamó don Juan, á quien aturdió la violencia del golpe.

—Sí, Juan, sí: ¡las culpas de los padres caen sobre los hijos!... acércate; no siento tu mano entre la mía... busca á nuestra hija... búscala... acuérdate de alguien que te aborrezca... si la encuentras, enséñala á orar por su madre... adiós...

Después de esto balbuceó algunas palabras ininteligibles, que acabaron por un murmullo que se perdió al fin. Había muerto.

Don Juan salió en el momento de la quinta, apurando toda la primera violencia del dolor. Sus criados habían temblado ante su cólera: ninguno había podido decirle acerca de su hija más que las siguientes palabras:

—La nodriza ha desaparecido con ella.

Don Juan envió á todos sus criados en todas direcciones.

Magdalena se había quedado al lado del cadáver de Estrella, y de tiempo en tiempo murmuraba:

—No era prudente decirselo; yo lo haré; lo haré mañana sin ruido; no ha podido ser otra. Y el pensamiento de Magdalena se fijaba en doña Leonor.

Pero don Juan no había necesitado que Magdalena iluminase su imaginación.

Al buscar una persona que le aborreciese lo bastante para vengarse de él en su hija, pensó en doña Leonor.

—¡Ah!—murmuraba don Juan rugiente, mientras espolcaba su caballo en demanda de doña Leonor—: y yo creía que se había olvidado de mí; que al encontrar un esposo en ese imbécil marqués de Rivalta se había consolado de mi desvío; yo me había alegrado de su indiferencia; ¡infame!...

Guardaba un momento de silencio y decía luego:

—Al matar al capitán Fernan-Pérez en Yuste, encontré mi unión con Estrella: al encontrar á Leonor en el cementerio de la iglesia de Somorinos, encontré á la terrible mujer que había de vengar la muerte de Fernan-Pérez robándome á mi hija, y matando por ello á su madre.

Y al decir esto don Juan, entre aquellos dos sucesos, entre el capitán Fernan-Pérez y doña Leonor, encontraba á doña Isabel de Portugal.

Aquella mujer le había causado, embriagándole, el abandono de doña Leonor, produciendo la venganza de doña Leonor por aquel abandono.

Todo esto se enlazaba en la relación terrible en la imaginación de don Juan, y, cosa espantosa, caliente aún el cadáver de Estrella, se levantaba en la imaginación de don Juan terrible y sombría, pero tentadora, doña Isabel.

Llegó un momento en que don Juan se aterró de sí mismo.

Había algo de infernal en su ser; algo que se sobreponía á todos los dolores, á todas las desgracias, á todo lo espantable.

—¿Será—exclamó don Juan—, que hay un Dios vengador, que empieza terrible donde su misericordia concluye? Yo, horrorizado por una visión de sangre, de lágrimas, de remordimientos, me lancé dentro del claustro; yo no ahogué en él mi soberbia; yo maté con los hábitos del monje por una injuria que como cristiano debí perdonar: ahora me ahoga el resultado de aquella muerte, y no un ángel, un demonio, se levanta llamándome desde el obscuro recinto de un claustro: ¡ah! ¿debo yo retroceder, debo ahogar estos proyectos de venganza que me irritan, y esperar á que Dios, compadecido de mí, me devuelva mi hija? No, imposible—añadió don Juan desesperado—; yo no puedo retroceder; siento una mano invencible que me impulsa, que me dice:

¡Anda, ve, extermina, cumple tu destino! Pues bien, exterminemos.

Y don Juan lanzó una carcajada hueca y espantosa.

Llegó á la casa de doña Leonor.

La puerta estaba cerrada.

Don Juan, desde su caballo, levantó el llamador y dió un tremendo golpe.

—¡Vive Dios!—dijo un hombre que estaba pegado á una reja, y al cual no había visto don Juan á causa de la noche—¿Quién se atreve á llamar de este modo, á estas horas, á esta casa?

Quien así había dirigido la palabra, de una manera grosera y agresiva á don Juan, era el marqués de Rivalta, que, como se dice en Andalucía, «pelaba la pava» aquella noche, por su desdicha, con doña Leonor.

—Quien llama así, se va á enviar con el diablo, estúpido marqués de Rivalta—dijo colérico don Juan, que había reconocido al marqués por la voz.

Y volvió á sentar otro terrible golpe en la puerta.

—Si no echáis pie á tierra al momento—dijo el marqués de Rivalta—, para darme una satisfacción por la injuria que acabáis de hacerme, os mato.

Don Juan ni aun siquiera echó mano á la espada; lo que hizo fué echar el caballo encima al marqués, tirarlo por tierra, y hacer pasar y volver á pasar sobre él al caballo.

Después volvió á llamar.

El marqués de Rivalta juraba y blasfemaba; pero había quedado tan estropeado que apenas podía valerse.

Don Juan seguía llamando, y sin embargo la puerta no se abría.

Entretanto, doña Leonor recogía todas las joyas y el dinero que podía llevar sobre sí, y las que podía llevar su fiel escudero Cristóbal del Saltillo, escapaba con él por un postigo de su casa y tomaba el camino de la calle de los Leoncillos, á la que llegó entrando apresuradamente en la casa donde había entrado antes.

Poco después salió Cristóbal del Saltillo, y volvió con dos caballos.

Doña Leonor bajó llevando un bulto debajo del manto, subió, ayudada por Saltillo, en uno de los caballos; Saltillo montó en el otro, y poco después los dos salían por la puerta del Osario.

Si á don Juan no se le hubiera ocurrido que la autora del robo de su hija había sido doña Leonor, al día siguiente Magdalena hubiera obligado á doña Leonor á devolver á don Juan

su hija; pero ya era tarde; doña Leonor había huído.

Don Juan llamó en vano, desesperado, á aquella puerta que no se abría.

Al escándalo acudió una ronda, y don Juan se vió obligado á retirarse por no dificultar sus asuntos por un desacato á la justicia, y á esperar al otro día.

Se volvió desesperado, loco, á su quinta, y pasó lo que quedaba de noche al lado del cadáver de Estrella, llorando, rezando y blasfemando, acompañado de Magdalena, que gemía al verle de tal modo enloquecido por el dolor.

Al otro día se supo que doña Leonor había desaparecido de la corte.

Al saber esta noticia don Juan, dijo:

—¡A Portugal! Ella habrá ido á ampararse del señor don Juan III: pues ¡guárdate de don Juan Tenorio, rey don Juan!

## II

En la calle de Belén, en Lisboa, había tres cosas notables; el convento, de un hermoso gótico del siglo XIII, que ocupaba gran parte de la calle: una enorme casa situada enfrente de la puerta de la iglesia, cuya casa pertenecía á un gótico más moderno que el del monasterio, con resabios del renacimiento; y en fin, la tercera cosa notable era una barbería abierta en el piso bajo de una fea casa que correspondía, frente por frente, con la portería del convento.

El convento de Belén era notable; primero por la gran divinidad y la pureza de su severa arquitectura; segundo porque en su iglesia estaban enterrados muchos reyes de Portugal, y tercero, porque se contaban curiosísimas historias de mujeres ilustres á quienes había llevado al claustro su desesperación ó la tiranía de sus parientes, cuyas historias terminaban en aquel convento.

La gran casa gótica del renacimiento era notable porque de ella se decía que tenía duende. Se contaban aventuras de valentones que se habían atrevido á penetrar en ella y habían salido despavoridos; y estaba, por último, inhabitable, cerrada á piedra y lodo, y los vecinos decían que dentro de ella sonaban de noche cadenas, gemidos, gritos y carcajadas.

La barbería nada tenía de notable por sí misma. Era simplemente un portal, cuya entrada estaba cubierta por una celosía verde, con dos bacías abolladas colgadas encima, y en el cen-

tro una gran mueja pintada de blanco, con los raigones encarnados. Lo cual quería decir «aquí se desuella y se desquijarra».

Lo notable no era, pues, la tienda, sino el barbero, el señor Vasco-Pérez de Alenteixo, fidalgo portugués; porque todos los portugueses aunque sean barberos soa fidalgos, y hombre utilísimo á la república, por más de un concepto.

Rasuraba, trasquilaba, sacaba muejas, ponía sanguijuelas, sangraba, curaba tercianas, hacía amuletos para los niños y conocía una multitud de emplastos, de brebajes y de cocimientos que curaban como con la mano una multitud de enfermedades.

Pero lo que hacía más notable, más célebre, más necesario y más buscado al señor de Vasco-Pérez de Alenteixo eran sus grandes cualidades para corredor de amores.

El portugués es muy dado al amor, muy impresionable, y con suma facilidad contrae una de esas pasiones volcánicas que hacen temer por la vida, por la razón de quien las padece: otro sí, las damas portuguesas de aquel tiempo, que eran entonces tan hermosas como lo son ahora, eran lo más recoletas, lo más retiradas y lo más inaccesibles que podía darse, no porque ellas no fuesen también impresionables y volcánicas, sino porque sus padres, ó sus parientes ó sus tutores, ó los que tenían en fin dominio y jurisdicción sobre ellas, las dejaban salir muy poco á la calle, para ir únicamente á la iglesia ó al convento, á visitar alguna parienta, y aun así, envueltas en sus mantos y perfectamente tapadas aquellas cuya familia no era bastante rica para llevarlas en sillas de mano cerradas con celosías.

Porque esta misma propensión al amor de los portugueses los hacía como padres, parientes, maridos ó tutores, celosos hasta un punto exagerado.

Pero aunque una dama portuguesa estuviese encerrada en un arca, como suele decirse, con el rodrígón, la dueña y el pariente adjuntos al brial, como el señor Vasco-Pérez de Alenteixo se propusiese que la tal dama recibiese una carta amatoria, la recibía; y no era esto solo, sino que la procuraba los medios de contestar, recibía la contestación y la daba al interesado.

No era esto solo. Cuando una dama se prestaba á dar una cita en su propia casa, á su galán, la fecunda imaginación del inestimable barbero, encontraba medio para que los amantes se viesan y se hablasen, á pesar de celosías, puertas, candados, y cerrojos.

Claro está que el señor Vasco-Pérez no hacía esto si no por la cuenta que le tenía, sin escándalo y con una prudencia nunca desmentida.

Inútil es decir, que siendo tan enamorados los portugueses y las portuguesas, encontrando tales dificultades, en razón á las costumbres, para comunicarse, y existiendo una especialidad tal para

salvar todos los obstáculos, como el señor Vasco-Pérez de Alenteixo, éste debía estar muy rico.

---

No se le conocía sin embargo.

El señor Vasco-Pérez vestía de una manera muy sencilla, aunque limpia; vivía solo, se lo hacía todo por sí mismo, inclusa la comida que era parca, y no se le conocían malas amistades ni embarraganamientos, ni nada que pudiese ofender á la religión, á las leyes y á las buenas costumbres. Hablaba bajo: escogía las palabras más corteses; sabía cómo había de hacer para tratar á cada cual, cómo quería ser tratado; no disputaba; no mentía: no decía palabras malsonantes: era en fin un hombre con el cual tenía todo el mundo que estar bien.

No se encargaba nunca de una misión delicada como no le inspirase una gran confianza la persona que se la encomendaba, y aun así lo hacía como por bondad, por caridad, suponiendo siempre los mejores intentos en el enamorado, ó la enamorada, que damas eran con mucha frecuencia las que se valían para sus asuntos, del señor Vasco-Pérez.

Si él hubiera sido hablador, hubiera podido contar grandes cosas de hombres y mujeres de todas clases y estados, y había entre los concedesores del señor Vasco-Pérez, quien aseguraba que el mismo rey don Juan III solía ir de noche y encubierto, á casa del rapista, donde poco antes ó poco después había entrado ó entraba alguna dama que un poco más allá ó más acá de su puerta había salido de una silla de manos, y escurridose silenciosamente hacia aquella puerta que se había abierto sin ruido, dejando ver un fondo de tinieblas.

Nadie, sin embargo, decía nada de lo que había observado al señor Vasco-Pérez, porque éste tenía el raro don de servir completísimamente á sus parroquianos, sin autorizarles por esto á que le faltasen al respeto.

Solamente era en una cosa intemperante el señor Vasco-Pérez de Alenteixo: en tocar la guitarra. Pero ¿qué portugués, sobre todo si es barbero, no siente la pasión immoderada de hacer hablar bien ó mal, á este instrumento? Vasco-Pérez le tocaba admirablemente y de una manera continua, salvo cuando estaba ocupado en afeitar, en cuidar de su casa, en comer, ó en dormir.

El señor Vasco-Pérez debía tener el don de multiplicarse; porque nunca faltaba de su casa, y siempre cumplía, con una maravillosa rapidez, las comisiones que se le confiaban.

---

El barbero era un hombre enjuto, pálido, como de cincuenta años, de semblante inmóvil y grave, de mirada tranquila, de maneras decorosas,

atildado, mesurado, hombre, en fin, al que no podía llamarse buen hombre, pero al que tampoco podía llamarse hombre malo.

Nuestro barbero era pues, la notabilidad más notable de las tres notabilidades de la calle de Belén.

Acababa de cerrar nuestro hombre la puerta de su tienda, una noche del mes de Mayo de 1536, cuando sonaron en la puerta prudentísimos golpes que pusieron en una grave atención á nuestro barbero.

Lo primero que hizo fué tomar el velón que estaba sobre una mesa y sacarle de la tienda dejándola á obscuras: llegóse luego silenciosamente á la puerta, abrió sin ruido un ventanillo, miró y vió un bulto opaco que le interceptaba la débil claridad de la noche.

Vasco-Pérez no dijo una sola palabra y los tres golpes volvieron á sonar de una manera tan leve como la vez primera.

Tampoco contestó Vasco-Pérez.

Los tres golpes volvieron, á sonar, leves y pausados.

Entonces el señor Vasco-Pérez abrió á medias la puerta que no produjo ruido alguno, y entró un bulto, detrás del cual la puerta se cerró silenciosamente.

—Me envía la señora Agueda de Aponte—dijo una voz de mujer por la que el experimentado barbero reconoció á una dama de altísimo coturno—; me ha dicho que vos me podréis informar de lo que quiero saber.

—¿Y quién ha dicho á vuestra señoría que yo conozco á la señora Agueda de Aponte?—dijo con un acento sumamente cortés el barbero.

—He ido recorriendo una sucesión de personas—contestó la dama—; me valí primero de una doncella de confianza, que tomó lenguas y fué á parar á un ropavejero; ésta, sabido lo que se quería, la envió á un sacristán; el sacristán la mandó á casa de una beata; la beata, por último, la indicó la señora Agueda de Aponte; ésta exigió que la persona que necesitaba ser servida hablase con ella; fuí, la hablé y me envió á vos.

—Cierto, certísimo—dijo el señor Vasco-Pérez de Alenteixo—; ya la señora Agueda de Aponte me había anunciado la visita de vuestra señoría; ella os habrá dicho lo servicial que yo soy, cuando se trata de servir á personas ilustres, y me atrevo á suplicar á vuestra señoría pase adonde podrá mandarme lo que guste, con más comodidad y más decoro.

—Haced luz para que yo vea dónde me dirijo—contestó la dama.

El barbero hizo que apareciese detrás de una puerta el reflejo de una luz, y la dama se dirigió á aquella puerta y pasó.

Cerróla Vasco-Pérez apenas hubo pasado; tomó

el velón, y precediendo á la dama, la llevó por un pasadizo á una habitación decentemente amueblada, donde había un canapé y sillones con forro de damasco amarillo.

El barbero dejó sobre una mesa de nogal el velón y se acercó á la dama, que se había sentado en el canapé, deteniéndose á una distancia respetuosa.

La dama estaba completamente cubierta por un manto, á excepción de una hermosa y blanquísima mano, cargada de ricas sortijas, en la que tenía un magnífico pañuelo de Cambray bordado. Por el excesivo número de sortijas que se veían en aquella admirable mano, y por el acento de la dama, parecía portuguesa.

Pero podía ser muy bien que no lo fuese y hubiese apelado á aquel abuso de sortijas y le hubiese dejado ver, y hubiese aceptado además el acento portugués para parecer portuguesa.

—Empiezo por demostraros cuánto agradeceré el que me contestéis á lo que necesito saber, ofreciéndos esta pequeña muestra de mi agradecimiento anticipado—dijo la dama, sacando de debajo del manto su mano derecha, en la cual había un pesado bolsillo.

El brazo desnudo que había dejado ver en parte, con una riquísima pulsera de diamantes, era admirable, tanto por su forma, como por su nítida blancura.

Ardió una chispa extraña y lógica en los ojos del barbero, que dijo para sí:

—Yo debo conocerla, si es portuguesa.

Y luego dijo en voz alta:

—Vuestra señoría no tiene necesidad de recompensarme para que yo la sirva con mucho contento mío.

—Ved que se me cansa el brazo — dijo la dama.

Vasco-Pérez tomó el bolsillo, y conoció que la dama tenía razón en lo de que se la cansaba el brazo, porque el bolsillo era muy pesado.

Le guardó pulcramente el señor Vasco Pérez, y esperó.

—¿Cuántas monjas hay en el convento de Belén—dijo la dama—que sean tan hermosas que puedan enamorar á un perfecto gentilhomme?

Hasta entonces nadie había preguntado ni una palabra acerca de las vecinas madres al barbero.

La casa de Dios había sido respetada.

Sin embargo, era tal Vasco-Pérez, que no se le podía coger desprevenido.

—Hermosas hay algunas, por ejemplo, la abadesa es una señora alta, robusta, con unas manos y con unos ojos que no parecen hechos sino para volver loco á un santo; pero la madre doña Micaela de los Angeles, que así se llama la abadesa, va siendo ya cuerpo mayor.

—¿Qué edad?—dijo con un acento particular la dama.

—Cincuenta años; pero...  
 —Más abajo, amigo mío.  
 —La madre sacristana, doña María de las Mercedes Pelaez de Figueroa, es...

—Edad.

—Cuarenta años.

—Más abajo—dijo con impaciencia la dama.

—¿De qué edad las queréis pues?

—Diez y ocho... y cuatro... de veintidós.

—Pues de esa edad, señora, no hay ninguna monja que sea hermosa en el convento de Belén.

—¿Y no hay más señoras que las monjas en ese convento?

—Sí, sí señora; ¡ah! ya sé; vos, juzgando acaso por las apariencias, creéis que sólo tiene veintidós ó veinticuatro años una señora muy principal que tiene ya cerca de sesenta: una alta dama que está presa de por vida.

—No; no os hablo yo de doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses—dijo con desdén la dama—: de otra.

—No lo sé: dígame vuestra señoría su nombre y podré contestarla con seguridad.

—No la conozco: supongo que dentro del convento hay una mujer joven y hermosa, que hace algunos años tuvo amores con cierto galán, y que debe contar veintidós años.

—Como no sea la hija natural del rey.

—Doña Isabel de Portugal, eso es.

—¿Decíais que no la conocíais?

—No la conozco; pero sé que está en el convento; que la ronda una persona é interesa á otra, que me es muy querida, y necesitaba saber, porque vos me lo dijeseis, si conocíais á doña Isabel de Portugal.

—Sí, sí señora, la conozco.

—Sin duda—contestó con irritación mal encubierta la dama—, porque sois el intermediario de sus amores con don Juan.

—No conozco á ese don Juan, por la sencilla razón de que conozco muchos Donjuanes: ¿su apellido?

—Tenorio.

—He oído hablar mucho de ese caballero, pero nunca me ha honrado hablándome, ni aun pasando por mi calle.

—Vos lo veis y lo sabéis todo: ¿no habéis visto ninguna noche un hidalgo rondando el convento?

—Rondan muchos por las educandas; y yo, señora, nunca me ocupo de lo que no me interesa.

—Decidme: ¿se puede penetrar en ese convento por alguna parte?

—Difícilmente, señora.

—Alguna ventana de ese convento ¿da á la calle?

—Sólo dan las ventanas de la iglesia.

—Decidme: ¿si un hombre penetrase en la iglesia, podría entrar en el convento?

—Sí, si le abrieran la ventana del comulgatorio, en el coro bajo.

—¿Y se puede penetrar en la iglesia?

—No, si no abre el sacristán.

—¿Conocéis bien al sacristán?

—Bastante; como que yo le cuido la cara y las muelas.

—¿Y es hombre capaz de abrir, por un buen precio, la puerta de la iglesia?

—¿Y quién se atrevería, señora, á cometer la profanación de entrar en un templo para entenderse con una mujer recluida en una clausura?

—Don Juan—contestó secamente la dama.

—Pues si don Juan se atreve á entrar en la iglesia, el sacristán se atreverá mucho más que él á abrirle la puerta, con tal de que se lo paguen bien.

—Perfectamente: ya esto es algo; oid: poneos de acuerdo con el sacristán; decidle que si don Juan le da ciento porque le abra la puerta, se le darán mil si avisa la noche y la hora en que don Juan haya de entrar.

—Muy bien, señora.

—En la inteligencia, señor Vasco-Pérez de Alenteixo, que si doña Isabel de Portugal desaparece del convento de Belén robada por don Juan Tenorio, desaparecéis vos del mundo.

—Señora—dijo asustado el barbero, porque comprendió que la dama era muy capaz de llevar á cabo su amenaza, y que tenía poder bastante para ello—, señora, doña Isabel de Portugal puede desaparecer del convento sin que el sacristán tenga nada que ver en ello, sin que yo lo sienta ni lo sienta nadie, porque...

El rapista se detuvo, como quien, próximo á cometer una imprudencia, se traga las palabras que debían determinarla.

—¿Por qué? — dijo la dama, que había notado el tragamiento de aquellas palabras.

—Porque afirman que don Juan Tenorio tiene hecho pacto con el diablo—dijo vivamente el barbero—, y aun hay quien añade si el diablo es su padre.

—Vos sabéis cómo y por dónde puede sacarse del convento una mujer—dijo, con el acento seguro de quien no duda lo que afirma, la dama.

El barbero empezó á trasudar.

—Esa sortija—dijo quitándose una la dama— vale dos mil ducados: ¿la queréis?

—¡Señora!...—contestó afectando una vacilación que no sentía el barbero.

—¿Sí ó no? — preguntó enérgicamente la dama.

—Sí—contestó el barbero—; pero ruego á vuestra señoría la mayor prudencia: vuestra señoría está perdidamente enamorada...

—¡Yo! ¿sabéis quién soy yo?—dijo la dama con una altivez indómita que hizo temblar al barbero—: ¿enamorada yo de ese jactancioso?

Y parecía como que la dama se asustaba de la suposición; como si aquella suposición hubiese despertado su alma, descubriéndola un terrible misterio.

El miedo de Vasco-Pérez creció.

—Perdonad, perdonad, señora—dijo—; pero las apariencias...

—¡Imbécil!—exclamó la dama—: ¿no sentís algo que sale de mí, que debía haceros comprender que yo soy incapaz de una infamia? ¿que tal vez lo que yo quiero evitar no es que otra mujer ame á don Juan, sino que doña Isabel de Portugal no sea burlada, deshonrada?

—Y bien, señora; con hacer saber al rey que don Juan ronda el convento de Belén—dijo el rapista, que de miedo quería descubrir terreno—se evitaba todo: su alteza prendería á don Juan ó le echaría del reino.

—Yo no quiero que su alteza sepa esto; de ningún modo: desdichado de vos, si por vos el rey lo supiera.

—Pues no sé—dijo el barbero.

—¿Qué es lo que no sabéis?

—Quién es vuestra señoría—contestó Vasco-Pérez aturdido, porque no se le ocurrió otra contestación más pronta que la verdad.

—Guardaos de pretender saber quién yo sea—dijo la dama—, si no es ya que queráis que os suceda una negra desventura: tomad—añadió alargándole la sortija que aun tenía en la mano—, y servidme bien.

—Estad tranquila, señora—dijo el barbero—; don Juan no puede apoderarse de doña Isabel, ni aun entenderse con ella, como no cuenta conmigo; y yo afirmo á vuestra señoría que todo lo pondré en su conocimiento cuando llegue el caso; pero para ello, señora, necesito saber dónde y cómo puedo avisar á vuestra señoría.

—Cuanto tengáis algo que avisarme, poned en vuestra ventana, al oscurecer, un paño blanco. Y la dama se levantó.

—¿No tiene vuestra señoría nada más que ordenarme?—dijo el barbero.

—Nada más: conducidme afuera, y guardaos de seguirme.

Y la dama se dirigió á la puerta del aposento.

Vasco-Pérez tomó la luz, la dejó en el mismo sitio del pasadizo en que antes la había puesto, y cuando pasó la dama cerró la puerta del pasadizo dejando á oscuras la tienda.

Luego abrió silenciosamente la puerta de la calle, y la dama salió.

Al salir dió un grito de sorpresa, y Vasco-Pérez sintió un empellón en la puerta y que un hombre se le metía dentro.

—Cerrad, y no os asustéis, ¡vive Dios!—dijo aquel hombre—: me envían á traer os mucho dinero, y al dinero no se le cierra la puerta.

Y el hombre que había dicho esto, sin esperar á que cerrase la puerta Vasco-Pérez, la cerró, corriendo su cerrojo.

III

—Sin duda—dijo Vasco-Pérez con una energía que ninguno de sus conocidos hubiera supuesto en él—, habéis creído que en mi casa puede entrarse así cualquiera sin más ni más, y tenerme cogido una vez dentro.

—Dejaos de sandeces, amigo barbero: he estado llamando y no habéis querido abrirme: se ha abierto la puerta, y como me han dicho: «Si no te entiendes con el barbero, te desuello,» y mi amo es muy capaz de hacerlo con vos y conmigo, me he entrado de rondón en cuanto habéis abierto la puerta: aquí no se trata de robaros ni de mataros: yo soy en mi tierra un hidalgo tan bueno como el que más, y no he menester de cometer delitos; pero os advierto que uñas habéis de tener para echarme á mí fuera después de haber entrado: para que os tranquilicéis, para que veáis que os traigo, y que nada quiero llevarme, ahí va eso.

Instantáneamente sonó en el suelo el tentador ruido de un bolsillo lleno de monedas de oro.

—Bah—dijo el barbero ya más tranquilo—, entrad donde os veamos el rostro, porque yo gusto de saber con quien trato.

Y llevó al hombre por el mismo sitio, con las mismas precauciones, al mismo aposento donde había hablado con la dama.

No conocía al hombre que había entrado.

Este se sentó en el mismo sitio que había ocupado la dama y dijo mirando descaradamente al barbero.

—Mi amo se llama el excelentísimo señor marqués de Marana; por la tranquilidad con que habéis escuchado ese nombre, comprendo que no conocéis á mi amo: mi amo es don Juan Tenorio.

—Me alegro mucho de saberlo—dijo el barbero que no mentía al decirlo.

—Yo soy un desgraciado que se llama Antón Gabilán: un hombre á quien su amo usa tanto que se va gastando, y ya no sabe ni lo que quiere ni adonde irá á parar detrás de su amo; á mi amo no hay medio de decirle que no, y mi amo me envía.

—¿Y á qué os envía vuestro amo?

—¿Habéis recogido el bolsillo que tiré en el suelo?

—Sí.

—Pues bien, sacadlo y ved si la moneda es de buena ley, y si merece que á buena ley sirváis á mi amo: si eso no es bastante, pedid más.

—Hablad.

—¿Seréis vos capaz de encontrar en Lisboa, y si no está en Lisboa, en todo el reino de Por-

fugal, á la hija del difunto alférez mayor de Portugal, don Luis de Sese?

—Si está en Lisboa ó en Portugal, la encontraré.

—Pues buscadla, y hasta dentro de quince días que vendré á ver si la habéis encontrado.

—¿Os vais ya?

—¿Y qué diablos tengo que hacer aquí?

—Tenéis razón, y os agradezco que os vayáis tan pronto porque necesito quedarme solo.

—Amigo barbero, estáis engañando á medio mundo.

—¿Por qué decís eso?

—Porque todo el mundo dice que sois un buen hombre, un pobre diablo que ni os atrevéis á levantar la voz, y por Dios vivo, compadre, sois un galeote, capaz de tomaros un chirlo con el más pintado.

—Pues calláoslo, porque conviene, y cuando queráis pasar un buen rato con un buen amigo, llegad á mi puerta y dad quedito tres golpes, tres veces seguidas.

—Pues hasta la vista, compadre.

—Hasta la vista, señor Antón Gabilán: decid á su excelencia que ha de quedar muy contento de mí.

—Pues ganáis doblemente en ello, porque tomaréis por tenerle contento, y no tomaréis por haberle disgustado.

—Ea, pues buenas noches, y no hagáis ruido al salir—dijo el barbero abriendo silenciosamente la puerta.

—Buenas noches, y hasta la vista, señor Vasco Pérez—dijo Gabilán.

El barbero cerró la puerta.

Y salió.

Gabilán se fué á la esquina del convento hacia la parte que caía frente á la casa del duende, y la volvió:

—¡Calla!—dijo—¿dónde está mi amo? ¿adónde diablos habrá ido? pues ello es que no me agrada gran cosa permanecer aquí: estas callejuelas son malas y poco seguras, y no me atrevo tampoco á irme sin esperar algún tiempo á que vuelva mi amo: pero ya que me quedo aquí, observemos desde lo obscuro y sin que nos vean si sucede aquí algo: yo no sé lo que es, pero el corazón me está dando aventura.

Gabilán se fué hacia el frente al otro lado de la calle, y se metió en un oscuro soportal, desde el que se veía casi toda la calle de Belén.

Aun no había pasado un cuarto de hora, cuando Gabilán, que oculto tras de un poste del soportal, miraba la calle de Belén, vió que la puerta de la tienda del señor Vasco-Pérez

de Alienteixo se abría, y salía por ella un bulto que adelantaba recatadamente hacia la casa del duende, se deslizaba junto á ella, torcía la esquina, llegaba á un postigo de la dicha casa y desaparecía en el interior.

—¡Ah!—dijo Gabilán—¡con que el amigo rapista se trata con la gente del otro mundo! pues si se trata él, no sé por qué no he de tratarme yo: en cuanto á mi amo, no hay que decir, porque mi amo es capaz de tratarse con el mismo diablo en persona; esperemos á que salga el señor Vasco-Pérez, aunque tarde desde ahora hasta por la mañana, y en saliendo, le echo el guante, y mucho será que no le obligue á que me meta en esa casa para que yo sepa alguna vez lo que es un alma en pena.

Gabilán esperó y á poco un bulto apareció en la calle.

Gabilán reconoció en aquel bulto á su amo.

—Señor—dijo saliendo de su escondite.

—¡Ah! Gabilán: has concluído ya, por lo que veo: ¿qué te ha dicho el barbero?

—Qué averiguará, que buscará todos los medios de encontrar á doña Leonor de Sese.

—Necesito hablar con ese hombre: ve y llama á su puerta.

—Es inútil, señor: ese hombre no está en su casa; ha salido de ella y como no ha visto á nadie, porque yo he estado escondido, se ha entrado sin temor en esa casa.

—¿En la casa del duende?—dijo don Juan.

—Eso prueba, señor, una de dos: ó que el señor Vasco-Pérez es brujo y gran conocido del diablo, ó que el duende de esa casa es mentira.

—Ve y llama á la casa del duende.

—Será avisarle y no averiguar nada: yo creo, dicho sea con vuestra licencia, que lo mejor sería esperar al señor Vasco-Pérez.

—Tienes razón—dijo don Juan—, esperemos.

—Podrá suceder muy bien—dijo Gabilán—, que tanto tenga que tratar el señor Vasco-Pérez con el duende, que no salga en toda la noche.

—No será la primera que hayamos pasado al sereno.

—Por mí, en buen hora: pero decidme, señor, si es que ya no he perdido vuestra confianza: ¿por qué no os he encontrado cuando salí de casa del barbero? algo que hacer os cayó sin duda.

—La curiosidad es un vicio de que no he podido curarte, Antón, y en el cual vas creciendo á medida que te vas haciendo viejo: ¿y no tropezaste con una mujer cuando llegaste á la puerta del barbero?

—Sí, si señor: pero como lo que á mí me importaba era entrar, hice poco caso de la mujer que salía.



—A pesar de lo obscuro de la noche, me pareció tan gentil y tan airosa aquella mujer, que no pude dejar de seguirla.

—¿Cómo habíais de dejar de seguir á una mujer, si os daba en los ojos su donaire? ¿y qué sucedió?

—Se metió en una silla de manos que la esperaba un poco más allá: yo seguí la silla, que andaba muy de prisa: me llevaron por una y otra calleja, y al fin la silla se detuvo en un lugar donde había algunos hombres; noté que la dama que iba en la silla hablaba con uno de ellos, y poco después todos aquellos hombres se vinieron hacia mí.

—¿Hay que apuntar algún muerto en la lista, señor?

—No por cierto: aquellos hombres me entreuvieron un momento con palabras corteses, y me dejaron el paso franco: pero ya no pude encontrar la silla; había desaparecido.

—Pero la dama que salió de casa del señor Vasco-Pérez, éste debe conocerla y si se le paga bien nos dirá quien es: pero una dama que sale de tal casa y á tal hora, no merece, señor, ni aun el que pregunte por ella un hombre tal como vos: debe ser una mujer enamorada y abandonada, porque las mujeres no buscan á hombres como el señor Vasco-Pérez, sino cuando se ven despreciadas y quieren atraer por todos los medios al hombre que las desprecia.

—Gabilán, esa dama me conoce.

—¿Y qué pruebas tenéis de ello, señor?

—¿Qué? que cuando la brindé con mi compañía, la dama dió un pequeño grito de sorpresa que me dejó conocer claramente que sabía quién yo era, y dió á correr con miedo hasta llegar donde la esperaba la silla de manos, en la que entró apresuradamente: ¿será esa dama doña Leonor?

—Os afirmo que no: ya sabéis, señor, que no me equivoqué: por la manera con que me contestó el barbero cuando le hablé de doña Leonor, estoy seguro de que no la conoce.

—Tiene el mismo aire, la misma estatura que doña Leonor.

—Estoy seguro de que no es ella: ¿no habéis tenido amores en Lisboa, cuando estuvisteis en ella? como yo no os servía entonces, estoy á oscuras.

—Doña Isabel de Portugal está encerrada en ese convento—dijo don Juan Tenorio pasando revista á sus recuerdos—; doña Estefanía, de Silva está presa de por vida, en ese mismo convento: doña Gabriela de Portugal es monja en Santa Clara de Sevilla: la reina...

—¡Ah, diablo!—dijo Gabilán—¿habéis tenido también amores con la reina?

—No, Gabilán, no; pero he podido tenerlos; he respetado en ella á la hermana del emperador.

—Pero no es posible creer—dijo Gabilán—,

que una reina se salga así de noche y se venga á la casa de un barbero.

—Tienes razón, Gabilán; sería demasiado; no puede creerse; pero me conocía, y si no es ni la reina ni doña Leonor, yo no sé de otra dama que en Portugal me conozca.

—Apelaremos al barbero: ¿á qué afanarnos en adivinar, si maese Vasco-Pérez cantará de plano, si no por algunos doblones, por algunos cintarazos? si queréis creerme, señor, debemos irnos; la noche está cruda, este sitio es triste y lóbrego.

—¡Bah! Gabilán, esperemos; estoy seguro de que ha de sucedernos ésta noche alguna buena aventura.

Apenas había dicho esto don Juan, se abrió el postigo de la casa del Duende, por donde había penetrado en ella Vasco-Pérez, y salió éste.

El postigo fué cerrado por dentro, lo que demostraba que alguien había acompañado por la parte de adentro al barbero.

Don Juan se le echó encima.

—Vasco-Pérez saltó atrás, y al saltar tiró de la espada.

—¡Bah!—dijo don Juan—; no os queráis tan mal, amigo; no queráis privaros de los días que os queden de vida, haciendo neciamente méritos para morir de mala muerte.

—¿Quién sois? ¿qué queréis?—dijo con acento decidido y amenazador Vasco-Pérez.

—Amigo rapista—dijo Gabilán—, os advierto que mi amo es muy poco sufrido; dejaos, pues, de bravatas, y venid acá, que mi amo tiene que hablaros.

—¡Ah! ¿es vucencia, señor marqués de Marana?—dijo Vasco-Pérez envainando su espada.

—Yo soy—contestó don Juan.

—Guardé Dios á vucencia—dijo el barbero.

—Para que me guarde mejor, porque la noche está fría y puede dañarme el sereno—dijo don Juan—, llamad á esa casa, donde debéis ser muy conocido, y hablemos cómodamente.

—¿Tiene costumbre vucencia de tratar con almas del otro mundo?

—Algo más que eso; tengo costumbre de hacerlas.

—¿Sí?—dijo Vasco-Pérez—; pues adelante.

Y llegó al postigo de la casa y llamó quedo.

Un momento después se abrió el postigo, dejando ver un fondo densamente obscuro.

—¿Por qué volvéis, señor Vasco-Pérez?—dijo una fresca voz de mujer.

—Hablad bajo, hablad bajo, señora—dijo el el barbero—; viene conmigo don Juan Tenorio, hombre á quien todas deseabais tanto conocer.

—¡Oh! pues llevadle á la sala amarilla, en donde podremos verle sin que él nos vea; pero esperad á que yo tenga tiempo de escapar.

—Pues escapad ya.

Oyéronse en seguida precipitados y fuertes pasos de mujer, pasos que revelaban el incitante peso de una buena moza.

—Entre vucencia, señor marqués—dijo Vasco Pérez—; agárrese vucencia á mi capa para que le guíe.

—Agárrate á mi capa, Gabilán.

—¿También vuestro criado?—dijo Vasco Pérez.

—¿Y por qué no, infame desollador de rostros?—dijo Gabilán.

—No me opongo, compañero—dijo Vasco Pérez—; pero adentro, á fin de que yo cierre el postigo.

Entraron don Juan y Gabilán, y Vasco Pérez cerró el postigo con cerrojo.

Luego tiró adelante por entre lo obscuro, diciendo á don Juan:

—No hay tropiezos ni escalones; seguid sin cuidado tras de mí.

A poco salieron á la galería de un gran patio, cuyos sombríos arcos góticos se veían apenas á la opaca luz de la noche.

—Gran casa tienen los duendes—dijo Gabilán.

—Ya podéis soltaros y seguirme, á ver si en alguno de estos salones enciendea los duendes alguna luz.

Y Vasco Pérez dió tres palmadas, á las que contestó de un rincón del patio una especie de siseo largo y muy semejante al silbido de una lechuza.

—¿No os da miedo, amigo lacayo?—dijo el barbero, que se encaminaba al ángulo donde había sonado aquel ruido.

—¡Miedo, y me parece que ese siseo ha salido de una boca de ángel!—dijo Gabilán—: yo conozco á las buenas mozas con sólo oírlas respirar.

Las buenas mozas de aquí son invisibles—dijo el barbero—; pero ved—añadió parándose delante de una gran puerta, tras la cual se veía un reflejo opaco—, ved si los duendes son serviciales y si me estiman; apenas he dado tres palmadas, y ya tenemos luz.

—Entrad, vive Dios, charlatán insoportable—dijo don Juan—; tengo ganas de sacaros del cuerpo más de tres cosas.

—Trescientas me sacará vucencia—dijo el barbero—; porque ya sé con quien trato, y yo trato á cada cual como quien es.

—Pues me alegro, porque así acabaremos más pronto—dijo don Juan.

Y siguiendo al barbero y seguido por Gabilán atravesó un antecámara embalsada de már-mol, y entró en un gran salón, cubierto por una gruesa alfombra, amueblado con lujo, cuyas

paredes estaban cubiertas de ricos tapices, y cuyo techo era una magnífica ensambladura del gusto del renacimiento con un marcado sabor gótico.

—Bien aposentados están los duendes—dijo Gabilán.

—Los duendes no tienen otra cosa que hacer que quitar el polvo á todo esto; tal como ello está se quedó hace treinta años, cuando ajusticiaron á Hugo de Figueroa, comendador de la orden de Avis, que mató una noche en esta misma cámara á su mujer y á sus tres hijas: los bienes le fueron confiscados, y esta casa estuvo cerrada y selladas las puertas algún tiempo: empezaron á oírse dentro de la casa vacía gemidos, gritos, carcajadas, ruidos extraños, crujir de cadenas; dieron en decir las gentes que dentro de esta casa vivían en pena las almas de Hugo de Figueroa, de su mujer y de sus tres hijas; hasta la misma justicia tuvo miedo de entrar en la casa, y así se ha estado hace treinta años.

—¿Y á quién ha servido esa temerosa superstición?—dijo don Juan.

—A las monjas de Belén—dijo con inapreciable franqueza el barbero, pero en voz muy baja.

—¡Ah!—exclamó don Juan—¿esta casa se comunica con el convento?

—Sí; pero callad, que ya hablaré de eso á vucencia.

—Es decir, que nos escuchan—respondió en voz baja don Juan.

—Indudablemente, señor—dijo el barbero.

Sonó en aquel momento un espantoso ruido de cadenas.

Gabilán soltó la carcajada más alegre y más ruidosa del mundo.

Un coro de carcajadas femeniles contestó á la carcajada de Gabilán.

—¡Ah!—exclamó don Juan—¿estará ella entre esas mujeres?

—Doña Isabel de Portugal, señor marqués—dijo el barbero—, no sabe que el convento se comunica con esta casa.

—¿Por qué me habláis de doña Isabel de Portugal?—dijo don Juan.

—Porque sé que sólo por ella ronda vucencia el convento y se entiende con el sacristán de las monjas; porque sé que hay quien se entromete en si rondáis ó no el convento.

—El sacristán es un tuno que merece una paliza—dijo don Juan—: encárgate de ello, Gabilán; es necesario que ese mal nacido esté quince días en la cama.

—Mañana á la noche le acuesto—dijo Gabilán.

—¿Y quién es la persona que se interesa en que ronde ó no, el convento?—dijo don Juan.

—Una dama—contestó el barbero.

—¿Su nombre?

—No lo sé.

—¡Cómo! ¿no sabéis como se llama, y sabéis que se entromete en mis cosas?

—Ha venido esta noche encubierta á mi casa.

—¿Es acaso esa dama la que salió cuando se metió en vuestra casa mi criado?

—La misma: ¿la conoce vucencia?

Hizo con tal ahinco y con tal sinceridad esta pregunta el barbero, que don Juan se convenció de que no conocía á la dama.

—¿Cómo ha ido á vuestra casa una dama á quien no conocéis?

—Como van tantas gentes que me conocen y á quien yo no conozco.

—¿Y es joven esa dama?

—Sí señor.

—¿Hermosa?

—Hermosísima.

—¿De qué color tiene los ojos?

—No la he visto los ojos.

—Entonces, si no habéis visto su semblante, ¿cómo sabéis que es hermosa?

—La que tiene unos brazos como los suyos, unas manos como las suyas, una gentileza como la de ella y una voz tan dulce y tan armoniosa como su voz, y tan dominante y tan altiva al mismo tiempo, no sólo es muy hermosa, sino que también es muy dama: ¡si hubiera visto vucencia los brazaletes y las sortijas que traía en aquellos brazos y en aquellas manos, que parecían marfil vivo! Pero aquí tengo una sortija que me dió porque le sirviera; es decir, porque la avisase cuando entrabais en el convento ó lo que haciais.

El barbero enseñó á don Juan la rica sortija que la dama le había dado.

—¡Por Dios vivo!—dijo don Juan examinando la sortija—; dama que da tal alhaja porque se observe á un hombre, le ama mucho, y es muy rica y muy principal: averiguadme quién es esa dama, porque habréis convenido con ella en algún medio para decirla ó hacerla saber lo que de mí sepáis.

—Esa dama, la noche que yo quiera irá á mi casa.

—Pues bien que vaya mañana á la noche.

—Mire vucencia que yo no me atrevo á que vucencia entre en mi casa.

—No necesito entrar; lo que necesito es que esa dama entre.

—Entrará.

Toda esta conversación la habían tenido en voz muy baja don Juan y el barbero.

Entretanto, en el interior, los duendes, esto es, las monjas, habían estado armando un ruido infernal.

—Vamos á ver lo que se les ocurre hacer á esas locas—dijo don Juan en voz baja al rapista—; me interesa mucho entenderme con ellas: ¿hay dentro hombres? lo digo por ir prevenido.

—No señor; en esta casa no entra más hombre que yo; ellas son las que suelen salir.

—¡Sabéis que el tal convento de Belén es una maravilla!—dijo don Juan.

—Como aquí vienen todas las mancebas desechadas del rey, no hay quien las meta en caja.

—¿Y por dónde pasan á esta casa las buenas madres?

—Diré á vucencia: la familia de los Figueiros tenía el patronato del convento de Belén; y por esta razón existe un pasadizo subterráneo que pone en comunicación el convento con la casa: la puerta de este pasadizo por la parte del convento, está en el panteón, y la sirve de puerta secreta una losa que parece la de una tumba. Una noche, hace veinte años, la abadesa que entonces gobernaba el convento, y que había tenido no sé qué historia antes de ser monja con el rey don Manuel, al arrodillarse sobre la losa que sirve de puerta, sintió que la losa cedía, bajaba por un lado, y se levantaba por otro, dejando ver un fondo obscuro: doña Guiomar de Céspedes, que era valiente como un hombre, que aun no tenía treinta años y estaba en toda la fuerza de su hermosura, en vez de asustarse, reconoció la losa, vió que tenía un resorte, se valió de él, y se encontró con que la losa se abrió por completo, dejando paso á una estrecha escalera; bajó por ella la abadesa, se encontró en un pasadizo subterráneo, subió al fin de él una escalera, tropezó con otra puerta secreta, y entró en este salón.

—¡Ah!—dijo don Juan—, conque á este mismo salón corresponde la puerta por donde esta casa se comunica con el convento.

—Sí señor.

—¿Y dónde está esa puerta, maese?

El barbero se dirigió á un ángulo del salón, levantó el tapiz, y mostró á don Juan una puerta ensamblada.

—¿Y no hay otra puerta por donde puedan pasar las monjas al convento?

—No señor.

—Gabilán, pónteme aquí de centinela, y no me dejes pasar ninguna de esas señoras.

—Ved lo que hacéis, don Juan—dijo verdaderamente asustado el barbero—; mirad que me comprometéis; mirad que la madre abadesa doña María de las Nieves priva mucho con el rey.

—Más privo yo; y sobre todo, la abadesa se entenderá bien conmigo.

—No me perdonará el que haya descubierto su secreto.

—¿Y entonces, por qué de tan buen grado me habéis introducido aquí?

—Eso es distinto, las buenas madres deseaban conoceros; yo lo sabía, y he aprovechado la ocasión; pero de esto á que doña María de las Nieves sepa que yo os he dicho la verdad hay mucha diferencia; tomará de mí una terrible venganza.

—Pues tened paciencia con lo que os suceda:

lo dicho, Gabilán; estáte ahí, y en cuanto aparezca una monja, avisa.

—Me va á perder vucencia—dijo el barbero, que dejaba conocer el gran susto que le dominaba.

—Nada os ha de acontecer—dijo don Juan—: llevadme en busca de las buenas madres, que yo lo arreglaré todo.

—¡Sea todo por Dios!—dijo Vasco-Pérez—, y se fué á tomar la bujía, única luz que puesta en un candelero sobre una mesa alumbraba el salón.

—Yo no me quedo á obscuras—dijo Gabilán—, porque...

—¿Tienes miedo, brabón?—dijo don Juan.

—No, no es miedo, señor, ya me he echado el alma á la espalda, y nada hay que á mí me espante; pero si me quedo á obscuras se me escaparán sin que yo pueda evitarlo.

—Tienes razón—dijo don Juan—, echad vos adelante, maese, que seguro estoy de que en otra habitación encontraremos luz.

Vasco-Pérez suspiró fuertemente como quien veía que hacían inútil el último recurso que le quedaba para salir de aquel apuro.

—Vamos, pues—dijo echándose también el alma atrás, como suele decirse—, y suceda lo que Dios quiera.

Y se entró por una puerta seguido de don Juan.

Antón se quedó inmóvil delante del tapiz que ocultaba la puerta secreta.

#### IV

Vasco-Pérez y don Juan se encontraron en una habitación lóbrega, á cuyo fin se escuchaba el leve murmullo de algunas voces que hablaban en voz muy baja.

Don Juan se dirigió en paso rápido hacia donde aquellas voces sonaban, y le pareció que no le seguía el barbero.

Don Juan adelantó sin embargo.

Las voces habían cesado, pero se escuchaba el leve roce de las ropas de algunas mujeres que se alejaban en silencio.

Don Juan adelantó con más rapidez.

Llegó casi á tocar á las personas que huían.

—Señores duendes—dijo don Juan—, es inútil que pretendáis escaparos de mí; el lugar por donde podriais desvaneceros está cubierto, y os anuncio, que tanto he de ir tras de vosotras, que habré de cogeros mal que os pese.

Contestaron muy cerca en distintas direcciones algunas alegres carcajadas.

—Sí, sí, reíos cuanto queráis—dijo don Juan, á quien aquella aventura había puesto tan de buen humor como podía estarlo—: jugamos, á lo que se ve, ó más bien por lo que se siente, á la gallina ciega; adelante, hijas mías,

pero os advierto, que como coja á alguna no lo va á pasar muy bien.

Sonó entonces muy cerca el ruido de una cadena violentamente agitada, y al mismo tiempo una voz que pretendía poner espanto, sin conseguirlo, porque á pesar de su ahucamiento, aquella voz que aparecía sonora, fresca y pura, dijo con grande énfasis:

—¡Impío que así te atreves á provocar á los espíritus condenados que sufren la justicia del Señor, aléjate si no quieres que te acontezca una gran desgracia!

Un grito de sorpresa y de espanto siguió á estas palabras.

Don Juan guiado por el sonido de aquella voz, se había acercado sin ruido, se había lanzado con suma rapidez, y se había encontrado con una mujer entre los brazos.

Aquella mujer, á juzgar por el bulto, era muy hermosa.

Don Juan soltó una carcajada.

—¡Ah!—dijo—, he aquí un duende con muy buen cuerpo, que ni muerde ni araña: vamos, mi buena señora, ya veis que no podéis escapar: llevadme, pues, asido de la mano donde haya luz.

Y don Juan estrechó una preciosa mano, é hizo un esfuerzo como para besarla.

—No cometáis una profanación—dijo con un verdadero susto la incógnita—; mirad, que si vuestra boca toca á mi mano, podréis morir como si hubierais bebido un tósigo.

—Vos sois la abadesa—dijo don Juan—: la hermosísima doña María de las Nieves; me atrevería á asegurarlo.

—Yo soy un alma consagrada al Señor—: contestó creciendo en espanto la mujer.

—Pues mirad—dijo don Juan—, no os consagre yo al diablo, á quien sé que cuentan habéis estado mucho tiempo consagrada.

—El rey me satisfará de esto—dijo con turbación la dama.

—Harto hará el rey con ver cómo sale de sus asuntos particulares conmigo—contestó don Juan reteniendo á la mujer, que pugnaba en vano por desasirse.

—¡Señor! ¡señor!—dijo Gabilán allá desde la habitación donde se había quedado—, ¡venid pronto, que hay lo menos doce duendes!

Don Juan arrastró consigo á la mujer, y llegó á la habitación donde había dejado á Gabilán, que estaba espada en mano delante de la puerta secreta, armado contra Vasco-Pérez, que espada en mano también disputaba con Gabilán.

—Os estáis haciendo acreedor á que yo os

deguille, señor rapista—dijo don Juan, y espero que lo consideraréis bien, y evitaréis que os suceda esa desgracia: peal id á cerrar aquella puerta, á fin de que no puedan irse estas señoras, y encended todas estas bujías, á fin de que nos veamos bien.

Vasco-Pérez vaciló; pero tenía fija en él una mirada tal don Juan, que dijo envainando su espada:

—Señoras, yo no he podido evitar esto: habíais querido conocer á don Juan, le he traído, y don Juan hace como quien es: no es mía la culpa, sino vuestra: y dicho sea en verdad, entre enojar á vuestras mercedes ó enojar á don Juan, me tiene mucha más cuenta estar bien con su excelencia.

Y se fué á las puertas, las cerró, y se puso luego á encender bujías.

Había allí, como la que tenía aún asida don Juan, trece mujeres, ó mejor dicho, trece monjas.

El hábito era blanco, y el escapulario y el velo negros.

Todas estaban completamente cubiertas.

—¡Vive Dios, señor!—dijo Gabilán—, que esta es la mayor de las aventuras que hemos corrido.

—Estas señoras nos harán la merced de levantarse los velos—dijo don Juan—, lo hermoso no debe estar oculto: el convento de Belén tiene fama de ser todas sus madres á cual más encantadoras: estáis hablando con don Juan Tenorio mis buenas amigas, y ya sabéis que don Juan es una persona con la cual están de sobra todos los tapujos: empecemos; vuestra superiora va á ser la primera que me deje ver sus encantos.

Y levantó el velo á la monja que tenía asida.

—De seguro vos sois doña María de las Nieves—exclamó al verla don Juan—: treinta años, blanca, ojos negros y rostro de arcángel, aunque al parecer de ángel caído.

—Esto es una indignidad, don Juan—exclamó la monja, no con los ojos puestos en el suelo ni encendida de rubor, sino con la mirada colérica fija en don Juan, y pálida y convulsa—: me habían dicho que erais audaz é irrespetuoso, pero nunca había creído que llegaseis á tanto.

—Embisto á obscuras con un duende, señora, y me encuentro con vos—dijo don Juan—, no es mía la culpa; pero ¿por qué no se descubren esas damas? ¿pretenden acaso tener un privilegio sobre vos?

—Pues bien—dijo con voz breve y nerviosa la abadesa que ella era—: descubríos: en último resultado, don Juan Tenorio es un caballero.

Las otras doce monjas se levantaron los velos.

Vasco-Pérez había encendido todas las bujías que había en el salón, que eran muchas, porque en la pared, en la unión de cada uno de los tapices había un candelabro con tres bujías, y estas bujías eran de cera de color de rosa perfumadas.

Se comprendía que las buenas monjas de Belén cuando se emancipaban del convento, pasando á aquella casa que se creía habitada por el duende, gustaban de vivir de buena manera.

Don Juan miró con ansia á todas aquellas mujeres. Buscaba entre ellas á doña Isabel de Portugal, y no la encontró.

Ni podía encontrarla.

Aquellas trece mujeres eran monjas, y doña Isabel de Portugal no lo era. Sin embargo, don Juan hubiera podido asombrarse, se hubiera asombrado al ver reunidas hasta el número de trece, admirables bellezas, lo cual no era muy común.

Morenas las más, blancas las otras, con ojos negros ó azules, verdes ó pardos; pero todas encantadoras, todas jóvenes, todas llenas de vida.

Se comprenderá esto al saber que el convento de Belén era el encierro forzado de todas las damas de Lisboa que preferían verse encerradas en un claustro á cargar con un marido que les repugnaba, ó á faltar, por un casamiento impuesto por la familia, á un amor del corazón.

Así es que el convento de Belén tenía fama de contener las damas más bellas de Lisboa y de Portugal.

En otro tiempo don Juan se hubiera encontrado como el pez en el agua dentro de aquella aventura.

Pero don Juan había entrístecido.

Su alma estaba enlutada.

El recuerdo de Estrella llenaba su vida, y la llenaba de una manera desesperada.

Todo lo que quedaba de sentimiento á don Juan era para Magdalena, que le había seguido, que le amaba, que cuidaba de él con la delicada previsión de una hermana que se antepone á todos los deseos, á todas las necesidades del hermano, que le es dable satisfacer.

Don Juan no era ya el mismo.

Era un alma doblegada por el infortunio, un alma mártir, un alma sin esperanza, sostenida sólo por el valor.

El cuerpo de don Juan se había resentido; porque el alma no puede sufrir sin que su sufrimiento influya sobre la materia lesionándola.

Los grandes infortunios del alma engendran las terribles enfermedades del cuerpo: la tisis, la hipertrofia, el aneurisma, la congestión cerebral.

Don Juan, completamente enfermo del alma,

empezaba á estar enfermo de todas aquellas cosas: sus nervios, su corazón, sus arterias, funcionaban mal.

Una grande irritación dominaba su organismo: es decir, don Juan, como espíritu, no se encontraba en una situación normal; estaba loco, con una de esas locuras que no determinan los grandes desacuerdos: que no obligan á que se encierre al enfermo por arranques furiosos que parecen una exageración del sentimiento ó del carácter.

Nosotros creemos que todos los hombres están locos, y que los que se tienen por cuerdos es porque adolecen de la locura vulgar, porque no hacen otra cosa que lo que hace la gran mayoría del género humano, y que como todos, partiendo de un supuesto falso, buscan lo inexacto, lo imposible, lo que no puede ser.

De aquí que los hombres crean en la buena ó la mala suerte cuando no existen más que consecuencias exactas.

Don Juan no era ya un hombre, no era ya una razón; era una enfermedad, una irritación de los nervios y de la sangre que radicaba en una idea fija.

De aquí que á don Juan le arrastrase la mujer y siempre la mujer.

De aquí que el valor de don Juan se hubiese convertido en una irritabilidad feroz y exterminadora.

Pero don Juan estaba hastiado, gastado.

Para él la mujer era un ser conocido por todas sus fases; un ser despreciable, excepto aquella mujer divina que había soñado, que había encontrado alguna vez, aunque no completa, y que le había sido arrebatada por la muerte ó por la desgracia.

Por eso para don Juan aquellas trece mujeres no eran mas que mujeres bellas; con ninguna de las cuales tenía empeñada una partida de vanidad ó de amor.

Y la belleza de la mujer había perdido sus fuerzas para don Juan, que tantas bellezas había visto, que tantas bellezas había gastado.

Aquellas trece mujeres le hubieran divertido mucho doce años antes.

Entonces le eran de todo punto indiferentes.

Las había mirado un momento con ansia; pero era porque buscaba entre ellas á doña Isabel.

Doña Isabel, como sabemos, era una de las luchas de don Juan.

Y no había ido á Lisboa por ella.

Había ido buscando á doña Leonor.

Pero una vez en Lisboa, se había acordado del convento de Belén, de doña Isabel, recluida en él de una manera violenta por don Juan III.

cuento, penetraba hasta en lo apartado de las celdas.

Todas ellas sentían la viva curiosidad de saber por cuál se decidiría don Juan para producir una nueva historia.

Pero á don Juan le bastaba con concluir las historias que tenía empezadas.

El salón, cuyas bujías había encendido Vasco-Pérez, había acabado por quedar completamente iluminado.

Su magnificencia, el aspecto extraño de las personas que en él estaban, era lo más á propósito para producir un cuadro original por lo excéntrico.

Una monja hermosísima, asida de la mano por don Juan, que bajo una capa negra tenía un traje sumamente bizarro; Vasco-Pérez á su lado, aturdido, asustado, temiendo el punto á que aquello podría llegar, y teniendo en la mano en un candelero la bujía con que acababa de encender todas las del salón: Gabilán, un poco gordo y, completamente característico, revelando al aristócrata criado de un aristócrata, en segundo término, espada en mano delante de un tapiz que representaba la Degollación de los Inocentes; doce monjas muy buenas mozas á un lado, mirando todas á don Juan, con sus hábitos blancos, sus escapularios y sus velos negros: he aquí lo que un pintor pudiera haber representado sin lograr que nadie comprendiese el pensamiento, ó la situación que el cuadro quería representar.

—Doña María de las Nieves—dijo don Juan Tenorio—, quede sentado que lo de los duendes de esta casa queda para mí destruido: los tengo á todos delante, y por cierto bellísimos: comprendo que encerradas todas contra vuestra voluntad en el claustro, busquéis un esparcimiento cualquiera; yo no me aventuro á que busquéis un esparcimiento mayor fuera de esta casa; nada me importa por otra parte, ni soy inquisidor, ni arzobispo, ni general de vuestra orden; pero me conviene deciros que es muy posible que llegue la hora de maitines y que no podáis presentaros en el coro.

—Pues eso no pasa de ser una grosería indigna de vos, señor don Juan — dijo una de las monjas.

—Una enormidad—dijo otra.

—Una cobardía—añadió una tercera—, porque nada tenemos contra vos que nos haga temibles.

—Esperó que meditéis lo que hacéis, señor don Juan—dijo doña María de las Nieves, esto es, la abadesa.

—Mi resolución es irrevocable: nadie saldrá de aquí antes de que yo vea á una mujer á quien amo, y que está encerrada en el convento de Belén.

—¿Y quién es esa mujer?—dijo la abadesa.

En cambio las trece monjas estaban dominadas por la presencia de don Juan, de aquel hombre famoso, cuya historia, aumentada por el

—Doña Isabel, hija natural del rey—contestó don Juan.

—¿Y decís que no nos dejaréis en libertad de volver á nuestras celdas si doña Isabel no viene aquí?—dijo remarcando sus palabras la abadesa.

—No—respondió don Juan con ese acento que hace reconocer lo firme, lo irrevocable de la voluntad.

—Don Juan III me ha encargado severamente su hija—dijo la abadesa.

—Don Juan III está loco—dijo don Juan—, cuando encarga rigidamente de una mujer á otra que no sabe encargarse de sí misma.

—He sido vendida por un miserable—dijo la abadesa encarándose con Vasco-Pérez, que permanecía con la bujía en la mano y sin saber en dónde estaba.

—Vuesa merced—dijo Vasco-Pérez—, estaba ansiosa de conocer á don Juan Tenorio: trayendo aquí á don Juan, no he hecho más que servir el gusto de vuesa merced; ahora si don Juan es peor de lo que vuesa merced había creído, yo no tengo la culpa.

—Y bien, don Juan: ¿qué hay que hacer para que nos libremos de vuestra tiranía?—dijo la abadesa.

—Algo que es muy sencillo: enviad á una de estas señoras á la celda de doña Isabel de Portugal á que la diga: —Venid, don Juan Tenorio os está esperando.

—¿Y qué haréis si viene aquí doña Isabel de Portugal?—dijo la abadesa.

—Doña Isabel de Portugal no volverá al convento: su padre la ha metido en él y yo la saco.

—Lo que quiere decir que me exponéis al furor del rey.

—Cosa es esa de la cual vos veréis cómo salís, mi buena señora.

—¡Ah! no os creía yo tan aprovechador de ocasiones—dijo la abadesa.

—¿Qué queréis? los enamorados, cuando lo están de veras, son capaces de todo.

—¿Y qué sucederá si no viene aquí doña Isabel?

—Nada; que no volveréis vos más al convento: elegid entre que falte de él doña Isabel, ó que faltéis vos y estas otras doce señoras.

—Hermana Tránsito—dijo la abadesa—, id, llegad á la celda de doña Isabel de Portugal y decidla que os siga, si quiere ver á don Juan Tenorio.

—Perdonad, madre—dijo sor Tránsito—, pero yo no paso sola en el panteón; creería que los muertos me tiraban del hábito y moriría de miedo.

—Que os acompañe la hermana Martirio de los Santos.

—Yo también tengo mucho miedo, señora—dijo la hermana Martirio.

—Que os acompañe...

Don Juan interrumpió á la abadesa...

—Si así os vais acompañando las unas á las otras, acontecerá que vos tendréis también que ir para que pasen por el panteón sin miedo todas las demás; es decir, que os iréis todas y no volveréis á parecer por esta casa mientras yo esté en Lisboa: este es un subterfugio que no os vale, mis buenas amigas; más de dos no han de salir.

—Sois un cobarde, señor Vasco-Pérez—dijo la abadesa—, y juro á Dios que me habéis de pagar el apuro en que me habéis puesto.

—Harto haréis en callaros, señora—dijo impaciente ya el barbero—, y os vendrá muy ancho, porque si yo empiezo á hablar, hasta los mudos me han de oír, y no acabaré en un año: si nadie quiere ir á avisar á doña Isabel por miedo á pasar por el panteón, iré yo sin temor alguno.

—Ya lo oís—dijo don Juan—, irá él.

—Hermana Tránsito—dijo la abadesa—, id.

Por aquella vez la madre Tránsito no dijo que tenía miedo: adelantó hacia Gabilán, tomó la bujía de mano de Vasco-Pérez, y habiéndose apartado de Gabilán, levantó el tapiz, abrió la puerta que ocultaba por él había en la ensambladura, y desapareció.

Doña María de las Nieves se sentó, contrariada, en un sillón.

Las monjas se pusieron á hablar en coro; Gabilán permanecía impasible y espada en mano echado contra la pared que cubría el tapiz, y don Juan se dirigió á Vasco-Pérez.

—Me habéis hecho un gran servicio—le dijo—, y os lo pagaré bien: las buenas madres guardarán el secreto de lo que aquí ha sucedido, y doña Isabel se perderá completamente: guardad vos también el secreto, ó de lo contrario mirad para qué habéis nacido.

—Podéis estar segurísimo de mi discreción, excelentísimo señor—dijo humildemente y apurando toda su cortesanía de oficio el rapista.

—En cuanto doña Isabel esté aquí y hayan salido esas buenas jóvenes, aseguraréis de tal modo esa puerta secreta, y cerraréis tan bien las otras de este salón, que las buenas madres no puedan volver á esta casa: si quieren ver á sus amantes, que abran la portería del convento; desde ahora me declaro dueño de esta casa, las llaves de cuyas puertas me entregaréis; ya cuidaré yo de que aun cuando tengáis llaves dobles no podáis entrar.

—Como gustéis, excelentísimo señor.

—Mañana haréis de modo que la dama que ha ido á deciros que la aviséis si yo penetro, en el convento, vaya á vuestra casa, donde yo la pueda ver.

—Muy bien, excelentísimo señor.

—En cuanto al encargo que os ha hecho mi criado de parte mía, esto es, de que busquéis á doña Leonor de Sese, hija del difunto alférez

mayor de Portugal, don Luis de Sese, cumplid cuanto antes y de una manera satisfactoria el encargo que os conviene.

—Haré lo posible, excelentísimo señor.

—¿Está completamente habitable esta casa?

—Sí señor; las monjas han puesto en ella lo que faltaba, y creo que ni la despensa ni la bodega están desprovistas.

—Conque es decir que las buenas monjas...

—Sí, sí señor; no hay una gran observancia en las reglas respectivas: con mucha frecuencia se ven monjas presas y encausadas por la Inquisición, ya por escándalo y violación de la clausura, ya por sus ideas luteranas: será necesario mucho rigor para que los conventos sean lo que deben ser; entre tanto se dá el escándalo de que los enamorados de las monjas rondan los conventos, penetren en los locutorios, cambien con ellas cartas y regalos, y de que sucedan cosas mucho peores.

—Muy moral os encontráis—dijo don Juan.

—Cuando diablo, diablo; y cuando santo, santo: lo mismo sirvo yo para esto en que me empleo que para predicador; porque yo sirvo para muchas cosas, ó por mejor decir, para todo: ya se convencerá vucencia.

—Mejor para vos cuanto mejor me sirváis.

—Pero ved, señor, que tenéis humilladas á esas buenas damas, á quienes ni siquiera dirigis la palabra.

—¿Qué me importa á mi de ellas! esto ha sido un encuentro, del que yo no pretendo sacar más partido que el que saco; pero me parece que ya está ahí doña Isabel.

Gabilán se había separado de la puerta y había levantado el tapiz, lo que significaba que se acercaba alguien.

Se abrió la puerta, y aparecieron la hermana Tránsito, con la bujía en la mano, y tras ella doña Isabel seguida de otra joven.

A Gabilán se le abrieron los ojos un palmo.

La joven que venía tras doña Isabel tenía todas las trazas de una criada ilustre.

## V

Al ver á don Juan, doña Isabel lanzó un grito de alegría y adelantó hacia él.

Entretanto la puerta se había cerrado, y el tapiz había caído sobre ella.

—Ya era tiempo—dijo doña Isabel mirando de una manera hambrienta á don Juan—: dos años de temor, de duda, de desesperación; dos años horribles.

—Pero al fin nada puede separarnos, Isabel—dijo don Juan—; por tí y sólo por tí he venido á Lisboa.

Don Juan mentía.

Había ido á Lisboa por su único amor, puro, grande, inmenso.

Por el amor de su hija.

Había ido siguiendo á doña Leonor, á quien no había podido encontrar.

Una vez en Lisboa, su terrible enfermedad por la mujer le había llevado á rondar el convento, y por una casualidad, como sabemos, se encontraba al fin apoderado de doña Isabel.

Su sangre ardía como un volcán.

En los dos años que habían transcurrido doña Isabel había crecido hasta ser tan alta como don Juan.

Sus formas habían adquirido un voluptuoso y magnífico desarrollo.

Su hermosura había aumentado: resplandecía.

Su traje acrecía su belleza.

Era su hábito blanco, ancho, de finísima tela de lana, ajustado á la cintura por un ceñidor azul.

Sobre su pecho caía un pequeño escapulario azul con una cruz blanca.

Sobre sus magníficos cabellos negro; se prendía suelta, como un tocado bellissimo, una pañoleta de Cambray con la orla bordada.

En su mórbida garganta se veía una cadena de oro, de la que pendía una cruz de diamantes.

Doña Isabel parecía una ilusión realizada.

—Este no es el convento—dijo doña Isabel mirando con extrañeza el magnífico salón iluminado en que se encontraba: ¿cómo es que estáis aquí, madres mías?—añadió con un ligero sarcasmo.

—A estas buenas madres—dijo don Juan—, las gusta tratarse con el duende; y como yo estoy allí donde el diablo anda suelto, y donde viven almas en pena, estas madres y yo nos hemos encontrado. Doña María de las Nieves—añadió don Juan—: tened la bondad de tomar esa bujía de manos de la madre Tránsito, y llevadnos á doña Isabel y á mi á otro lugar, á fin de que estas señoras puedan desaparecer.

—Vuestra audacia os será funesta, don Juan—dijo doña María de las Nieves levantándose contrariada y tomando la bujía que tenía en la mano la madre Tránsito.

—¡Ah, no!—dijo don Juan—: porque yo estoy bien con el diablo.

Y asiendo de la mano á doña Isabel, siguió á doña María de las Nieves, desapareciendo con ella por una de las puertas.

La doncella de doña Isabel, toda asombrada, los siguió.

Gabilán, obedeciendo á una señal que su amo le había hecho al salir, levantó el tapiz y abrió la puerta secreta.

Todas las monjas se precipitaron á ella con

la violencia de la res acorralada que encuentra una salida, pasaron por la puerta, y desaparecieron.

—Vayan con Dios—dijo Gabilán—: ¡y diablo si son hermosas todas estas mujeres! una tal aventura no la hemos corrido nunca, ni mi amo ni yo; ¿y vos que vais á hacer, señor Vasco-Pérez?

—Volverme á mi casa, acostarme, y que suceda lo que quiera: yo ni entro ni salgo en este negocio: y por lo tanto, voy á escurrirme como si tal cosa: quedad con Dios, señor Gabilán, y decid á vuestro amo, que mañana al oscurecer vaya á mi casa, á donde irá de seguro la dama incógnita.

—No nos dejéis encerrados, señor Vasco-Pérez—dijo Gabilán.

—Pues tomad una bujía, venios conmigo, y así podréis quedaros con la llave después de haber cerrado por dentro, cuando yo haya salido.

—Pero yo no sé andar por esta casa maldita—dijo Gabilán.

—Ya daréis con el patio, y una vez en el patio, lo iluminado de esta habitación os guiará: pero lo que á mi me parece es que tenéis miedo de quedaros solo.

—¡Bah! hace ya muchos años que vivo con don Juan, y estoy curado de espanto: vamos señor Vasco-Pérez.

Y tomando Gabilán una bujía y siguiendo al barbero, salió del salón.

Instantáneamente se abrió la puerta por donde habían salido don Juan, doña Isabel y su doncella siguiendo á la abadesa, y apareció ésta pálida, irritada, sombría.

Se dirigió á la puerta por donde acababan de salir Gabilán y Vasco-Pérez y la cerró.

—Se ha burlado de mí—dijo—, me ha despreciado, me ha arrebatado á doña Isabel, que me ha tratado también con desprecio; ¡ah! no me conocéis bien; esta casa, de la que me arrojaís para siempre, no servirá de oculto nido á vuestro amor.

—Y cogiendo una bujía, fué poniendo fuego á todos los tapices alrededor del salón, exclamando:

—Esto está poco iluminado, y es necesario que lo esté más; que una inmensa hoguera alumbré vuestro amor: ¡ah! la abadesa del convento de Belén es siempre la terrible María de las Nieves: don Juan III no se asombraría de esto si lo viese: porque sabe de lo que yo soy capaz.

Y habiendo puesto fuego todo alrededor del salón, escapó por la puerta secreta.

Las llamas devorando los tapices, prendiendo

en los muebles, subieron, tocaron el gran techo de madera, se torcieron sobre él, le lamieron, prendieron al fin, y el viejo techo empezó á arder.

Gabilán, entretanto, había echado fuera á Vasco-Pérez, había vuelto al patio y andaba perdido sin encontrar la puerta de la cámara de donde había salido con Vasco-Pérez.

—Cualquiera diría que huele á quemado—dijo Gabilán—, y que hay un humo que cada vez se va haciendo más espeso: ¡ah, diablo! la aventura se va haciendo negra: apostaría á que las tales monjas al verse arrojadas de aquí han puesto fuego á la casa ¡pero dónde diablo está el fuego que no se ve! y sobre todo, ¿dónde están mi amo, la dama que se fué con él y su doncella? ¡cuerpo de Baco, y si es linda la doncella de la dama! Sería una verdadera lástima que una perla tal se quemase.

De improviso, por una de las puertas del patio, salió una lengua de fuego, que serpenteó en la oscuridad y se perdió.

Sobrevino otra más larga y más insistible.

Al fin la llama se fijó inmensa, rugiente, y prendió en el techo de madera, de las galerías del patio.

Al mismo tiempo apareció el fuego en la parte alta.

Gabilán se aterró.

El incendio se presentaba amenazador, terrible.

—Mi amo y esas pobres criaturas pueden verse acorralados por el incendio y sería verdaderamente un horror que se quemasen: las habitaciones tienen rejas ó balcones á la calle. ¡salvémoslos!

Y Gabilán buscó el pasadizo por donde se llegaba al postigo, le abrió, salió á la calle, y corriendo á lo largo de la callejuela empezó á gritar.

—¡Señor! ¡señor! abrid las maderas de las rejas y del balcón que tengáis á mano: mirad que los duendes han puesto fuego á la casa.

Se abrió un balcón dejando ver tras sí un fondo iluminado como por una sola luz, en una habitación inmensa, y se recostó sobre aquel fondo la figura de un hombre que se asomó al balcón.

Era don Juan.

—¿Qué diablos gritas tú ahí, imbécil?—dijo á Gabilán—: ¿estás alborotando á los vecinos? Gabilán no contestó.

Trepó por una gran reja que había bajo el balcón se asió á él y saltó dentro.

—¡Pronto, pronto, señor!—dijo—: la casa está ardiendo, y ardiendo de firme: las malditas de las monjas la han puesto fuego: salvad vos á esa dama, que yo salvaré á su doncella.

Un momento después don Juan descendía por el balcón y por la reja á la calle, sosteniendo en su brazo derecho á doña Isabel, y Gabilán salvaba del mismo modo á la doncella.

Los cuatro marchaban rápidamente por las estrechas callejas del arrabal de Lisboa, donde estaba situado el convento de Belén.

## VI

Don Juan y Gabilán habían puesto sus respectivas capas, el uno á doña Isabel y el otro á la doncella, porque además de que la noche era fría, había necesidad de cubrir sus hábitos, á pesar de que á aquella hora nadie transitaba ya por las calles de Lisboa.

Don Juan se encaminaba llevando del brazo á doña Isabel, hacia la plaza de Oporto, donde estaba situada la hostería de la «Espada de fuego», donde se aposentaba don Juan.

Pero era el caso que también en aquella posada, aunque en distinta habitación, se aposentaba Magdalena.

Don Juan no sabía adónde llevar á doña Isabel como no fuese allí, y esto tenía para don Juan sus inconvenientes.

Cierto es que Magdalena se había colocado, para con don Juan, en la situación de hermana; pero á don Juan no le sabía muy bien que Magdalena supiese que aun no habiendo pasado seis meses desde la muerte de Estrella se metiese en aventuras con otra mujer.

Cuando don Juan dejaba hablar á su razón, su razón le decía muy buenas cosas; pero era el caso que la razón tenía tan poca influencia sobre don Juan, que raras veces hacía ésto lo que su razón le aconsejaba.

Magdalena era la bondad misma; pero don Juan no sabía cómo tomaría doña Isabel el que viviese en Lisboa con una mujer al lado, por más que nada existiese de impuro entre él y aquella mujer.

Don Juan había creído poder tener oculta en la misteriosa casa del duende á doña Isabel; pero la iracunda doña María de las Nieves lo había impedido, poniendo fuégo á aquella casa.

—Me parece mentira—decía doña Isabel á don Juan, andando de prisa por aquellas callejas pendientes, estrechas é interminables—, que vuelva á ver que os tengo á mi lado y que la situación en que nos encontramos obligará á mi padre á que os conceda mi mano.

Don Juan se estremeció.

Había sido casado una vez, y al hacerlo había hecho demasiado para pensar en reincidir en el matrimonio.

Se había casado porque su conciencia le había arrastrado á ello.

Pero su conciencia no le hablaba respecto á doña Isabel como le había hablado respecto á Estrella.

—¿Veis con frecuencia al rey, señora?—dijo don Juan.

—Sí—contestó doña Isabel—: todos los sábados iba al convento y me hacía una ligera visita.

—¿Y no os ha hablado nunca de mí vuestro padre?

—Sí: algunas veces que me veía demasiado triste me decía: Es necesario que olvidéis á ese hombre: ese hombre no puede ser vuestro esposo: entre él y yo existe un odio de muerte. Yo me entristecía, y mi padre cambiaba de conversación.

—Sin embargo, el rey sabe que estoy en Lisboa: yo no me he ocultado, y el rey no me ha hecho sentir en manera alguna su odio.

—Mi padre respeta sin duda en vos el amor que os tiene el emperador: pero decidme, don Juan, ¿es cierto que sólo por mí habéis vuelto á Lisboa?

—Vuestro amor me atraía, Isabel: no he podido olvidaros, habéis sido uno de mis más ardientes pensamientos.

—¿Y por qué no habéis venido antes? ¿no sabiais que yo os amaba, que yo apartada de vos, sin saber de vos, creyéndome olvidada por vos, debía sufrir un infierno?

—Los sucesos, las contrariedades: ¡oh! no sabéis cuánto he sufrido en los dos años largos que han pasado desde que nos separamos.

—¿A cuántas mujeres habéis amado en ese tiempo, don Juan? — dijo con acento celoso doña Isabel.

—A una sola mujer—dijo don Juan, cuya conciencia le impedía ocultar su amor á Estrella, á la madre de su hija, que venía á ser el último y grande amor de don Juan.

—¿Y quién era esa mujer?—dijo con acento infinitamente más celoso doña Isabel.

—Mi esposa doña Estrella Fernán Pérez—dijo don Juan.

—¡Vuestra esposa! — dijo, deteniéndose doña Isabel—: ¿erais casado cuando me conocisteis?

—No.

—Después de haberme conocido; después de saber que todo os lo había sacrificado, todo, menos lo que nunca os sacrificaré, mi honra; sabiendo que tenía derecho á esperaros, os habéis casado con otra.

—Antes de conoceros había yo matado al padre de doña Estrella; le había jurado en su agonía proteger á su hija, que quedaba huérfana y desamparada; yo no podía protegerla más que casándome con ella, y me casé.

—¿No recordáis el lugar en que nos encontramos, don Juan? — dijo doña Isabel.

—Sí: estamos en la plazuela donde se detuvo vuestra silla de manos el día en que habiendo

salido de casa del platero Lope Pereira, escapabais de mí.

—¿Habéis olvidado lo que sucedió después?

—Estuvimos solos, sin más testigos que los árboles.

—Testigos mudos que no pudieron decir que entre nosotros nada había sucedido que fuese impuro; pero allí se había quedado mi silla de manos; hubo quien la vió; quien creyó, y lo dijo á todo el mundo, que yo era una mujer deshonrada por vos; calumnia que todos han creído al ver que mi padre me encerraba en un convento y que vos habíais desaparecido de Lisboa.

—Continuemos, Isabel, continuemos: evitemos un tropiezo con alguna ronda; no me obliguéis á que yo haga alguna cosa terrible para que no os conozcan.

—¿Qué me importa que me encuentren con vos?—dijo doña Isabel, volviendo á andar impulsada por don Juan—: de todos modos el rey os pedirá cuenta de mí cuando yo no parezca en el convento, sabiendo que vos estáis en Lisboa, que sois capaz de todo y que el infierno os protege, sólo á vos atribuirán mi desaparición del convento: lo que suceda puede ser terrible para vos y para mí: todo lo que me acontezca me importa muy poco, porque estoy desesperada, y muy poco también todo lo que os acontezca á vos, porque os odio.

—No ha acrecido Dios de tal manera vuestra hermosura, Isabel, para que al volvernos á ver me aborrezcáis, sino para que yo sea el más feliz de los hombres: os dejé niña, y os encuentro mujer: sois la misma, y sois otra; ¡oh! al veros, mi corazón se ha abrasado de amor.

—¡El libertino siempre; el hombre impuro, que no ve el amor sino á través de lo repugnante! ¡ah! necesariamente debo odiaros, don Juan: soy altiva, y vos me humilláis; soy pura, y vos no me dejáis conocer más que impurezas; yo no comprendo más que un solo amor en la tierra, y vos sentís tantos amores como mujeres os agradan, y no sabéis amar sin enloquecer el amor: ¿cuál va á ser mi destino? ¿cómo vais á sacarme de una manera honrosa de la terrible situación en que me encuentro?

—Arrastrándoos conmigo, envolviéndoos en el ardiente torbellino de mi vida; haciendo que enloquezcáis como yo he enloquecido.

—Me mataréis, don Juan — dijo doña Isabel.

—Un recuerdo más, un tormento más: ¿creéis que hay algo que pueda ser más salado y más amargo que las aguas del mar? ¿qué culpa tengo yo de que mi destino funesto sea funesto también para todos los seres que por una razón de odio ó de amor se unan á mí? ¿creéis que yo no los amo? os engañáis: ¿creéis que yo he olvidado ni un solo momento vuestra frente pálida, vuestra immaculada pureza, vuestra hermosura, vuestra altivez y vuestro amor? ¿creéis que yo he renunciado á vos? No, doña Isabel:

y cuando os encuentre más hermosa, más enamorada, más pura, ¿creéis que yo he de detenerme ante nada para dejaros de arrastrar conmigo? no; no esperéis de mí ni debilidad ni piedad: he agotado ya toda mi paciencia, todo mi sufrimiento: he apurado toda la hiel de mi cáliz; soy horriblemente desgraciado, y necesito algo que refresque mi frente, que dilate mi corazón: necesito olvidar.

—Olvidar á vuestra esposa.

—Sí; olvidarla por vos, embriagándome en vuestro ser; calmar mi sufrimiento en el vuestro; devorar con vos un amor satánico, desesperado, loco: no me habléis de una unión imposible; no queráis que haya en mí nada sagrado; yo estoy maldito; mi amor no es un amor de la tierra, es un amor del infierno, es una explosión de mi alma desesperada que se rompe: ¡ah! vuestra hermosura me embriaga, vuestra alma de fuego envuelve mi alma; sois lo último que me queda sobre la tierra; mi última esperanza, á la que me aferro calenturiento y loco: ¿qué me importa ya todo? no puedo ser ya más desgraciado, no: no esperéis de mí sino que os arrastre conmigo, y vos me seguiréis, porque este amor mío os embriaga, os enloquece.

—¡Ah, sí! ¿creéis, don Juan, que soy yo como todas esas mujeres á quienes habéis sacrificado, que han muerto desesperadas, ó lloran su abandono, sin pretender vengarse de vos? ¡ah, no! que os amo, es verdad; tal vez vos no habéis amado nunca como yo os amo á vos; pero mi amor, herido por vos, ofendido por vos, será vuestra terrible expiación, vuestro terrible castigo.

—¡Ah! sois la misma que erais cuando hablabamos solos en aquel bosque solitario.

—Sí, don Juan, la misma, porque no he podido amaros más que lo que os amaba entonces; la misma, porque entonces conocía, como ahora, lo que era vuestro amor; la misma, porque entonces, como ahora, tenía celos: ¿qué habéis hecho de aquella doña Leonor de Sese?

—¡Doña Leonor! ¿qué nombre acabáis de pronunciar? por encontrar yo á esa mujer daría, si contara con ella, la salvación de mi alma.

—¡Ah! ¿la amáis aún?

—No—dijo don Juan—; es que esa mujer me ha robado mi hija.

—¡Vuestra hija!

—Sí; la única descendiente que he tenido; el único amor puro y santo que ha alentado mi corazón sobre la tierra.

—¡Ah! ¡amáis á vuestra hija como á vuestro propio ser, y vuestra hija está en manos de doña Leonor de Sese! ¿y creéis que doña Leonor esté en Lisboa? es posible; mi padre estaba loco por ella: hace algún tiempo, el rey se me muestra más afable; la sombría tristeza que nublabá su semblante ha desaparecido; parece contento, feliz, y es que acaso doña Leonor ha vuelto; que le engaña, que le hace creer

que le ama; ¡ah! yo os daré vuestra hija, don Juan, yo os la daré; seré su madre.

—¡Ah, Isabel! si eso hacéis, yo os adoraré, seré vuestro esclavo, me sujetaré como un niño á vuestra voluntad.

—Me amaréis como yo os amo, y ese será mi premio; porque voy á arriesgarlo todo por vos; porque yo, don Juan, no vivo más que por vos y para vos; porque soy muy ambiciosa; porque quiero que me améis como no habéis amado nunca; ¿sabéis por qué mi hermosura ha crecido hasta el punto de que á mí misma me enamora? porque yo quería ser tan hermosa que mi hermosura os sujetase á mi amor, os envolviese en el fuego de una pasión inextinguible; y he vivido para vos; he vivido tranquila, esperándoos, porque el corazón me decía que volveríais; no he sufrido, porque os he tenido siempre dentro de mí, en mi pensamiento, en mi alma; porque estaba segura de que volveríais, de que volveríais enamorado, y una voz secreta me decía que vos tampoco os habíais olvidado de mí: muchas veces he sentido que vos me recordabais: yo no puedo explicaros cómo he sentido esto; es un misterio; pero estoy segura de que ello ha sido.

—¡Oh, sí! yo no os he olvidado jamás.

—Yo me he cuidado mucho; he procurado estar tranquila para que no huyese el sueño de mis ojos, para que las largas y dolorosas vigili-  
as no empaldeciesen mi semblante, no le enflaqueciesen, no le marchitasen; he concentrado mi alma en vuestro recuerdo; os he recordado con tanta voluntad, con tanto amor, que os he visto cuando estabais apartado de mí, os he visto mirándome enamorado; porque vos me amáis, sí; no sé si con el alma ó con los sentidos; pero sé que soy para vos un misterio adorado; sé que si hubierais sabido que habíais de perderme, hubierais sufrido una amargura infinita, de la cual nunca hubierais curado.

—¡Oh! sois siempre la maga irresistible, junto á la cual no se puede tener vida ni pensamiento, ni recuerdos ni esperanzas más que para vos: acabáis de pintarme mi amor, el amor que he deseado y buscado tanto, como yo no os le hubiera podido pintar: sed siempre así para mí, Isabel; no os irritéis conmigo; no os dejéis arrastrar por vuestros celos hasta el punto de maltratarme: mirad en mí un enfermo, un niño, un desesperado que necesita de mucho amor, de mucho consuelo, de un encanto infinito, que le haga olvidarse de todo, porque mi locura y mi desesperación son mis recuerdos.

—Contigo, salvada ó condenada—dijo doña Isabel—; oye: no me nombres ninguna mujer, porque mi alma se ennegrece, porque medito cosas horribles: no hay para mí sacrificio que por tí no arrostre; yo no tengo más voluntad que la tuya; y si tú fueses cruel para conmigo, si te apartases de mí, yo te buscaría, yo me arrastraría á tus pies, yo te suplicaría desesperada, como tú podrías hacerlo: amémonos; olvi-

date de todo, como si tu historia fuese tan pura, como la mía; como si de nada más que de mí tuvieses que acordarte: me traes el corazón en pedazos, y yo quiero curar tu corazón, rejuvenecerle, llenarle de alegría, y lo espero; estoy segura de hacerte feliz.

—¿Y las circunstancias en que nos encontramos, y tu padre, Isabel?

—Mi padre me ama tanto, que estoy segura te perdonará y me perdonará.

—¿A pesar de tu fuga?

—A pesar de mi fuga: no la sabrá nadie: en cuanto lleguemos al lugar adonde me llevas, voy á escribir á mi padre.

—En buen hora—dijo don Juan—; no seré yo el que retroceda por temor á lo que suceda.

—¿Y qué sucederá? mi padre verá en mí frente mi pureza; sabrá lo que ha sucedido, y volveré á mi cámara en su palacio, sin que nadie sepa cómo he salido del convento; después, cuando tu hija te haya sido devuelta, tú sabrás cómo debes recompensar á la mujer que te la haya devuelto.

—Ya estamos cerca de la hostería — dijo don Juan.

—Procura que nadie pueda conoceros cuando entremos en ella: á mí me conoce todo el mundo en Lisboa.

—Antón—dijo don Juan—, adelántate, llama y que se quiten de en medio.

—Entraremos á obscuras—dijo Gabilán—; así como así tengo ya tan tomado el tiento de la hostería, que yo os llevaré de manera que no tropecéis.

Gabilán adelantó, llegó á una puerta y llamó.

Cinco minutos después, don Juan, doña Isabel y su doncella entraban á obscuras en la hostería de la «Espada de Fuego».

## VII

Poco antes de que don Juan y Gabilán salvaran del incendio á doña Isabel y á su doncella, se abrió el postigo del alcázar real por donde hemos visto salir otras veces al rey, y salieron dos hombres embozados.

—Un poco de prisa, Balboa—dijo con acento seco é imperativo uno de aquellos hombres al otro—; es ya tarde, y la buena doña María de las Nieves debe de estar impaciente.

—Yo creí que vuestra alteza, al lograr al fin los amores de doña Leonor de Sese, se olvidaría de doña María de las Nieves.

—No cuesta trabajo seguir tratando á una mujer cuando es tan hermosa como doña María, y sobre todo, Balboa, tiene para mí no

sé qué encanto el mismo pecado que cometo.

—¿Y no ha pensado vuestra alteza en que alguna vez tendrá que rendir cuentas de lo que ha hecho en este mundo ante el tribunal de Dios?

—Ya sabes que para estas aventuras no traería yo conmigo á un capuchino.

—Perdonad, señor; pero mi lealtad me obliga...

—A servirme bien y á ser callado como una jamba, porque de lo contrario ya sabes que hay en Lisboa cierto castillo, en el cual entran muchos y salen pocos. ¿No soy yo el rey? ¿No es mía la vida, la hacienda y la honra de mis vasallos? Se hizo necesario encerrarla en un convento para librarla de los celos de la reina: ella insistió cuando pronunció sus votos; yo no la veo en la casa del Señor, sino fuera de ella: no hay escándalo: sin esa mujer hubiera yo estado siempre de muy mal humor y hubiera hecho cosas terribles.

—Mirad, señor, mirad qué resplandor se levanta allá por la parte del convento de Belén: la torre de la iglesia parece envuelta en un mar de fuego.

—¡Ah! ¿se habrá incendiado el convento?

—No lo sé, señor, lo parece.

—Entonces no podemos ir; habrá acudido el corregidor y los vecinos estarán ocupados en apagar el incendio: ve, ve tú solo á ver lo que hay en ello.

—¿Y vuestra alteza, señor?

—Ve á buscarme á la casa donde vive oculta doña Leonor de Sese: pero, corre, corre; acuérdate de que en el convento de Belén está mi hija doña Isabel.

El rey era padre, y en aquel momento no se acordó de que había nadie más que su hija en el convento que se creía incendiado.

Balboa siguió adelante á la carrera, y el rey, torciendo por una calleja á la derecha, siguió á buen paso durante media hora, y al fin se detuvo en una pequeña plazuela á la puerta de un antiguo caserón.

Llamó, y poco después se abrió la puerta. Un criado viejo apareció en ella y se turbó al ver al rey.

—Doña Leonor no está, señor—dijo con la voz trémula.

—¿Pues dónde está?—dijo el rey, cuyo semblante se cubrió de una palidez biliosa.

—¡Señor!—dijo el criado arrodillándose—, madre, porque por miedo á doña Leonor no os he dicho lo que debía deciros.

—Alza y llévame al aposento de doña Leonor. El criado adelantó por el zaguán, y el rey le siguió en silencio.

Entraron en un patio, subieron por unas escaleras, atravesaron una ancha galería, y por un antecámara llegaron á una magnífica cámara.

—Habla, Cristóbal—dijo el rey sentándose en un sillón junto á una mesa.

—Doña Leonor, desde hace algún tiempo, señor, antes de la media noche se viste de hombre, sale y no vuelve hasta dos horas después; y por cierto vuelve de muy mal humor: lo que yo no puedo comprender es que á veces dice: «El rey lo sabía.»

—Ahí hay, pues, un misterio; lo que hace doña Leonor no debe ser reprehensible aunque lo parezca, puesto que quiere que lo sepa yo.

—Sin duda que nada hay de reprehensible en lo que doña Leonor hace, porque la primera vez que salió me dijo:—Cristóbal, que nada sepa el rey de mis salidas, porque yo no salgo sino para servirle: conviene para que le sirva mejor, que no lo sepa: si hablas te ha de pesar, porque yo haré que el rey te castigue.

—¡Las mujeres! ¿Quién puede fiar en las mujeres?—dijo el rey—¿Cuánto tiempo hace que doña Leonor sale de noche sola y disfrazada?

—Un mes.

—Cabalmente el tiempo que hace que está él aquí; pero ella huye de él, por él se oculta. ¿Quién comprende esto? ¿Y dice que va á servirme? Vete, ponte junto á la puerta, y cuando llegue doña Leonor no la digas que estoy yo aquí; que no tenga lugar de inventar una mentira.

Cristóbal salió.

El rey se quedó solo, paseándose á lo largo de la cámara rugiente y sombrío como un tigre enjaulado.

Porque don Juan III se parecía mucho en el carácter al rey don Pedro el Cruel, sin tener su grandeza, y como el rey don Pedro, no reconocía nada sagrado ni respetable cuando se trataba de satisfacer su voluntad. Era uno de esos tiranos que parecen inverosímiles, si su tiranía no estuviere consignada en la historia.

Doña Leonor de Sese, al tomar contra don Juan la venganza de robarle su hija, había comprendido que tenía un fuerte apoyo en el rey don Juan III, y acompañada de su fiel Cristóbal del Saltillo, huyó á Lisboa y envió una carta para el rey en que le avisaba que había llegado y que necesitaba verle.

Cuando el rey fué á verla, encontró junto á doña Leonor á una nodriza que tenía en los brazos á una hermosísima niña.

Aquella niña era Estrella Tenorio.

El rey, que persistía ciegamente enamorado de doña Leonor, se inundó de celos al ver junto á ella á la niña.

Doña Leonor hizo que la nodriza saliese con Estrella, y se quedó sola con el rey.

—No os pongáis pálido, señor—le dijo comprendiendo la causa de la palidez del rey—; esa niña no es hija mía; si lo fuera no estaría

yo aquí: esa niña es doña Estrella Tenorio, hija legítima de don Juan Tenorio.

—¡Ah!—exclamó el rey—¿y se la habéis robado?

—Sí—contestó sombríamente doña Leonor.

—¿Y os venís á mí, trayéndoos esa niña para decirme que es hija de don Juan Tenorio y que se la habéis robado, como si quisierais decirme;—amo tanto á don Juan, estoy tan celosa y tan ofendida de él, que no he encontrado otra venganza mejor que robarle su hija?

—En lo de ofendida de él, tenéis razón; en lo enamorada y celosa, no; yo no puedo amar á quien me ha abandonado, á quien me ha despreciado; pero él me encontró al lado de la tumba de mi padre, que vos matasteis; él me prometió ponerme en el trono que vos ocupáis; él me abandonó por una hija vuestra, me despreció, y yo me vengo de él quitándole su hija, para devolvérsela un día deshonrada, desventurada, más infeliz que lo que él me ha hecho infeliz á mí: vos tenéis gran parte de culpa de que yo me vea reducida á este estado, y á vos vengo; vos me amáis y estáis dispuesto á hacer cualquier sacrificio por mí, y yo que he sido vuestra enemiga, os lo agradezco tanto, que estoy dispuesta á recompensar vuestro amor.

—¡Ah!—dijo el rey—, no esperaba tanta felicidad; había renunciado á vos, y el veros de nuevo delante de mí, decidida á ser mía de una manera estable, me aturde, os lo confieso; pero sin duda que vos exigiréis algo de mí en cambio de tanta felicidad.

—Indudablemente: os exijo que me amparéis de una manera decidida.

—¿Y contra quién? ¿quién puede atreverse á vos en mis reinos?

—El, él que me seguirá en busca de su hija: él á quien ampara de tal manera el emperador, que vos no os atreveréis á hacer nada contra él por no disgustar al emperador, á quien os interesa mucho no dar un pretexto para que se os declare la guerra: bien sabéis que el emperador está ansioso de unir á España Portugal.

—La emperatriz es mi hermana.

—Los reyes no tienen hermanos, y á la emperatriz la agradaría mucho ser «reina» de Portugal.

—Un vasallo no puede dar pretexto para que dos reyes se pongan en un desacuerdo que pueda producir una guerra.

—Don Juan Tenorio es grande de España, rico hombre, caballero del Toisón de Oro, de cuya orden es jefe el emperador, y por todos estos títulos el emperador reclamaría la persona de don Juan para juzgarle, y si vos no podiais darle más que el cadáver de don Juan, esto produciría una cuestión de dominio, que os podría ser funesta, entre vos y el emperador.

—Es decir, que para don Juan Tenorio no soy yo el rey.

—Rey sois, pero debéis ser prudente: por mi parte y porque conozco á don Juan, os exijo que me tengáis perfectamente oculta en vuestra corte.

—Tan oculta estaréis en ella que nadie conocerá vuestra existencia más que yo.

—Quiero que enviéis á la hija de don Juan con su nodriza á una de vuestras prisiones de Estado, donde nadie las vea más que una persona de gran confianza, y donde doña Estrella Tenorio permanecerá hasta que yo os la pida.

—Será—dijo el rey.

—Quiero además que se señale á doña Estrella, y que se haga de modo que en cualquier tiempo se pueda probar de quien es hija.

—También será eso—dijo el rey.

—Entonces, señor, tenedme, con toda mi alma, y con todo mi amor, por vuestra.

Desde aquel día don Juan III, engañado por doña Leonor, se creyó amado por ella. Así es que cuando Cristóbal del Saltillo, obligado por la ausencia de doña Leonor, que no podía encubrir, dijo al rey que doña Leonor había salido disfrazada de hombre, el alma del rey se nubló de una manera sombría.

Una hora estuvo esperando, y al cabo crujió una puerta.

Al volverse el rey vió delante de sí á doña Leonor, que vestida de hombre estaba bellísima.

—Sin duda—dijo doña Leonor con la más completa tranquilidad—, que os creis con derecho para tratarme como á una mujer liviana que se olvida de todo y da ocasión para que se la desprecie.

—Yo no sé lo que pienso de vos—dijo el rey—, porque pienso muchas cosas á un tiempo: cosas cada una de las cuales me desesperan: os escucho sin embargo.

—Es decir que me creéis en el caso de atrearme, de temerlo todo.

—Creo que debéis justificaros.

—Y yo creo que no necesito de justificación alguna: me basta con deciros que por vos, y sólo por vos, salgo hace muchas noches en altas horas y disfrazada, á la calle, y por cierto que no creía descubrir tanto como he descubierto.

—Y lo que habéis descubierto, ¿es importante para mí?

—No sé hasta qué punto amaréis á vuestra hija natural reconocida, doña Isabel de Portugal, ni hasta qué punto os será preciosa la virtud de la reina.



—¡Qué decís!—exclamó el rey, cuyo semblante se nubló más y más.

Doña Leonor se quitó la gorra y la capa y se sentó en un sillón.

—Hace un mes—dijo doña Leonor, con la entonación de quien empieza un relato—, mi criado Cristóbal del Saltillo me dijo que había visto en Lisboa á don Juan Tenorio. Para mí era indudable que don Juan venía á Lisboa á buscarme, no por amor, sino por su hija. Encargué, pues, á Cristóbal, no que observase á don Juan, porque don Juan podía verle, reconocerle, y saber por él que yo estaba en Lisboa, pero hice que Cristóbal buscase á una persona que siguiese, por donde quiera, los pasos de don Juan. Supé que don Juan rondaba de noche el convento de Belén.

—¡Ah!—dijo el rey.

—Sí: esto significa que don Juan no se ha olvidado de vuestra hija doña Isabel; yo quise espiar de cerca á don Juan, y me introduje en una casa inmediata al convento, situada en una esquina, desde la cual se ve toda la calle de Belén. ¿Sabéis vos lo que hay en la calle de Belén?

—Preguntadme de una manera más clara.

—No: os voy á decir lo que hay en la calle de Belén: á la izquierda, á todo lo largo de la calle, el convento: á la derecha, al extremo de la calle, cerca de la esquina, una barbería, donde vive un hombre que es el negociador de todos los amores de la gente noble que necesita valerse de una tercera persona; y en la entrada de la calle, en otra esquina, la casa que se llama «del duende»; ¿conocéis vos esa casa?

—¿Yo?—dijo el rey.

—Vuestra exclamación equivale á una negativa; sin embargo, yo juraría que espiando á don Juan os he visto entrar en esa casa, de noche, tarde, permanecer algunas horas en ella y salir un poco antes del amanecer.

—Os juro que no.

—Otra alta persona, muy allegada vuestra juraría también que no había entrado nunca, casa del barbero Vasco-Pérez, á pesar de lo que, yo creería más á mis ojos que á sus palabras.

—¿Y qué alta persona allegada mía es esa que entra casa de ese barbero?—dijo inquieto de una manera grave el rey.

—Espiad como yo, porque yo podría equivocarme y hacer que se tomase por una calumnia una equivocación mía.

—Exijo que me respondáis de una manera clara.

—Ya os he dicho bastante: id á la calle de Belén, pero no para pasar algunas horas en la «casa del duende» porque eso sería imposible.

—Y dado caso que yo fuese á esa casa ¿por qué me sería imposible penetrar en ella?

—Porque esa casa la están devorando en este momento las llamas

—¡Ah! ese será el incendio cuyo resplandor

vimos Balboa y yo cuando veníamos hacia aquí; envié á Balboa á que supiese lo que era, y Balboa tarda.

—No, no por cierto: Balboa está esperando fuera, en otra habitación.

—¿Y por qué no ha entrado?

—Porque yo se lo he prohibido; porque para decirlo que se está quemando la «casa del duende», que es todo lo que él podía decirlo, bastaba yo.

—Mandad, mandad que entre Balboa—dijo el rey.

Doña Leonor salió, y poco después volvió á entrar acompañada de Balboa.

—Y bien—dijo el rey—¿qué has visto? ¿qué sucede?

—Señor—dijo Balboa—, la antigua casa del comendador Hugo de Figueroa, que dicen estaba ocupada por el diablo, está ardiendo.

—¿Y no han acudido á apagar el incendio?

—Sí; sí señor, allí están el corregidor y los alcaldes y muchos maestros de obras y mucha gente trabajando, y el incendio no se propagará ni pasará al convento, aunque la calle es muy estrecha.

—Bien, vete y espérame—dijo el rey, y añadió cuando Balboa hubo salido—; el diablo ha hecho una de las suyas, en la casa de Hugo de Figueroa.

—Pues yo creo que no ha sido el diablo—dijo doña Leonor.

—¿Sabéis vos acaso quien ha sido?

—No; porque no he entrado en aquella casa; pero oid: Poco después del toque de ánimas llegó una dama muy noble y muy hermosa, á la casa del barbero, en donde entró y en la que permaneció algún tiempo: luego, antes de que la dama saliese, llegaron á la calle de Belén y se detuvieron junto á la esquina del convento, don Juan Tenorio y su criado: éste último se dirigió á la puerta del barbero y llamó: un momento después se abrió aquella puerta, salió la dama, y el criado de don Juan se entró en la casa del barbero: la dama, asustada, dió á correr y don Juan la siguió desapareciendo tras ella; el criado de don Juan salió á poco, no encontró á su amo en la esquina del convento, y se ocultó en el soportal de la casa desde una de cuyas ventanas observaba yo entre lo obscuro: se abrió luego la puerta de la barbería y Vasco-Pérez salió, dió la vuelta á la esquina de la casa del duende y se entró en ella por el postigo: sobrevino don Juan; salió su criado de su acechadero, habló con su amo, y amo y criado se dirigieron al postigo de la casa del duende en la cual entraron.

—¡Cómo! ¿don Juan Tenorio ha entrado en esa casa?—dijo el rey.

—¿Teméis sin duda por vuestra hija doña Isabel? porque, según dicen, esa casa se comunica con el convento de Belén.

—Seguid, seguid; ¿cuánto tiempo estuvo don Juan en esa casa?

—Como una hora; pero no salió por donde había entrado, sino por un balcón.

—¿Por un balcón?

—Como que ya la casa ardía y era necesario salvarse por cualquier parte; pero es que don Juan no salió solo: él y su criado salvaron por aquel balcón dos mujeres.

—¿Y supisteis quienes eran esas dos mujeres?—dijo el rey cada vez más sombrío, y cada vez más interesado por el relato de doña Leonor.

—No pude saberlo: el balcón estaba distante y la noche es oscura; pero me atrevería á asegurar que una de aquellas mujeres era doña Isabel.

—Y vos que tanto espiais á don Juan, ¿sabéis dónde don Juan vive?

—Sí, sí por cierto: en la plaza de Oporto, en la hostería de la «Espada de Fuego».

—Adiós—dijo el rey.

—¿Vais á buscar á don Juan?

—Voy á matarle, si es cierto que se ha llevado á doña Isabel.

Y el rey salió.

—Don Juan está perdido; mi venganza asegurada; pero es necesario que el rey no le mate, y no le matará; ganemos tiempo.

Y doña Leonor tomó un papel, y desfigurando la letra, escribió lo siguiente:

«Don Juan: El rey sabe que os habéis llevado á su hija, y va á buscaros á la hostería de la «Espada de Fuego»; por si estáis en ella os aviso para que os prevengáis.—Un amigo vuestro».

—Cristóbal—dijo doña Leonor.

Cristóbal acudió.

—El rey—dijo la joven—, ha ido á buscar á don Juan á la hostería de la «Espada de Fuego»; por de prisa que el rey vaya, tu puedes llegar antes que él: toma esta carta, llévala á la hostería y encarga que se la den al momento á don Juan.

Cristóbal del Saltillo tomó la carta, se puso capa y el sombrero, salió de la casa y se dirigió á escape á la plaza de Oporto.

### VIII

Cristóbal del Saltillo llegó muy pronto á la hostería de la «Espada de Fuego»; pero antes de que llegase á su puerta, ésta se abrió.

Era que Gabilán salía para llevar á palacio una carta de doña Isabel para el rey.

Uno de los mozos de la hostería acompañó á Gabilán alumbrándole, y Gabilán vió el semblante de Cristóbal del Saltillo, á quien conocía, desde Sevilla, por criado de doña Leonor, y le echó mano con la misma ansia que un alguacil á un reo, cuya cabeza estuviere pregona en una respetable cantidad.

—¡Ah, bribón de siete suelas!—dijo Gabilán aferrándose á Cristóbal y metiéndole para dentro—; en buenas manos habéis dado; si Dios me hubiese echado una fortuna por delante, me alegraría mucho menos que de haberos echado mano á vos.

A todo esto Cristóbal resistía; pero estaba embozado, embarazado por la capa, y Gabilán era más joven y más fuerte que él y le arrastraba hacia adentro.

—¿Por qué hacéis eso con ese hombre?—dijo el mozo de la hostería.

—Lo que vos debéis de hacer—dijo Gabilán—, es cerrar la puerta y subir á avisar á mi amo, el marqués de Marana, que yo he cogido al criado de la persona á quien ha venido á buscar á Lisboa, y que le tengo aquí.

El mozo fué á avisar á don Juan.

—¡Vive Dios—decía Cristóbal—, que me habéis cogido desprevenido y no puedo valerme, que de no, yo os aseguro que no seríais vos el que me tuviésteis preso.

—Me parece—dijo Gabilán—, que mudas tú la piel esta noche sino dices á mi amo donde está doña Leonor.

—Yo no tengo que mudar la piel: allá se entenderán doña Leonor y tu amo: no sé de ella una palabra: me despidió en Sevilla y me he venido á mi tierra.

—¿Y á qué venías tú á estas horas á la hostería? porque tú te has entrado en ella en cuanto se abrió la puerta.

—Venía por vino generoso para darme unas friegas á una pierna que se me ha puesto mala.

—Pues me parece que dentro de poco vas á tener que darte friegas en las espaldas; ya oigo bajar á mi amo.

—¿Y á mí qué?—dijo Cristóbal del Saltillo.

Entonces apareció don Juan.

—¡Ah!—dijo viendo á Cristóbal, á quien tenía asido aún Gabilán—; sigueme y no te resistas, porque te aseguro que no te conviene—le dijo don Juan.

—¿Y por qué no he de seguir á vuestrencia?—dijo Cristóbal, á quien Gabilán había soltado, siguiendo á don Juan, que había vuelto á subir las escaleras.

Gabilán iba detrás.

Apenas había llegado á la puerta del aposento

de don Juan, cuando se oyó un golpe fuerte y seco, un golpe imperativo, por decirlo así, en la puerta de la hostería.

—¡El rey!—dijo sin poder contenerse Cristóbal, entrando detrás de don Juan en el aposento.

—¿El rey?—dijo don Juan volviéndose.

—Sí, sí señor, el rey; yo venía á traer á vuecencia una carta en que un amigo suyo la avisaba de que el rey venía á buscarle.

—Dame esa carta y entra ahí.

Cristóbal dió la carta á don Juan y entró en un cuarto que éste le había señalado.

Don Juan cerró la puerta, guardó la llave y entró en una habitación inmediata, donde estaba doña Isabel.

—Toma—la dijo, después de haber leído los dos renglones de aquella brevísima carta.

—Yo bien—dijo doña Isabel—; si mi padre viene nos excusa buscarle: que llegue cuando quiera.

En aquel momento un criado dijo desde la puerta:

—Señor marqués, dos embozados piden hablar á vuecencia de orden del rey.

—Que entren, que entren al momento—dijo don Juan.

El criado salió, y poco después entró en la estancia un hombre solo y embozado hasta los ojos.

Aquel hombre se detuvo; miró con una inmovilidad amenazadora á doña Isabel y á don Juan, y luego cerró la puerta por dentro y se des-embozó.

Era el rey.

Ardían sus ojos y estaba pálido y convulso. —Hace mucho tiempo—dijo—, que tenemos que ajustar los dos una cuenta muy grave, que acaba de hacerse gravísima.

—Vuestra alteza—dijo don Juan con un frío desdén—, sabía demasiado que yo estaba en Lisboa, porque ciertamente no vivo en ella oculto.

—Me parece que estáis los dos loco:—dijo el rey—; te estoy viendo tranquila ante mí, Isabel, á pesar de encontrarte en este aposento; y vos don Juan, os atrevéis á hablarme con audacia.

—Debéis dar gracias, señor, á don Juan, de que vuestra hija no ha perecido—dijo doña Isabel—. Si don Juan no me hubiera salvado de un lugar extraño, adonde me llevó un mandato de la abadesa del convento de Belén, vuestra hija hubiera perecido entre las llamas.

El rey cambió de expresión.

Le dominaba doña Isabel.

—¿Y por qué el marqués de Marana—dijo—, ya que os salvó, no os ha llevado, como debía y era natural, al alcázar?

—Eso hubiera causado escándalo, señor—dijo

doña Isabel—; pero para que sepáis que de nada tenemos que avergonzarnos con Juan ni yo, hacedme la merced de llamar á vuestro criado, don Juan.

Gabilán fué llamado y entró.

El rey se había cubierto de nuevo el rostro con el embozo de la capa.

—Dadme la carta que os entregué para que la llevéis al alcázar—dijo doña Isabel á Gabilán—, y salid.

Gabilán entregó á la joven la carta y salió.

Don Juan volvió á cerrar la puerta.

El rey volvió á descubrirse, tomó la carta y la leyó acercándose á la luz de dos bujías que había sobre una mesa.

La carta decía así:

«Padre y señor: Esta noche velaba yo en mi celda, cuando la madre portera entró en ella y me mandó que de orden de la abadesa la siguiese. La seguí en efecto; la madre portera me llevó al panteón, abrió la losa de una tumba, me hizo bajar sus escaleras, como asimismo á mi doncella, que me acompañaba atravesamos un largo subterráneo, subimos otras escaleras, y nos encontramos en un salón donde estaba la madre abadesa con otras monjas. Doña María de las Nieves me mandó que la siguiese; obedecí, y mi doncella y yo fuimos llevadas por doña María á una habitación del piso alto de aquella casa, donde me mandó que esperase. Salió, cerró la puerta con llave y nos dejó encerradas á mi doncella y á mí. Pasó algún tiempo: yo empezaba á extrañar aquello, cuando la habitación empezó á llenarse de humo, que se fué haciendo más denso cada instante, comprendí que aquello era un incendio; me atreí y busqué á obscuras una puerta; encontré una, la abrí; era un balcón que daba á una calleja muy estrecha; empecé á gritar desesperada pidiendo socorro, porque ya las Lamas penetraban en la habitación, y por fortuna mía acudieron dos hombres, que trepando por una reja del piso bajo, al balcón, nos salvaron á mi doncella y á mí; aquellos dos hombres eran, don Juan Tenorio, marqués de Marana, y un criado suyo. Estoy, sin que nadie me haya conocido, en la posada del marqués, y os suplico, señor, que vengáis en persona para trasladarme secretamente al alcázar, como conviene á mi honor.—Vuestra hija, doña Isabel de Portugal.»

—Hay quien dice—dijo el rey doblando fríamente la carta—, que don Juan entró en la casa en que os encontrábais por un portigo, saliendo luego con vos por un balcón.

—¿Acaso ha dicho eso á vuestra alteza doña Leonor de Sese?—dijo don Juan.

—¿Pues qué—exclamó el rey—, doña Leonor de Sese no está en España?

—Quiero creer—dijo don Juan—, que vuestra alteza no sabe que doña Leonor de Sese está en Lisboa; me parece que un rey no puede mentir; por mi parte, yo, que tampoco puedo mentir, voy á decir la verdad á vuestra alteza, amo á doña Isabel.

La joven se puso pálida y quiso hablar.

—Os amo—dijo don Juan impidiendo hablar á doña Isabel—; sois la última esperanza de mi vida desventurada: os buscaba, y por estar más cerca de vos pasaba las noches junto á los muros del convento de Belén.

—Cuando os quise dar á mi hija—exclamó el rey—, vos no quisisteis tenerla; cuando la quisisteis yo no quise dárosela; si ahora os habéis apoderado de ella, yo os castigaré, pero no os la daré.

—Ved, señor—dijo doña Isabel—, que ninguna obligación de honra tiene don Juan que le obligue como caballero á casarse conmigo.

—Cuestión es esa para vuestras conciencias—dijo el rey—; pero continuad vuestro cuento, don Juan.

—Mi cuento, no; mi relación leal de lo que ha sucedido—dijo don Juan con altivez—; por nada del mundo, por ningún temor puedo yo ocultar vergenzosamente la verdad.

—Seguid—dijo el rey.

—Velaba, como os decía, junto al convento, cuando vi que de una casa de la calle salía una dama, al parecer hermosa y principal, que al verme dió á huir: púsome esto en curiosidad de saber por qué huía aquella dama; la seguí; se me cruzaron algunos hombres, evitando que yo los castigase por haberme servido de impedimento, y yo me volví al lugar en donde estaba cuando apareció la dama: mi criado me dijo que durante mi ausencia, en la casa llamada del Duende, había entrado un hombre; por conocer al duende llegué á un postigo, llamé y me abrieron: permitid que os oculte el nombre del hombre que me abrió, porque no quiero que mi relación acuse á nadie; dentro de la casa encontré á la abadesa de Belén con otras monjas, y la obligué, amenazándola que no saldría de allí, á que, puesto que había una comunicación entre la casa y el convento, hiciese ir á doña Isabel, que fué: y cuando oía, á solas conmigo y con su doncella, las respetuosas peticiones de mi amor, sobrevino el incendio: que yo ame á doña Isabel, se comprende por su hermosura y por sus grandes prendas; que amándola desease verla, era natural, que al verla en peligro la salvase, era un deber; que al salvarla evitase que su honra se viese comprometida, una obligación de caballero: doña Isabel ha escrito una carta desfigurando por conveniencia la verdad, y yo he prometido que así fuese enviada á vuestra alteza, porque estaba resuelto á deciros la verdad toda.

—Es decir que me veo obligado á respetar en vos á un caballero—dijo con cólera el rey.

—Si vuestra alteza no me respeta, me haré respetar yo—dijo don Juan, que á nada, á ningún temor cedia.

—Sabéis, don Juan que tengo tentaciones de que salgamos juntos y nos demos de estocadas? ¿creéis que me he olvidado de la noche aquella en que me humillásteis vencíendome?

—Volvería á venceros—dijo don Juan—, porque está de Dios que yo venza siempre; y yo, por muchos respetos, no puedo combatir con vuestra alteza: haced lo que os plazca, y no esperéis que yo retroceda ni os suplique, sería en vano.

—¿Por qué, don Juan? ¿por qué os habéis puesto y os ponéis en mi camino? ¿por qué, á pesar de todo yo no puedo despreciaros?

—Porque no se puede despreciar lo que no es despreciable; porque no he sido yo quien se ha puesto en medio de vuestro camino, sino vuestra alteza quien ha cruzado el mío; y ¡vive Dios! que otro hombre no se hubiera cruzado á mi paso dos veces.

—Concluyamos—dijo el rey—, yo no puedo ser con vos lo que soy para todos: me ofendeis, me irritáis, y os estimo sin embargo; os creo, en cuanto á lo de que mi honor no ha sido manchado por vos, no ha sido envilecido por mi hija: es necesario concluir. Cubrid vos bien, doña Isabel, y seguidme: escoltadnos por seguridad, don Juan, con vuestro criado, y dadnos si es necesario, una prueba de vuestro valor quitándonos estorbos del medio si sobrevinieren, aunque esos estorbos sean tondas de nuestra justicia.

---

Don Juan, para que se encubriese, dió una capa y una gorra á doña Isabel; ésta llamó á su doncella, y todos salieron de la hostería, encargando don Juan aparte al hostalero que no hiciese caso de si llamaba ó no el hombre que había dejado encerrado, ni le permitiera salir.

---

Hizo el diablo, para que el rey don Juan acabase de impresionarse por el valor de Tenorio, que á pocos pasos que diesen en la calle tropezasen con una ronda.

—Hagan alto á la justicia del rey—dijo el alcalde—, y sepamos quienes son los que andan á estas horas por la calle.

—Tan buenos hidalgos somos—dijo don Juan—, que nos importa que nadie nos conozca; apartaos en cortesía, señor alcalde, y ved que pudiera pesaros si pretendéis pasar á vías de hecho.

—Quien no se descubre á la justicia es porque teme: daos presos que después veremos quienes sois.

—Mirad alcalde, que si os empeñáis, os va

á faltar tierra por donde correr—dijo tranquilamente don Juan.

El alcalde, que era de los bravucones, mandó á los alguaciles que se apoderasen de aquella gente; pero apenas el primero de aquellos desdichados estuvo al alcance de don Juan, sintió sobre sí una lluvia tal de cintarazos, tan rápida y tan espesa, que no se le ocurrió otra cosa que dar á correr, é instantáneamente se trabó una de cuchilladas, de las buenas, en que hubo de tomar parte el alcalde. A Balboa le había contenido el rey que había echado á andar en dirección opuesta á la pendencia y bien de prisa, con doña Isabel y su doncella, y Gabilán no se había atrevido á meter mano porque su amo le había dicho:

—Si me ayudas te rajo.

Y como Gabilán sabía bien que su amo era hombre de palabra, se abstuvo en ayudarle por instinto de conservación.

Pero replegado á la pared, parando y dando sin tirar nunca de filo, bastaron cinco minutos á don Juan para hacer correr á la ronda apaleada.

—Corre, Gabilán—dijo Tenorio—, y dí á esos hidalgos que el camino está ya franco.

Gabilán se fué y el rey volvió.

—¿Cuántos eran?—dijo con admiración el rey.

—Qué sé yo—contestó don Juan—, ¿á qué contarlos? además no me han dado tiempo, porque se han ido harto de prisa.

—¿Estáis herido?—dijo con cuidado doña Isabel.

—No, no por cierto; he sido herido rarísimas veces; y aun así, de poco peligro: Dios me guarda para algo, y me parece que no se ha forjado aún la espada que me ha de matar.

—Ya no me admiro que os tenga en tanto el emperador—dijo el rey—, sois un hombre que asombra: pero callemos y seguid de prisa, que lugar tenemos de hablar.

Media hora después llegaron al postigo del alcázar.

—Os espero mañana—dijo el rey—, tengo mucho que hablar.

—Hasta mañana—dijo don Juan.

—Hasta mañana—dijo doña Isabel.

Y el postigo se cerró.

Don Juan y Gabilán volvieron á la hostería. Don Juan se encontró sin Cristóbal del Saltillo.

Llamó al hostelero y le quiso dar de palos.

—¿No os dije, bellaco—exclamó—, que no dejéis salir á ese hombre?

—Vuestra hermana es como vos—dijo el hostelero nombrando á Magdalena como estaba acostumbrado á considerarla.

Porque don Juan y Magdalena, desde que an-

daban juntos se llamaban hermanos: don Juan por la certeza que tenía en ello; Magdalena porque dudaba.

—Y mi hermana—exclamó don Juan—, ¿se ha ido con ese hombre?

—Sí, si señor: apenas salió vucencia me llamó y me dijo: llevadme al aposento donde el marqués mi hermano ha encerrado un hombre; y como no hay medio de desobedecer á la señora, porque manda como vucencia manda, yo la he obedecido; después, la señora, envuelta en su manto, salió sola con aquel hombre.

—Idos—exclamó don Juan—, idos antes de que se me trastorne la cabeza y os mate por imbécil.

El hostelero se apresuró á salir.

—¿Y dónde buscarla?—exclamó don Juan—, ¿dónde habrá ido? ese hombre que tú detuviste, que yo encerré, tiene muy mala cara, me parece un miserable.

—Doña Magdalena, señor, tiene tanto corazón como vos.

—Sí, pero doña Leonor, á quien habrá ido á buscar, es terrible, y en su casa... puede cometer una traición, y ¿no sabes dónde habita doña Leonor? si aconteciese algo á Magdalena, yo me desesperaría; no sabría qué hacer para satisfacerme de esta desgracia: vamos Gabilán, vamos á buscarla por todo Lisboa.

—Pero, ¿adónde, señor? porque doña Magdalena no estará en la calle.

—Vamos, acaso el destino que guía mis pasos, me haga encontrarla; ven.

—Adiós sueño por esta noche—murmuró Gabilán siguiendo á su amo.

Y ambos salieron de la hostería.

## IX

Apenas había salido don Juan con el rey, con doña Isabel, con su doncella y con Gabilán, el hostelero fué llamado al aposento de Magdalena.

—Ahora mismo—le dijo ésta—, me vais á entregar el hombre que se ha quedado en el aposento de mi hermano el marqués de Marana.

—Perdonad, señora—dijo el hostelero—; pero en el cuarto de su excelencia no se ha quedado nadie.

—Os afirmo que allí se ha quedado un hombre—dijo imperativamente Magdalena—; no gusto de que me repliquen ni de que me opongan obstáculos: abrid al momento la puerta de la habitación de mi hermano, ó ¡vive Dios! que os ha de pesar.

Mandaba de tal manera Magdalena que el hostelero no se atrevió á desobedecer.

Abrió la puerta del aposento que don Juan ocupaba en la hostería y que se componía de tres piezas: de un recibimiento, en el cual había un cuarto donde dormía Gabilán y donde había sido encerrado Cristóbal del Saltillo, de una gran sala ricamente amueblada, y de un dormitorio en que había un gran lecho con colgaduras de damasco amarillo.

Magdalena examinó el recibimiento, la sala y el dormitorio, y no encontró á nadie.

—¿Lo veis, señora?—dijo el hostelero—, ya os decía yo bien: nadie ha quedado aquí.

—Juraría que aquí hay un hombre—dijo Magdalena.

—Ya veis, señora que no.

—Ya, ya lo veo; pero esperad: ¿no hay más cuartos en este aposento?

—No hay más que los que ya habéis visto.

—¿Y este?—dijo Magdalena que había salido al recibimiento.

—¡Ah, sí! el cuarto donde duerme el señor Gabilán, el mayordomo de su excelencia.

—Abrid la puerta de ese cuarto.

—¿Y con qué llave?

—Si no la podéis abrir con llave, forzadla.

—Se armará mucho ruido: creerán otra cosa.

—Si no la forzáis vos, la forzaré yo: cabalmente he visto sobre la mesa dos pistoletas; con que si no queréis que yo haga más ruido que el que vos hagáis con abrir la puerta, abridla vos.

El hostelero comprendió que Magdalena era capaz de abrir la puerta forzando la cerradura de un pistoletazo, y se apresuró á decir:

—Voy, voy á ver si encuentro entre las llaves de mi hostería una que venga á esa puerta.

—Estoy segura de que la encontraréis; pero id, id al momento.

El hostelero salió y volvió poco después con algunas llaves. Una de ellas parecía hecha expresamente para aquella puerta, que se abrió.

Inmediatamente apareció detrás de la puerta Cristóbal del Saltillo, que estaba más pálido que lo natural.

—Ya sabía yo que había aquí un hombre: idos—añadió Magdalena dirigiéndose al hostelero.

El hostelero salió.

—Entrad—dijo Magdalena á Cristóbal del Saltillo.

Este, siguiendo á Magdalena, entró en la sala.

—¿No recordáis haberme visto alguna vez?—preguntó Magdalena á Cristóbal.

—Sí, sí señora—contestó éste—, ha más de dos años, en Sevilla; si no me engaño erais camarera mayor de la emperatriz.

—Justamente: yo creo conoceros también: vos erais por aquel tiempo rodrigón de doña Leonor

de Sese: yo estaba segura de que doña Leonor existía en Lisboa; pero después de haberos visto no tengo duda alguna acerca de ello.

—Ignoro lo que haya sido de doña Leonor—contestó Cristóbal procurando mentir con aplomo—, me despidió en Sevilla, y como nada tenía que hacer allí, me he venido á mi tierra que es Lisboa.

—Os advierto que si os negáis á llevarme ahora mismo adónde está vuestra señora, será peor para vos y para ella.

—He dicho la verdad—contestó tenazmente Cristóbal.

Magdalena fué á la puerta del aposento y dijo desde ella en alta voz:

—¡Andrés!

Abrióse instantáneamente una puerta en el corredor, y apareció en ella un hombre que adelantó y entró en el aposento.

Era Andrés Ceballos.

Al verle, Cristóbal del Saltillo se estremeció, porque adivinó en él al hombre loco.

—Agarradme á ese hombre, Andrés—dijo Magdalena—, y obgedle á que diga todo lo que sepa acerca de un negocio por el que le he preguntado inútilmente.

—Compadre—dijo Andrés Ceballos—, ya lo oyes; si te obstinas en callar, te voy á sujetar á la prueba del tormento, dándote garrotillo en los pulgares, sobre la hoja de mi daga, con un cordón de mis agujetas.

—¡Bah! vos haréis eso si os dejan—dijo Cristóbal.

Pero apenas había hablado, cuando se encontró con que Andrés Ceballos le había arrancado de las vainas la daga y la espada:

Cristóbal del Saltillo se vió asido como por unas tenazas por las manos de Andrés Ceballos, que apoderado de una de las suyas le retorció un brazo.

El hablará, señora, él hablará—dijo Andrés Ceballos—, ó le desencajo este remo: este tormento es peor que el del garrotillo.

En efecto, Cristóbal no podía valerse ni evitar que Andrés Ceballos le retorciese el brazo cada vez más.

—Hablaré—dijo al fin—, lo diré todo; mi señora vive en la casa grande de la plaza de los Alamos, y me está esperando.

—¡Ah, sí!—dijo Magdalena—: pues bien, Andrés, llevaos á ese á vuestro cuarto, tomadle la capa y el sombrero para que os tengan por él, encerradle y decid á mi doncella Laureta que me fraiga un manto.

Andrés Ceballos se llevó consigo, asido todavía de una manera violenta, á Cristóbal del Saltillo, y poco después volvió envuelto en su

capa y con su sombrero puesto, acompañado de Laureta, que traía á su señora un manto de terciopelo con velo de encaje.

Andrés se había ceñido el cinturón de Cristóbal, recogió su daga y su espada, que estaban en el suelo, y las envainó mientras Magdalena se ponía el manto.

Cuando esto estuvo hecho, la doncella se volvió al aposento de Magdalena, y Andrés Ceballos, embozado hasta los ojos en la capa de Cristóbal, y con el sombrero del mismo calado hasta el embozo, salió tras Magdalena, que descendió al piso bajo, mandó al hostelero que abriese la puerta, y salió á la calle con Andrés Ceballos.

El hostelero creyó que había salido con el encerrado, porque no había visto el trasiego de Cristóbal del Saltillo, del aposento de don Juan al cuarto de Andrés Ceballos.

—Y bien—dijo Magdalena—; ¿sabéis vos por dónde se va á la plaza de los Alamos?

—No, no señora; pero andando por esas calles, hartó será que en una población tan populosa como Lisboa no encontremos á alguien que por ganar un cruzado de plata, si es pobre, ó por atención, si es noble, no nos guíe: traigo además algo que es muy útil; la llave de la puerta de la casa, que tenía consigo el buen hombre; pero me parece que por allá asoma un bulto.

Y en efecto, por el otro extremo de la calle venía un hombre corriendo.

—¡Alto!—le dijo Andrés Ceballos, medio en portugués, medio en español.

El hombre se detuvo, y contestó jadeante:

—Dejadme pasar; vengo allá del quinto infierno á buscar al doctor Cornalejo para que vaya á ver á mi mujer, que la ha dado un mal.

—Parecéis pobre—dijo Andrés Ceballos.

—Y tan pobre, señor—contestó el hombre—, que lo que yo creo que tiene mi mujer es un cólico de hambre y agua: como que hace dos días que no hemos probado la gracia de Dios ni nosotros ni nuestros hijos.

—¡Infeliz!—dijo Magdalena.

—Pues mirad—dijo Andrés Ceballos, que no tenía las entrañas tan blandas—, yo creo que el mejor médico que podéis llevar á vuestra mujer son algunos cruzados de plata.

—¿Y dónde están?—dijo el hombre con desaliento—: los ricos no tienen entrañas; ven morir de miseria á los pobres sin que se les dé nada.

—Pues tened por seguros diez cruzados con una sola condición.

—¿Cuál?—dijo con ansia el hombre.

—Con la de que nos llevéis al momento á la plaza de los Alamos: vivimos allí, hemos estado en una casa velando á un enfermo, y como somos forasteros nos hemos perdido.

—Al momento, señor—dijo el hombre—; andando de prisa, en un cuarto de hora llegaremos á la plaza de los Alamos.

Y el hombre echó á andar rápidamente.

Magdalena se asió al brazo de Andrés Ceballos, y ambos siguieron á buen paso á su guía.

Tardaron, en efecto, menos de un cuarto de hora en llegar á una plaza irregular.

No podía dudarse de cuál era la casa en que vivía doña Leonor de Sese: Cristóbal había dicho: «La casa grande de la plazuela de los Alamos.» Y en la plazuela de los Alamos no había más que una casa grande.

—Muchas gracias, amigo—dijo Andrés Ceballos al guía cuando éste le anunció que habían llegado á la plazuela de los Alamos—; tomad vuestros diez cruzados, y que Dios os ayude.

—Dios os lo pague, noble señor, noble caballero—dijo aquel desdichado con la voz conmovida.

Y partió á la carrera.

La cuestión para aquel hombre era no llevar á su casa los diez cruzados, porque la moneda no se come, sino parte de ellos cambiada en víveres.

Era muy tarde: todas las tiendas se habían cerrado hacía mucho tiempo, y por la calle no transitaba nadie.

El hombre se fué en busca de una hostería.

—Llamaré tanto—decía aquel hombre sin dejar de correr—, que me abrirán; me costará caro, porque hay que pagar á los que se incomodan, pero llevaré pan y carne á mi mujer y á mis hijos.

Y el hombre seguía corriendo.

De improviso, al volver una esquina, tropezó con un bulto.

—¡Vive Dios!—exclamó el tropezado—. ¿Tan to os importa quitarnos de en medio, bellaco? Quien así hablaba era Antón Gabilán.

Su amo iba algo detrás de él.

—Perdonad, hidalgo—dijo el hombre—, pero me urge llegar á una hostería.

—¿Vais á la hostería de la «Espada de Fuego»?—le preguntó don Juan, encontrando por instinto cierta relación entre aquel hombre y las aventuras de aquella noche.

—Tanto me da—dijo el hombre—; pero en verdad, en verdad que la hostería de la «Espada de Fuego» es la que está más cerca.

—¿A qué vais á esa hostería?—preguntó don Juan.

—A buscar algo que coman mi mujer y mis hijos, que hace dos días no prueban bocado.

—No, no es eso—dijo don Juan—; el que

no se ha provisto de víveres antes de que se cierre el mercado, mal puede proveerse después.

—Tenéis razón, señor—contestó el hombre—, pero en fin esto nada os importa, y yo tardo.

—¡Vive Dios! — dijo don Juan —, que no habéis de pasar si no me decís la verdadera causa de vuestra ida á la hostería.

—¿Qué más causa, señor, que estar mi pobre mujer agonizando de hambre?

—¿Y creéis que á estas horas os han de dar limosna?—insistió don Juan.

—Es que yo no voy á pedir limosna; yo voy á comprar.

—¿Y si no tuvisteis dinero para comprar antes, cómo le tenéis ahora?

—¡La misericordia de Dios, caballero, la misericordia de Dios! Cuando salía de mi casa asustado porque á mi mujer la dió un mal, para ir á buscar al doctor Cornalejo, que es muy caritativo, me encontré con una dama y un caballero que me ofrecieron diez cruzados si los llevaba á la plazuela de los Alamos: los he llevado, me han dado los diez cruzados, y yo voy á buscar alimento para mi pobre mujer y mis pobres hijos.

—¡Bah! pues estáis muy de suerte esta noche, buen hombre—dijo don Juan—; vamos, vamos á la hostería de la «Espada de Fuego», y tendréis de balde lo que acaso no os hubieran dado por el dinero.

—¡Ah, señor, Dios os lo pague!—dijo aquel pobre hombre.

Y echó á andar.

—Pero en efecto—dijo don Juan—, ¿es por alimentos por lo que vais á la hostería?

—Sí, sí señor; ya lo veréis — dijo el hombre. Y siguió andando.

Don Juan y Gabilán se fueron tras él.

—¿Sabéis que esto es raro, señor? — dijo Gabilán.

—Calla—contestó su amo—; no sabemos si este hombre miente ó no.

Y siguieron.

—Decidme — dijo don Juan—, ¿qué trazas tenían la mujer y el hombre á quienes habéis guiado á la plazuela de los Alamos?

—A lo que podía verse por el bulto, señor, ella parecía muy dama, y él muy hidalgo, por lo menos hablaban como hablan las gentes ricas cuando hablan con los pobres: parecían forasteros y castellanos, porque yo he estado mucho tiempo en Castilla, y conozco bien á los de aquella tierra.

—Andad, andad más de prisa, que vuestra mujer necesita alimento — dijo don Juan.

—No lo necesito yo menos, señor—contestó el hombre—; pero á bien que ya la hostería está cerca.

—Dejad, dejad—dijo don Juan—; á mí me abrirán más pronto: llama, Gabilán.

Gabilán dió un solo golpe, pero decidido y fuerte, con el llamador de hierro de la puerta.

Inmediatamente preguntó quién llamaba una voz desde el interior.

—Su excelencia el marqués de Marana—contestó con énfasis Gabilán.

—¡Ah, señor! perdone vuestra grandeza—dijo el hombre—; yo no sabía quién era vuesa merced.

Se abrió la puerta y apareció un criado de la hostería con una luz en la mano.

—Entrad — dijo don Juan al pobre hombre, que entró.

Don Juan le examinó: era un desdichado muy pobremente vestido, en cuyo semblante macilento se veían pintadas las huellas de una prolongada miseria.

Contaba por lo menos cincuenta años; pero parecía de más edad.

Don Juan creyó entonces en su miseria, y tuvo lástima de él.

—Ahora mismo—dijo al mozo—vais á traer una botella de Oporto, del mejor, del que me servís á mí: entrad, entrad aquí y descansad, pobre hombre.

Y se entró con él en una pieza que servía de despacho general, donde había mesas y bancos. Gabilán se quedó en el ingreso de la hostería.

El mozo apareció al momento con una botella y una bandeja con vasos, y Gabilán vino á poner una luz sobre la mesa, porque el mozo traía las dos manos ocupadas.

—Haz la obra de misericordia de dar de beber al sediento, Gabilán — le dijo su amo.

Gabilán llenó los vasos de espumoso vino.

—Bebed, y sentaos para beber—dijo don Juan al pobre.

—¡Ah! no señor; yo no me siento delante de vuesa merced.

—La pobreza es augusta—contestó don Juan—; sentaos.

El hombre se sentó obedeciendo; porque don Juan, aun cuando favorecía, mandaba.

—Bebed—repitió don Juan—; el oporto os calentará el estómago.

El hombre tomó un vaso y le bebió con ansia.

—Llenad una gran cesta, cuanto pueda llevar mi criado, con pan y buenos fiambres, y seis botellas de Oporto.

—¡Ah, señor!—exclamó el pobre—: Dios os bendiga: ¡qué buen vino! yo no le había bebido nunca; el oporto cuesta muy caro, y no se ha hecho para los pobres.

—A seguida—dijo don Juan—iremos á vuestra casa, consolaréis á vuestra familia, y luego me llevaréis á la casa adonde habéis llevado á esa dama y á ese hidalgo que os parecieron castellanos.

—Iré adonde vuestra grandeza me mande—dijo el pobre.

A las dos calles, el hombre se detuvo á la puerta de la hostería y fué á llamar.

—No bebáis más—dijo don Juan viendo que aquel hombre iba á tomar otro vaso—: debéis tener el estómago débil y el Oporto es demasiado fuerte.

—Me ha hecho tan bien el vaso que he bebido...

—Vamos, Gabilán, toma esa cesta y pónela bajo la capa—dijo don Juan viendo aparecer al mozo de la hostería con una cesta muy grande, que parecía muy pesada, cubierta con un mantel muy blanco, por cima del cual salían los cuellos negros de seis botellas.

Gabilán no replicó una palabra, aunque le dolía convertirse en criado de aquel mendigo, y se metió la cesta bajo la capa.

—Ea, en marcha—dijo don Juan—, en marcha y deprisa.

Salieron de la hostería.

Gabilán iba detrás murmurando.

—He aquí á mi amo metido, á medias, á santo; si á lo menos siguiendo este camino se convirtiera y me dejara en paz... y esta condenada cesta pesa que es una bendición de Dios... y todo ¿para qué? para que se mueran de una indigestión unos pobres diablos que se están muriendo de hambre.

—¿Qué murmuras? — dijo don Juan.

—No murmuro, señor: es que voy rezando, porque os veo caritativo como nunca: y como la caridad ha hecho de grandes pecadores grandes santos, pido á Dios que sigáis en este buen camino.

—De modo que puede ocurrirme apartarme de él sentándote un poco la mano.

—¡Ah! no, no señor; antes que eso dejaré de rezar por vuestra conversión.

—Anda, anda de prisa, que anhelo que este desgraciado nos pueda guiar cuanto antes adonde ha llevado á esos dos, que no tengo duda de que son ellos.

Don Juan y Gabilán apretaron el paso para alcanzar á aquel hombre, que confortado por el vino y ansioso de socorrer á su familia, iba muy de prisa.

—¿Dónde vivis?—le preguntó don Juan.

—En el barrio de Belén, señor.

—¿En el barrio de Belén? ¿cerca del convento?

—Sí señor: dos calles más allá, á la izquierda del monasterio, en un casuco que yo quisiera fuese mejor, porque en él va á entrar vuestra grandeza, y ya podía yo vivir en muy buena casa y no pasar miserias, sino fuéramos tan honrados.

—¡Calla! pues ¿y qué podríais hacer, si os olvidarais de vuestra honra?

—¡Bah, señor! vos debéis conocer mucho al duque de Terceira.

—Sí, le conozco algo.

—Preguntadle cómo se llama cierta persona

por quien el duque hubiera dado, no digo yo una gran riqueza, sino su alma al diablo.

—¿Es joven vuestra mujer?

—No, señor: tiene cuarenta años, y ha trabajado tanto, ha sufrido tanto, que ya no es ni su sombra: ha sido muy hermosa, pero á bien que la vais á ver cómo era, porque mi hija, que sólo tiene diez y seis años, es la imagen de su madre: antes mi pobre Francisca, mi hija, estaba mucho más hermosa, gruesa, encarnada, y tenía sus hermosos cabellos.

—¿Los ha perdido á causa de alguna enfermedad?

—No—dijo de una manera seca el hombre.

—¿Se los ha cortado por algún voto?

—No, se los ha cortado para venderlos—dijo creciendo en amargura aquel hombre—, un cruzado dieron por ellos; de seguro que la dama vieja que los haya comprado para engalanarse con los cabellos de oro de mi Francisca, habrá dado por ellos más de cien cruzados; atrás, una trenza gruesa como mi brazo, larga hasta los pies; delante, dos trenzas gruesas como mi muñeca: lloraba la infeliz cuando se los cortaba; pero no habíamos comido en tres días: el duque de Terceira hubiera dado por aquellos cabellos, sin que mi hija se los cortase, un tesoro; pero antes morir...

—Vuestra hija amaré...

—Mi hija no ama, mi hija es altiva como una reina: yo hubiera querido casarla, pero ningún hombre la enamora: yo no sé en qué piensa: sin duda que ella quiere más de lo que puede ser, porque mi hija no es de mármol, ni es estúpida, y de sus ojos sale fuego.

Aquel pobre hombre no sabía con quién hablaba: no sabía que estaba arrojando una astilla más á aquella inextinguible hoguera que se llamaba don Juan.

Don Juan se había entremetido de una manera singular, como el lobo insaciable que olfatea una res extraviada.

—¡Esto es terrible! — exclamó don Juan, sin cuidarse de si era escuchado ó no—: ¡yo estoy loco!

—Perdonad, señor—dijo el hombre—: ¿por qué habéis de estar vos loco?

—¡Ah! ¿qué decís?—dijo don Juan—: ¿quién ha dicho que estoy yo loco?

—Perdonad, señor, yo había creído oír...

—Os habéis engañado: pero á todo esto, ¿cómo os llamáis?

—Francisco de Barcelos, humilde criado de vuestra grandeza.

—¡De Barcelos! tenéis un apellido ilustre.

—Sí, sí señor, mal que le pese al conde de Barcelos, mi tío, que me tuvo preso porque me atreví á decir que era su sobrino: pero es la verdad: todo consiste en que su hermano, mi padre, se enamoró de una pobre muchacha plebeya, mi madre: hizo mi padre lo que quiso, contra la voluntad del suyo, esto es, se casó con mi madre, y su padre le desheredó, le

arrojó de su casa: cuando murió su padre, su hermano no le conoció ni me conoce á mí, ni aunque ha cumplido sus ochenta años, le ha tocado Dios al corazón. Dios le perdona: no nos conoce: nos niega, nos deja morir de hambre, porque yo, señor, he enfermado, no puedo trabajar: mi mujer ha enfermado también: mi hija apenas gana cosiendo, para un miserable pedazo de pan: se debe en la tienda, y no fian: sucede que la miseria debilita á la pobre niña, que no puede trabajar: pero esto nada tiene que ver con la honra: se conserva, señor, aun á costa del martirio.

—Creo haberlos oído decir: mis hijos.

—Tengo otro pequeñuelo de diez años, que morirá, señor, que morirá pronto de miseria, como he perdido otros cinco hijos: la maldición de un padre es terrible: la oye Dios, y Dios cumple siempre la maldición de un padre: mi abuelo maldijo á mi padre cuando se casó con ella, y Dios cumple la maldición.

Don Juan se estremeció de los pies á la cabeza, y sintió una especie de respeto supersticioso hacia Francisco de Barcelos.

Parecióle que no era un hombre, sino un ser fantástico que Dios le arrojaba en medio de aquel terrible camino por donde avanzaba sin detenerse en nada, con la violencia del huracán.

---

—Si vivís tan cerca del convento de Belén—dijo don Juan, por desimpresionarse de las terribles ideas que le habían acometido—, debéis saber un acontecimiento que ha tenido lugar esta noche en el barrio: he oído hablar de un incendio.

—Sí; el incendio de la casa del duende—dijo Barcelos—; la ha consumido el fuego en menos de tres horas, y á duras penas los vecinos han podido impedir que se comunique á otras casas: la casa del duende estaba maldita de Dios; era el solar de un ajusticiado por traidor; si no se hubiera acabado el incendio, ya veríais desde aquí el resplandor de las llamas: ardía la casa como si hubiera sido de tea; por eso se ha acabado pronto: me está latiendo el corazón, porque estamos ya cerca de mi casa: ¡oh! mi pobre Margarita, mi pobre Francisca, ¡cómo os van á bendecir, señor! en estos tiempos no hay caridad; los ricos no quieren entrar en el cielo; con lo que gastan en cosas muy inútiles podrían salvar de grandes desgracias á muchos pobres; quien tiene caridad está bendecido por Dios.

Don Juan volvió á estremecerse. Volvió á creer que Barcelos era una figura fantástica, no un hombre.

---

—Hemos llegado á mi casa, señor—dijo Bar-

celos, deteniéndose delante de una pequeña puerta, abriéndola y dejando ver un fondo densamente obscuro.—Entrad—añadió—, que voy á ver si encuentro algo con qué encender luz.

Don Juan y Gabilán entraron, y Barcelos cerró la puerta.

Don Juan se encontró envuelto en una densa tiniebla.

—¿No venís solo, padre?—dijo cerca, entre aquella tiniebla una voz tal, que vibró de una manera poderosa en el alma de don Juan.

Tanta resignación y tan dolorosa había en aquella voz; tal perfume, por decirlo así, de immaculada pureza en su acento; tanta y tan conmovedora desventura.

—No, Francisca, no—dijo Barcelos—, viene conmigo un gran señor.

—¡Padre!—dijo de una manera harto significativa la joven.

—Un alma llena de caridad—añadió Barcelos.

—¡Dios quiera que esa caridad no sea para nosotros una desgracia!—dijo la joven.

—Busca, hija mía, busca algo con qué encender luz—dijo Barcelos—, y nada temas; el señor marqués de Marana no puede pensar en el mal; hombre que tiene su semblante no puede dejar de ser noble, grande y generoso.

La joven no contestó.

Don Juan sintió un leve ruido, como el del paso de una persona que apenas tocase á la tierra, y luego el choque de un eslabón sobre una piedra.

Algunas chispas brillaron un momento en la obscuridad.

Poco después se sintió un fuerte olor á azufre y apareció una luz lívida.

Luego aquella luz se hizo roja.

Se había encendido un pedazo de vela de sebo puesta en un candelero de barro.

## X

Don Juan experimentó una sensación penosa, fría, á la vista de la punzante miseria que le reveló la luz.

Era, el en que se encontraban, un espacio pequeño, húmedo, denegrido, sin más claro que el de la puerta, con un fogón en un ángulo, sin comunicación alguna con otra habitación, una especie de agujero de rata, una covacha, una vivienda en fin insalubre, en que vivían casi amontonados cuatro seres humanos.

Una mesa pequeña, vieja, rota; tres sillas miserables; una tabla colgada por dos cuerdas de la pared, en que había algunas vasijas de barro, y dos jergones en el suelo puestos en los ángulos de la pared de la puerta; he aquí todo el mobiliario de aquella vivienda.

Sentada sobre el jergón del ángulo de la derecha, envuelta por un andrajó de color indefinible, había una mujer pálida, demacrada, enferma, cuya edad no podía marcarse como no puede marcarse la edad de un espectro, suponiendo su existencia. En el jergón del ángulo de la derecha, estaba encogido, rebujado en otro andrajó, un niño también demacrado y livido que de instante en instante tosía de una manera aguda, seca, terrible; de una manera que daba horror.

A no dudarlo, el padre y la hija partían con dos enfermos, casi con dos cadáveres, sus miserables jergones.

Gabilán, que era muy poco respetuoso, se sintió también impresionado, de una manera seria.

Frente á don Juan, y cerca de él, esbelta, rígida, dura, seria, contemplándole profundamente, había una joven, muy joven, alta, de actitud severa y de una belleza suma, á pesar de que en ella se notaba también de una manera marcadísima la señal de la dura mano de la miseria.

Don Juan creyó ver ante sí, no una mujer, no una niña, sino el ángel del dolor y de la resignación; un ángel triste y serio, de cuyos ojos serenos fluía un fuego intenso, una expresión sublime, una belleza incomparable; la belleza del alma del mártir que acepta el martirio y le sufre sin quejarse.

Don Juan nada vió respecto á él en la mirada de la niña, más que una observación severa y fría.

Don Juan estaba acostumbrado á impresionar á primera vista á los seres sobre los cuales caía su incontrastable mirada.

Su mirada, que era á un mismo tiempo el poema del bien y el poema del mal; su mirada, que nadie hasta entonces había sostenido, y que se rompió, por decirlo así, como un vaso de vidrio en un muro de pedernal, en la tranquila mirada de Francisca.

—Y bien, padre—dijo la joven—¿es éste el gran señor que nos salva?

—Sí—dijo Barcelos—; ya ves, á él debemos esa cesta llena de provisiones.

—Y bien, pan para algunos días—dijo Francisca, con su acento inmutable, dulce, pero firme y serio—¡después, lo mismo, la miseria! gracias, sin embargo, caballero; yo os agradezco lo que hacéis por nosotros, y en cambio, si le aceptáis, voy á daros un consejo: volvedos atrás.

—No os comprendo—dijo don Juan.

—Deteneos en el camino que seguís, porque si dais un paso más, caéis en un abismo.

—No os comprendo aún.

—La locura; vuestros ojos arrojan de sí la desesperación de un alma terrible que se obs-

tina en vencer algo que no la es posible vencer.

—¡Bah!—dijo don Juan—: dejadme que siga mi camino; yo no puedo volverme atrás: os agradezco vuestro consejo; hace mucho tiempo que me le he dado á mi mismo, y yo no le he podido seguir: dejad que me lleve el diablo, que si me lleva será porque lo permita Dios; ó más bien, si queréis que yo no caiga en el abismo, guiadme vos llevándome de la mano por su borde.

—Volvedos atrás—dijo Francisca, en cuyos ojos brilló por un momento una expresión extraña.

Este diálogo pasaba en tanto que Barcelos, ayudado por Gabilán, desembanastaba los comestibles y las botellas, y comía y daba de comer á su mujer y á su hijo enfermos.

Los desgraciados querían comer, y su debilidad rechazaba el alimento.

Gabilán había descorchado una botella y servía á la madre y al niño.

Barcelos y Gabilán estaban distraídos.

—Habéis hecho latir mi corazón como no ha latido hasta ahora—dijo don Juan á Francisca—; me imponéis respeto y espanto, y creo ver en vos algo más allá de la tierra.

—Volvedos atrás—repitió Francisca con su acento inalterable, y siempre con su mirada inmóvil y fija en don Juan.

—Tal vez un momento de caridad me ha traído aquí, señora; yo no veo en vos ni una niña, ni una mujer hermosa: mi corazón es un caos, un hervidero de pasiones, un depósito de hiel; sed el espíritu benéfico que me arranque del marasmo en que me veo sumido.

—En buen hora; me encontraréis junto á vos cuando menos lo penséis: veo en vos, no lo que vos decís, sino algo que me repugna y que al mismo tiempo me hace interesarme por vos; sois á un tiempo un ángel y un demonio; no creo poder salvaros, y sin embargo, veo que sois mío.

—¡Vuestro!

—Callad, ya me veréis; mi padre puede oír algo, á pesar de su distracción, é interpretar nuestras palabras.

Y la joven se sentó, dejó de mirar á don Juan, é inclinó su hermosa cabeza, apoyándola en un brazo, cuya blancura era deslumbrante.

—Y vos, Francisca, ¿no tomáis algún alimento? ¿os avergonzáis tal vez delante de mí y de vuestra miseria?—dijo don Juan.

—No: yo solo me avergonzaría por considerarme indigna del aprecio de las gentes virtuosas: no, dejadme; el estado en que se encuentra mi madre, estado que no durará mucho tiempo, yo os lo aseguro, me llena de dolor; no me

permite sentir el estado doloroso en que me encuentro; y mi pobre hermano, á quien sólo el poder de Dios alcanzaría á salvar: dejadme, os lo ruego.

Y Francisca guardó silencio.

Don Juan tomó una botella, llenó un vaso y le ofreció á la joven.

—Sí, eso sí: gracias—dijo Francisca.

Y bebió la mitad del contenido del vaso, que devolvió á don Juan.

Este, de una manera impremeditada, por un impulso irreflexivo, bebió el resto del vino.

Parecióle que había bebido fuego.

Francisca le miraba de lleno y de una manera sombría.

Su padre se levantó de junto á su madre y acudió á ella.

—Y tú, hija mía, ¿no comes? no hay que tener vergüenza por este caballero: eres demasiado altiva para ser pobre: ¿por qué recibir de una manera indiferente un beneficio?

—¡Ah, no! yo os juro, padre mío, que agradezco á este caballero, no sólo lo que ha hecho, sino lo que hará.

—¿Lo que hará?—dijo don Juan.

—Sí; si la felicidad consistiera en no sufrir la miseria, en tener lo necesario y aun más que lo necesario, podríamos considerarnos felices; porque vos sois un gran señor, un señor poderoso; basta verlo para conocerlo, y estoy viendo en vuestra mirada vuestra alma: os habéis encargado de nosotros, no necesitáis decirnoslo, y haréis mucho más de lo que necesitamos que se haga por nosotros; lo hacéis por un impulso generoso, de una manera desinteresada; gracias, señor, gracias, porque al menos mi madre y mi hermano pasarán algunos días tranquilos.

—Es maravilloso lo que en vos veo: vuestra inteligencia, vuestra razón madura, en vuestros pocos años...

—¡Oh! mi hija ha sido siempre una vieja desde que tiene uso de razón—dijo Barcelos—: le basta con ver á una persona para saber si es buena ó mala.

—¡Por desgracia!—dijo Francisca.

—Pero hija mía—toma algo de este ánade, haz un esfuerzo; tu madre y tu hermano no podían comer y al fin han comido; ¿no es verdad, Margarita, que te sientes mejor?

—Esto durará poco, Francisca—dijo la pobre mujer con una voz que tenía mucho de cavernosa—; la caridad ha llegado demasiado tarde á nuestra casa para mí y para el pobre Andrés; gracias sin embargo, mi buen señor: que Dios os bendiga.

Don Juan no contestó.

Estaba absorto en la contemplación de Francisca.

—Vamos—le dijo Barcelos—, ya he comido, estoy fuerte y puedo guiaros á la plazuela de los Alamos.

—¡Ah! sí—dijo don Juan volviendo de su distracción—; me va en ello más de lo que podéis creer: adiós, amigos míos; reposad tranquilos: yo volveré muy pronto; sois míos, y es bueno que sepáis que don Juan Tenorio lo arrostra todo por lo que es suyo.

—Dios se lo pague, señor—dijo Margarita.

Francisca no le dijo una sola palabra.

Barcelos bebió otro vaso de vino, salió, y tras él salieron don Juan y Gabilán.

—No os llevéis la llave, padre—dijo Francisca—; no nos dejéis encerrados.

—Bien—dijo Barcelos—; toma y cierra; yo no tardaré en volver.

Francisca cerró por dentro la puerta.

Luego fué á sentarse en el jergón al lado de su madre.

La niña temblaba.

A la expresión severa é inmóvil de su semblante había reemplazado una expresión de miedo.

—Madre—dijo de improviso, volviéndose y abrazando á Margarita—, tu hija es muy desgraciada.

—¡Tú! sí, es verdad: tú, hija mía, tan joven y tan hermosa, tan pura y tan buena, sentenciada á esta horrible miseria; pero Dios se ha apiadado de nosotros enviándonos esa buen alma, ese caballero.

—¡Don Juan Tenorio!—exclamó Francisca.

—Y bien: ¿por qué dices de ese modo don Juan Tenorio?

—¡Madre! ese caballero es... el que convidó á cenar á un muerto.

—¿Estás loca, Francisca?

—Sí; ¿no habéis oído cantar á los ciegos un romance que ha venido allá de Castilla?

—¡Ah! ¿el romance del «Convidado de Piedra»?—dijo Margarita—; pero eso es un cuento, hija mía.

—No, no; el romance dice que el que convidó á la estatua del Comendador, á quien había matado por su mano, era don Juan Tenorio.

—Bien; será otro.

—No madre, no; es él: cuando yo le ví, su semblante me espantó; porque... porque yo, antes de verle, le he visto en mis sueños; porque yo, dentro de mi alma, amaba á un hombre cuyo semblante no conocía; pero al ver á don Juan, he visto el semblante, la actitud, la mirada, la grandeza del hombre á quien yo amaba; porque yo amo, madre, yo amo: hay en mí algo que yo no comprendía y que lo he comprendido al ver á ese hombre: ¡oh! ma-

dre, ese hombre es Satanás; ese hombre es la desgracia; ese hombre es la desesperación de las desesperaciones; ese hombre es la condenación del alma; ese hombre me matará.

—¡Francisca! — exclamó la pobre madre: Francisca, tú estás loca, hija mía; que no vuelva ese hombre aquí: que sus dones no sean para nosotros una horrible desgracia.

—¡Madre! para que la fuente no corra es necesario que no brote la roca; si brota no hay poder humano que la defenga; ella irá á buscar el río, y con el río irá al mar.

—¡A perderse en el río y á ser tragada por el Océano!

—Siento un poder invencible que me arrastra hacia él; es caridad, madre, es caridad; porque ese señor tan rico y tan poderoso, es más pobre, más miserable que nosotros; nosotros sufrimos la miseria que mata el cuerpo, y él sufre la miseria que mata el alma; la miseria contra la cual no bastan todos los tesoros del mundo: vos os salvaréis, madre; mi hermano tal vez se salvará; se lo debemos á él: ¿por qué, madre mía, no he de procurar yo salvarle?

—¿Salvarle tú?

—Mirad, madre; sus ojos se fijaban en mí con asombro, con ansia; me ha dicho:—Sed vos el ángel que me salve del abismo, guiándome por su borde.

—¡Ah, hija mía, hija mía! ese hombre ha venido en mal hora á nuestra casa; ese hombre ha sido para ti lo que el sol para los ojos de un ciego que adquiere la vista de improviso, te ha deslumbrado, te ha quemado el corazón: hija, es necesario que no vuelvas á ver á ese hombre.

—Voy á buscarle, madre.

—¡Tú!

—Sí; no sé por qué temo por él; no sé por qué creo que no hay que perder con él ni un solo instante; un suceso cualquiera, un dolor más, y se vuelve loco.

—¡Ah! ¡ya lo estás tú!

—No, madre, no; tengo fuerza y valor bastante para apurar el martirio: dejadme, dejadme ir, madre mía; no temáis por mí: quiero saber todo lo que sufre, todo lo que espera; quiero saber cuanto antes hasta qué punto es desgraciado: yo le domino; ha bajado los ojos ante mí más de una vez; no ha podido resistir mi mirada: yo no le diré que le amo, no.

—Lo conocerá él.

—No, no lo conocerá él, yo os lo aseguro: dejadme ir, madre mía.

—¡Ve, ve, y que Dios te proteja! sería inútil querer detenerte, acabarías por rebelarte; pero me dejas con una ansiedad mortal.

—¡Ah! no, madre, no; nada temáis.

—¿Y sola, por esas calles?...

—Están desiertas.

—Y ¿adónde vas?

—A la plazuela de los Alamos.

—¡No!—dijo Margarita—, esto es una debilidad mía para una locura tuya: ¡maldita sea ese hombre!

—Madre, no le maldigáis—dijo con acento duro Francisca.

—¡Por el hombre, dejará la mujer á su padre y á su madre!—dicen los santos libros— exclamó con amargura Margarita—; pero esto es horrible; si le conocieras de mucho tiempo, si un largo amor contrariado hubiese vencido tu razón... pero un solo momento... aquí hay algo sobrenatural.

—A mi me parece, madre, que le conozco y que le amo toda mi vida; tal vez ese hombre haya recibido del infierno un poder incontrastable; al verle he sentido que mi ser se transformaba, que ardía mi sangre, que mi cabeza se perdía en lo infinito.

—¡Ah! ¡yo también dejé por tu padre á mi padre! huí de mi casa una noche, dejando á mi madre enferma; huí para encontrar á tu padre que me esperaba; juntos buscamos un sacerdote que nos unió, y al día siguiente, cuando juntos fuimos á implorar el perdón de mis padres; mi madre había muerto y mi padre nos maldijo: su maldición se cumple.

—¡Madre, madre mía! vos no diríais á vuestra madre lo que yo os digo:—confiad en mi valor y en mi pureza; yo os juro por vuestra vida, por mi alma, que no voy á buscar á un amante, sino á un desgraciado, que él no sabrá nunca que yo le amo; que él verá en mí un amigo severo, y nada más:—dejadme ir.

—Francisca; no olvides el juramento que has hecho por mi vida: ve, ve porque sería inútil que yo quisiera detenerte.

—¿Pero os quedáis tranquila, madre?

—Sí, ve; Dios tendrá compasión de mí.

—Volveré, volveré pronto; si mi padre vuelve antes que yo, decide la verdad: adiós; dejaré la llave bajo la puerta: adiós madre mía; nada temáis.

Y besó á Margarita en la boca; fué á la puerta, la abrió, cerró; puso la llave bajo la puerta y se alejó rápidamente.

## XI

Barcelos llevó á don Juan á la plazuela de los Alamos.

—¿En qué casa entraron el hidalgo y la dama, que os parecieron castellanos?—le preguntó don Juan.

—Lo ignoro, señor, porque me despidieron desde en medio de la plazuela; y tenía yo tanta ansia por llevar socorro á mi familia que no me entretuve en ver dónde entraban; pero decían que venían á su casa, y unas tales personas no pueden vivir sino en aquella que es la

única casa grande, y de dos pisos, que hay en la plazuela.

—Tenéis razón: ahí debe ser—dijo don Juan—, podéis volveros, buen Barcelos; tomad estos escudos de oro y en cuanto amanezca buscad una habitación, por cara que os cueste, para tenerla pronto, y avisadme el lugar dónde vivís á la hostería de la «Espada de Fuego».

—¡Oh, señor, señor! ¿cómo podré pagaros lo bueno y lo generoso que sois con nosotros?—dijo conmovido Barcelos.

—Con aceptar lo que yo os dé sin hacerme sufrir las exageraciones de vuestro agradecimiento.

—Dios os dé, señor, todo lo que deseáis—exclamó Barcelos tomando una mano de don Juan y besándola—: Adiós, hasta mañana.

Y Barcelos partió.

—¿Sabéis, señor, que de esta aventura me han resultado dos cosas muy fastidiosas?—dijo Gabilán.

—¡Bah! ¿y qué me importa á mi de eso?—dijo don Juan que miraba profundamente la casa grande de la plazuela, como si hubiera querido ver á través de sus paredes lo que pasaba dentro de ella.

—Pues á mi me importa mucho—dijo Gabilán—, en primer lugar, la cesta pesaba tanto, que me ha dejado un dolor en este brazo que me molesta mucho; y en segundo, pesaba tanto la miseria de aquella pobre familia, que tengo dolorido el corazón; lo que no deja de ser raro en mí, porque á mi me importa muy poco lo que suceda á todo el mundo, menos lo que suceda á vos y á doña Magdalena, eso es aparte.

Don Juan no escuchaba á Gabilán.

—¿Y qué vamos á hacer aquí, señor?—añadió Gabilán—, porque en verdad, en verdad, no podemos sin imprudencia llamar á esa casa, porque no estamos seguros de si está en ella ó no doña Magdalena.

—Acerquémonos á ella y escuchemos—dijo don Juan—, veamos si llega hasta nosotros algún ruido que nos indique si están en esa casa doña Magdalena y Ceballos, porque Ceballos es, indudablemente, el que acompañaba á la señora.

—Sin duda—dijo Gabilán.

Y se acercaron á la casa y se pegaron á sus paredes.

—Aquí duerme todo el mundo, señor—dijo Gabilán—, el silencio es profundo.

—Demos vuelta á esa calleja—dijo don Juan.

Y se deslizaron á lo largo de la casa por la derecha de su puerta, hasta la esquina; entraron en una estrecha y oscura callejuela y escucharon.

Nada se oía tampoco.

—¿Y qué hacemos, señor?

—Esperemos pegados á esta esquina hasta el amanecer si es preciso, y en siendo de día llamaremos y preguntaremos á algún criado que salga.

—Esperemos pues—dijo Gabilán con acento de resignación.

Don Juan se envolvió en su capa porque iba apretando el frío á medida que se acercaba la madrugada, y se apoyó silenciosamente en la esquina.

—Hay una tercera cosa, señor—dijo Gabilán que no podía estarse callado—, que me molesta más que el dolor del brazo y que lo apretado que me ha dejado el corazón la desgracia de esa familia; y es que me parece que la obra de caridad que habéis hecho os va á costar muy cara.

—¿Por qué Antón?

—Yo, señor, he conocido á la mayor parte de las mujeres con quienes habéis tenido historia, y ninguna me ha metido miedo por vos, como esa hija del pobre Barcelos.

—Yo no sé en lo que consiste, Gabilán, pero vengo aquí por mi hermana, por mi hija, y sin embargo me llena el pensamiento ese ángel.

—Ta, ta, ta; ya la llamáis ángel, nuevos amores tenemos; sois incorregible, no escarmentáis; no ha habido una sola mujer de las que habéis conocido que no os dé un disgusto gordo, y veis otra y vuelta á las andadas: mirad señor, que á mi, esa niña, más que mujer me parece un alma del otro mundo.

—Calla, Gabilán, calla; yo no sé lo que yo he visto en esa criatura; por ella me infije un pensamiento misterioso que me oprime el corazón: Gabilán, ¿te acuerdas de lo loco que yo he estado por mi hermana?

—¡Vaya, señor! yo creí que no íbais á amar á otra mujer en el mundo; pero al fin Dios os ha salvado á los dos de esos amores, y sin pecado os ha traído al amor que debéis teneros.

—Sí, sin pecado—murmuró roncamente don Juan—: ¿te acuerdas de doña Inés de Ulloa?

—¡Ah, señor! yo creí también que en ella dábais fondo.

—Pues mira, Gabilán; cada mujer que he conocido me ha enamorado más que la anterior, y era que iba enloqueciendo, buscando siempre una mujer imposible; amándolas más á medida que se iba desvaneciendo la esperanza de encontrar mi sueño: creía encontrarle en doña Estrella, en mi pobre esposa, y sin embargo, mientras la buscaba, mientras ignoraba lo que había sido de ella, amé á Ludgarda de Van-Deosten, á Guillermina Kresberg, á Filiberta Stolpen; encontré á mi esposa, y continué siendo amante de Guillermina: murió Estrella, me roba-

ron mi hija, vine á Lisboa, recordé á doña Isabel, y la busqué enamorado: sé que una dama encubierta ha ido á preguntar por mí casa del barbero Vasco-Pérez; sé que esta noche puedo encontrarla allí; iré, estoy seguro de ello, aunque ahora me propongo no ir, porque, Gabilán, he acabado de volverme loco.

—¡Por la hija de ese mendigo!

—Será una fascinación de mi alma enferma; será que mi locura llegue á hacerse terrible; pero, Gabilán, esa niña me da miedo; he encontrado en ella un ser misterioso que vive en su mirada, que alienta en su aliento, que habla con su voz: tengo miedo; es la primera criatura que en este mundo ha vencido mi mirada con la suya; es la primera mujer que puede arrastrarme hasta la infamia, hasta la villanía, hasta la lucha momentánea, semejante á la del lobo con la oveja: Gabilán, es que voy tras de un deseo no satisfecho; es que me ahogo; es que mi sueño se desvanece y empieza á ser débil, á temer, á estremecerse ante una mujer que no es, sin duda, ni más ni menos que las otras á quienes he dominado; pero á la que mi fantasía enferma atribuye lo que indudablemente no existe en ella: Gabilán, la vida es horrible para el que busca en ella con toda su voluntad, con todo su deseo, un ángel que embellezca la miseria del mundo; un ángel que no existe: ¡ah! no, mentira, lodo, escoria; carne miserable, pasiones ruines, infamia y degradación: yo me ahogo, Gabilán, yo me ahogo; me falta aire; mi vida es demasiado poderosa y romperá mi cerebro; ¡ah! la locura, ¡la locura debe ser horrible! la muerte de la inteligencia, el cadáver animado por un alma incompleta: mira, Gabilán: si esa mujer resiste á mi amor; si no me deja despertar, viniéndola, del sueño que me ha inspirado; me vuelvo loco, y la arrastro conmigo en una senda horrible.

—¡Señor! ¡señor!—exclamó asustado Gabilán: mirad que lo que decís es verdad; pero es el arrebatado de un momento.

—Yo no sé: aquella maldita sortija de Ludgarda; mi sangre es ya fuego... esa mujer... pero ¿por qué, por qué no puedo desecharla de mí?

—¿Por qué? pues os lo voy á decir: porque es más terrible que vos; porque os ha vencido.

—¿A mí?—exclamó con una soberbia infinita don Juan.

—No os irritéis, señor: yo la he visto tranquila mientras vos temblábais; yo hacía como que me ocupaba de la cesta, pero os oía, os veía.

—Y dime, Gabilán, tú, que estabas sereno, ¿no viste en Francisca nada que te indicase que yo tenía influencia sobre ella?

—Nada, señor; fría, ceñuda, insensible como una estatua.

—¡Ah! ¡la venceré!

—Silencio, señor; suenan pasos de mujer: ¿si será doña Magdalena?

—No; yo conozco los pasos de Magdalena; no es ella; calla; veamos qué es esto.

Llegó al fin hasta ellos una mujer, que se detuvo y permaneció inmóvil delante de don Juan.

A pesar de que la noche estaba opaca, don Juan la reconoció.

Era Francisca.

—Venía á buscaros—dijo la joven con su acento siempre severo—; seguidme.

Y se volvió y echó á andar en la dirección que había traído.

Don Juan, como si le arrastrase una fuerza poderosa, siguió á la joven, sin voluntad, arrastrado por una atracción irresistible, y sin decir una sola palabra á Gabilán.

Este dudó si debía seguir ó no á su amo; pero al fin se puso en su seguimiento.

—Vuélvete—dijo don Juan cuando notó que Gabilán le seguía—: permanece en esa esquina, espera, y si salen doña Magdalena y Ceballos, vuélvete á la hostería.

Gabilán se volvió, llegó á la esquina, se apoyó en ella y esperó.

Francisca siguió, y siguió por una y otra calleja oscura, siempre delante de don Juan, y sin que don Juan acortase la distancia que le separaba de ella.

Parecía como que don Juan iba sujeto á un poder superior.

Francisca llegó al fin á un extremo de la población, atravesó algunos solares arrasados y se acercó á la muralla, deteniéndose en la plataforma de una de las torres que la servían de contrafuerte.

Se sentó sobre una piedra.

El viento que venía del mar agtaba sus cabellos cortados.

Don Juan se detuvo en silencio á algunos pasos de la joven.

—¿Por qué pensáis—dijo ésta—, os he traído yo aquí?

—Lo ignoro—contestó don Juan—; no pensaba volver á encontraros tan pronto, y he venido tras vos sin voluntad, sin resistencia.

—Don Juan—dijo Francisca—, estáis en peligro y yo vengo á socorreros.

—¡En peligro!—dijo don Juan—: ¿en peligro de qué?

—Lo ignoro; pero vos tenéis alguna venganza que ejecutar, alguna mala pasión que satisfacer.

—Y bien, Francisca—dijo don Juan—; perdonadme si os interrumpo: ¿qué os va en que yo me vengue ó no?

—La venganza ante Dios—dijo Francisca—, es un crimen imperdonable; Dios prescribe el perdón de las ofensas.

—¿Sabéis—dijo don Juan—, que esta conversación en tal sitio, en tal hora y con tal objeto es muy extraña?

—Vos no os habéis visto la cara, don Juan—contestó Francisca—; si os la hubierais visto, os hubierais aterrado; debéis haber sufrido mucho; debéis ser muy desgraciado; debéis veros sujeto á grandes pruebas.

—Pero... y bien, Francisca...

—Yo vengo á prestaros resignación, á daros ejemplo.

—¿Y para eso habéis abandonado á vuestra madre enferma?

—Vos estáis más en peligro que mi madre, don Juan.

—Os engañáis; yo sigo el curso natural de mi vida.

—Pues si toda vuestra vida ha sido como vuestra vida presente, es necesario extrañar que no hayáis sucumbido.

—¿Queréis que hablemos de otra cosa?—dijo don Juan.

—Hablemos de lo que vos queráis—contestó Francisca.

Don Juan se sentó en otra piedra cerca de la joven, y antes de sentarse se quitó la capa.

—Estáis muy desabrigada—dijo—, y la brisa del mar es fría y húmeda: envolvéos en mi capa, Francisca.

—No; estoy acostumbrada al frío, á la humedad, al hambre, á la miseria; soy fuerte; á vos os hace sin duda más falta vuestra capa que á mí: estáis enfermo, don Juan; cubrios cubrios con vuestra capa, ó estaré inquieta por vos.

Don Juan obedeció, como si no pudiese hacer otra cosa, y dijo con acento triste y distraído:

—Enfermo, sí; del corazón y de la cabeza, del cuerpo y del alma: enfermo de una enfermedad horrible: de la enfermedad del deseo, de un deseo que no puedo ni satisfacer ni calmar.

—¿Y por qué pedís á la tierra más de lo que la tierra puede dar? ¿por qué no sufrís con resignación las miserias de la vida, esperando encontrar en el cielo lo que deseáis? ¿por qué no hacer callar á vuestro rebelde corazón, de quien sois esclavo?

—Oid: no se puede hacer callar á un corazón como el mío: yo vivo agonizando, y busco pretextos para hacer más llevadera mi agonía: yo había salido de mi casa en busca de una hija perdida, y con un afecto que me llena el corazón, y el destino, la casualidad ó la Providencia me han llebado á vuestra casa: os he visto, y, no sé por qué, me habéis impresionado de tal manera, que la idea de vos llena en estos momentos mis sentidos, domina mi ca-

beza, inflama mi corazón: vos representáis para mí una hermosura ideal, un misterio y un empeño; vuestra hermosura me encanta; el misterio de vuestra alma me suspende, el empeño de ser amado por vos me irrita.

—¡Amado por mí! es decir, amado por una nueva víctima, que sería abandonada en el momento mismo en que dejase de ser una dificultad; no, don Juan; yo valgo demasiado para no olvidarme de mí misma hasta el punto de convertirme por un momento en la satisfacción de vuestro hastío: vos estáis loco, don Juan, y porque estáis loco, vengo á ver si os puedo curar vuestra locura.

—Pues eso, Francisca, es amor—dijo don Juan.

—No—contestó tranquilamente Francisca—, es agradecimiento y compasión.

—¡Compasión! ¡agradecimiento!—dijo con extrañeza don Juan, que no estaba acostumbrado á ser protegido.

—Sí, compasión porque sois una criatura de Dios harto desventurada; en vuestro semblante ha quedado impresa la huella de un padecimiento antiguo y contiguo; vuestra mirada es triste; hay en vuestros ojos algo de calentura; por esto os compadezco: ¿y cómo no agradeceros lo que habéis hecho por nosotros?

—¡Por Dios vivo!—contestó don Juan—, eso no hay que agradecerme, porque lo que haré por vuestra familia y por vos, no me cuesta el menor sacrificio.

—No importa, don Juan; el que es favorecido no debe pensar en si el que lo favorece hace ó no un sacrificio; el duro de corazón no tiende su mano á la desgracia; la ve impasible: el que se conmueve ante ella, el que procura destruirla, tiene buen corazón, y debe ser amado y bendecido.

—Venimos, pues, á que vos me amáis.

—No he dicho eso: el amor á que yo me refiero no es el amor que vos creéis, es el amor del agradecimiento: yo no puedo amaros; yo necesito para amar un ser más grande que vos.

—¿Más grande que yo?—exclamó don Juan con ímpetu—: es decir, que me creéis pequeño.

—Sí, porque os dejáis arrastrar por las pasiones; porque no tenéis valor para hacerlas frente y combatir las; porque marcháis de extravió en extravió: no sé lo que habréis visto en mí que os enamore; pero si algo habéis encontrado, debéis renunciar á ello; debéis considerar que vos no podéis ser para mí más que una desgracia; y es tener el alma pequeña y extraviarse, pretender aumentar la desventura de una pobre joven, que es ya bastante desventurada.

—¡Desventurada vos!—exclamó don Juan—: ¿desventurada sin duda por vuestra pobreza?

—No, don Juan, no: mi desventura está en mi corazón.

—¿Habéis sufrido alguna desgracia de amor?

—No, porque no he amado; y no he amado, porque no puedo amar.

—¿No tenéis corazón?

—Sí, lo tengo, puesto que os he dicho que mi desventura está, no en mi pobreza, sino en mi corazón.

—Y si no habéis amado; si vuestro corazón sufre, ¿por qué decís que no podéis amar? —Porque yo, como vos, necesitaba encontrar un imposible; y como estoy segura de que lo imposible no existe, no le busco; no me dejo deslumbrar por las apariencias; sufro y espero otra vida mejor después de esta vida.

—¡Ah! no, me engañáis; vos me amáis; yo he causado en vos la misma impresión que vos habéis causado en mí.

—¿Por qué esa presunción de que yo os amo? —dijo friamente Francisca:— ¿qué habéis visto en mí que os lo indique siquiera?

—Me habéis buscado.

—Vos habéis venido á socorrer nuestra miseria y yo vengo á socorrer la vuestra.

—A cada momento os vais agrandando á mis ojos: ¿qué edad tenéis, Francisca?

—Diez y siete años.

—Y á los diez y siete años, ¿cómo pensáis con la frialdad de una mujer anciana?

—Enseña mucho la desgracia, don Juan: al pobre no se le oculta nada; se le dice todo; la corrupción viene á buscar descarada é insolente las hijas de los pobres; el mundo les deja ver su semblante más horrible; les deja oír el sonido del oro que se ofrece á cambio de su dignidad, de su pureza: ¡ah! yo os aseguro que la miseria enseña mucho; que la vida se vé perfectamente desde ella tal como es y sin ficción, sin disfraz sin una sola mentira que la embellezca: mis diez y siete años son, por lo menos, sesenta: mi madre era una gran dama; me ha educado con arreglo á su manera de ser; me ha enseñado todo lo que sabía: mi padre es también de buena cuna; yo soy, pues, una dama desconocida, oculta bajo los harapos de su miseria; ved, pues, don Juan, como yo no soy lo que parezco.

—Sea como quiera, Francisca—dijo don Juan—, vos sois la idea que en este momento llena mi alma.

—Como la han llenado todas las que se han cruzado, mientras han sido para vos una dificultad.

—Vos habéis causado en mí una impresión que ninguna ha causado.

—¿Os parezco hermosa? —dijo de una manera extraña y con una intención incomprensible Francisca.

—Hay en vos algo que siento sin poder explicarlo: una inmensa belleza que no sólo está en las formas de vuestro hermoso semblante; una luz íntima que parece se transparenta á través de vuestra forma: un poder incontrastable que me ha dominado á mí, á quien nada ha

dominado: he visto en vos un ser semejante á mí.

—Me ofendéis, don Juan, comparándome con vos, que creyéndos fuerte sois en realidad muy débil, muy hombre, y no comprendéis nada fuera de la materia, y que sin embargo queréis encontrar en la materia un ángel.

—Le he encontrado—dijo don Juan con ardor—; ese ángel sois vos, y os adoro.

—Adorad á Dios y tened sólo caridad para la criatura.

—¿Quiere esto decir que vos estáis hecha de la materia de que se hacen las santas?

—No hay más santo que Dios—dijo de una manera tal Francisca, que don Juan se puso de pie asombrado.

—¡Dios! — exclamó —. ¡Dios! ¿Tenéis vos fe en Dios?

—No me sorprende esa blasfemia en vuestros labios; la he leído, desde el momento en que os vi, en vuestros ojos, envuelta en la impureza de vuestra alma: he visto que vuestra mirada tenaz, repugnante, se fijaba en mí buscando algo que satisficiera la sed que os enardece en mi mirada: por eso os dije, recordadlo: haceos atrás, que si hay Dios: ¿pues qué, no lo sentís en vuestro corazón? No volveré á señalaros ese inmenso océano cuyas olas vienen rodando á deshacerse en la playa; no levantaré mi vista al firmamento para mostraros sus innumerables estrellas; no os preguntaré el nombre del autor de tanta grandeza, no; yo os llevaré á buscar á Dios al fondo de vuestro mismo corazón, que es lo que vuestro corazón ansía.

—Sí, es verdad—dijo don Juan—; la belleza infinita, el bien infinito, la inmensidad, el espíritu poderoso en el cual se anega mi espíritu, y aspire lo grande y lo sublime.

—Pues bien, vos buscáis á Dios; pero le buscáis donde no podéis encontrarle; en la materia impura: vos anheláis lo infinito, lo grande, lo sublime, lo imperecedero en la mujer.

—¡En el ángel!

—El ángel vive en Dios.

—Pero, en fin, Francisca, estáis hablándome como me hablaría un sacerdote anacoreta, y me atormentáis.

—Porque pretendo apartaros de vuestro mal camino.

—Si queréis apartarme de él, amadme.

—No merecéis ser amado.

—¿No? ¿qué no merezco ser amado y mi desventura es el amar?

—Yo no puedo amaros porque no sois el ser que ansío.

—Pues bien—dijo con despecho y con impaciencia don Juan—. ¿Cuándo queréis consagrar vuestro corazón y vuestra vida en un claustro á Dios?

—No sabéis salir de las exajeraciones, don Juan: el claustro sería para mí una tumba, y no quiero sepultarme en vida; además, yo no amo á Dios, le adoro; el amor es la recipro-

cidad de sentimientos de dos almas, y la adoración, el homenaje humilde y puro: yo adoro á Dios y amo á una idea.

—¿Y qué idea es esa, Francisca?

—La de un hombre semejante á mí: la de un imposible.

—Entonces, Francisca, vos sois un imposible realizado.

—No, don Juan; yo soy una mujer que está loca de amor.

—¡Loca de amor!

—Sí: ¿creéis que la palidez de mis mejillas es la palidez causada por la miseria? No, don Juan; es la palidez de la pasión; de una pasión sin esperanza; de una pasión triste, pero dulce, dulcísima en su desesperación y en su tristeza; una desventura que me hace venturosa, y que sólo está amargada por los sufrimientos de mi familia; pero vos habéis acudido en nuestro socorro, desaparecerán esos sufrimientos, y yo seré completamente feliz: no, completamente feliz no; porque sufriré la amargura de veros enfermo y desesperado.

—Yo no os comprendo, Francisca: sólo comprendo que me estáis volviendo loco.

—Lo estáis ya, por desgracia.

—¿Y diréis aún que no tengo la fortuna de que vos me améis, haciendo lo que hacéis y diciendo lo que decís?

—¿Qué notáis en mi voz que os haga conocer el acento de una mujer enamorada que habla con el hombre de su amor? Vos lo confundís todo; envolvéis el espíritu en la materia; la caridad, en el amor: lo que yo siento, don Juan, os lo repito, es caridad por vuestra alma; una caridad mucho más ardiente que la que vos habéis sentido por nuestra miseria.

Francisca, la caridad en las mujeres es el principio del amor; el amor es la vida y el alma de la mujer; fuera del amor, la mujer no existe; si hoy os inspiro caridad, mañana os inspiraré amor.

—Sería necesario que dejaseis de ser lo que sois; que os convirtieseis en otro, y ya es tarde, don Juan.

—¡Tarde! Decid, decid qué queréis que yo haga.

—Renunciar á ese empeño que habéis contraído por mí, como debéis contraerlo por toda mujer en quien creáis encontrar vuestro sueño; olvidaros de vuestra soberbia; renunciar vuestra grandeza; confundiros entre la multitud y vivir para el alma, no para el cuerpo; no ver en la mujer que amáis una belleza que parece, sino una virtud que se acrisola con la edad y con los sufrimientos; amar, en fin, un alma, no un cuerpo; y sobre todo dejar de aborrecer á los hombres y de negar á Dios; buscar lo dulce, lo consolador, lo tranquilo, lo verdaderamente bello; vivir contento con la fortuna que Dios os dé, y no buscar tenazmente la desgracia en sueños insensatos; no pretender que el fuego deje de quemar, que el tósigo de dar

muerte: tener la verdadera caridad, la caridad de no causar las lágrimas de nadie, de no hacer víctimas; de no empujar á criaturas desdichadas á vuestro camino de maldición.

—¡Oh! vos no sois una mujer, Francisca; vos sois un alma detenida, contra su voluntad, sobre la tierra; vos seréis mi última desesperación.

—¡Vuestra desesperación! ¿y por qué?

—¿Por qué, Francisca? porque mi voluntad es indomable; porque yo no puedo ser lo que vos queréis que sea, no; yo estoy maldito de Dios, ó del infierno, ó del destino, ó de un poder misterioso que no comprendo: si yo pudiera transformarme en lo que vos queréis, dejaría de estar maldito; dejaría de ser lo que soy, para ser otro completamente distinto, y eso no puede ser.

Francisca no contestó.

La había aterrado el acento con que don Juan había pronunciado sus últimas palabras.

Se acordó de su madre, y comprendió que había confiado demasíadamente en su firmeza, en la hidalguía de don Juan, en la protección de la Providencia.

Había ido en busca de don Juan, porque le había creído colocado en uno de esos momentos supremos, decisivos, que determinan la suerte de una criatura llevándola al colmo de su desgracia.

Don Juan había acabado por sobreponerse al prestigio de Francisca.

—¿Por qué callas?—dijo don Juan—. Tú me amas: insensato de mí, ¡qué duda tuve yo! tú me has visto en una situación para mí muy grave, mis ojos debían expresar algo espantoso; has comprendido que me fascinabas, y has dicho: voy á apartarle del lugar donde va, y donde sin duda le espera un gran peligro: ¡oh! ¡quién sabe si has acertado! ¡quién sabe lo que podría haber sucedido si yo hubiera visto delante de mí á la mujer que me ha robado á mi hija!

—¡Vuestra hija!—exclamó Francisca, exhalando estas palabras en un grito semejante al que lanza el que siente el frío de una puñalada en el corazón:—¡vuestra hija! ¡sois casado!

—¡Y qué te importa á ti que yo sea casado!—exclamó con acento de triunfo don Juan.

—¡Qué me importa! ¿qué me importa, decís? ¿sabéis que yo mentía, que mentía, cuando os decía que no os amaba?

—¡Ah! ¡como todas!—exclamó don Juan.

—¡Como todas! ¿qué queréis decir?

—Oye: cuando mis ojos se fijan con amor ó con deseo en una mujer, parece como que mi alma entera pasa por los ojos de aquella mujer á su alma, y la hace suya: yo no busco esto,

pero sucede; ha sucedido siempre; ¿sabes lo que sucede cuando una mujer se vuelve loca por mí? que yo no encuentro al ángel, y sigo mi camino buscándole.

—¿Pero sois casado?—dijo con una extrema energía, con un sentimiento palpitante Francisca.

—Mi esposa, la madre de mi hija, ha muerto—contestó sombríamente don Juan.

—¡Ah!—exclamó con alegría Francisca.

—¿Lo ves?—dijo don Juan—: el ángel se ha convertido en mujer.

—No, os engaños; os amo tal vez porque Dios ha puesto un tósigo de muerte en vuestra mirada; tal vez porque Dios ha escuchado la maldición de mi abuelo á mi padre: tal vez porque necesitaba un castigo mi soberbia: oid, don Juan: yo, en medio de mi miseria, he sido altiva; en medio de mi miseria he aborrecido al género humano; he visto con rabia á mujeres menos bellas que yo llevadas en magníficas carrozas, ricamente vestidas, halagadas por todo el mundo; yo no he amado, porque despreciaba á los pobres, iguales á mí; porque me irritaban los ricos que venían á preguntarme:—Cuánto oro y cuántos diamantes quieres por tu hermosura y pureza.—¡Ah! yo he sufrido mucho y tengo hiel en el corazón; yo creía imposible que amase á nadie, y he necesitado de toda la fuerza de mi alma para no inclinar mi mirada ante vuestra mirada; para que no vieséis el estremecimiento de la nueva vida que había recibido de vuestros ojos; os vi grande y generoso; comprendí que estabais desesperado; temí que os amenazase un peligro, y fui á buscaros: si mi pobre madre no me hubiera dejado venir, me hubiera rebelado contra ella; hubiera venido, porque me atraéis.

—¡Como todas! — exclamó don Juan con desesperación—; ¿por qué has dejado de ser el frío imposible que me hablaba de Dios, de la virtud, de la humildad, de la caridad, con voz tranquila, con la severidad del alma pura que espera el momento de apartarse de la tierra? ¿por qué has dejado de ser ángel para convertirme en mujer?

—¡Ah! ¡yo mentía, don Juan! yo mentía por salvaros y por salvarme; pero ha habido un momento en que me habéis dominado, en que no he podido sostener mi mentira, en que me he perdido; pero yo no quiero ser como todas esas á que os referís, no; no lo seré: el ángel no ha desaparecido, el ángel no estaba aquí; aquí estaba una mujer que, como tú, es fuerte, que como tú, es terrible; una igual tuya, la mitad de tu alma: pero oye: yo no sufriré lo que otras han sufrido; yo no me mancharé como otras se han manchado: tú morirías, y morirías desesperado si te vieses escarnecido, abandonado, burlado; si tú murieras, moriría yo; porque después de haber buscado toda tu vida por el mundo, tu alma, sin encontrarla, la has encontrado empalidecida, desesperada por la mi-

seria, sedienta de amor, ansiosa de felicidad; si tú murieras, moriría yo, ó me volvería loca; y tú morirás ó enloquecerás si yo muero: no te mates, don Juan, matándome; no me envilezcas, porque yo tengo el alma altiva como la tuya; no me hagas sufrir el tratamiento de una esclava, porque te herirás el alma al herir la mía.

—A medida que he ido recorriendo el sendero de mi destino—dijo don Juan—cada mujer ha sido para mí más terrible, cada dolor más crudo: oye, Francisca: tú no eres para mí la hija de una pobre, de una obscura familia; eres mi amor de ahora, porque yo no puedo vivir sin un amor vivo, palpitante, que sufra como yo; que como yo, se revuelva desesperado dentro de su desventura: mi existencia se hace á cada momento más difícil, más penosa, más sedienta de ese misterio divino que no he podido encontrar: la noche nos rodea densa, y sin embargo, Francisca, te veo como si una aureola lívida te rodease; tus ojos brillan, me provocan, me enloquecen.

Francisca cayó de rodillas.

—¡Ah! ¡por piedad! — exclamó—; ¡por piedad! yo me vuelvo loca.

—¡Piedad! — exclamó don Juan, alzándola—: ¿pides piedad á un desesperado, á un loco, á quien has buscado, á quien has pretendido humillar, representando la virtud insensible, la virtud fría? ¡ah! no; ¡piedad, no; amor del infierno!

Francisca lanzó un grito horrible y cayó desmayada.

Amanecía cuando Francisca, desesperada, loca, entró en su casa.

—¡Maldita sea la hora en que ha entrado en nuestra casa la caridad de ese hombre!—dijo la pobre madre al ver á su hija que lloraba arrojada contra un negro ángulo del aposento.

—¡Ah! — exclamó Barcelos tomando de un rincón su vieja espada de soldado—: ¡yo mataré al que ha matado á mi familia!

Y salió terrible como la venganza.

## XII

Don Juan había vuelto desencajado, pálido, aturdido, dominado por un vértigo insoportable, á la plaza de los Alamos, donde le esperaba Gabilán.

Era ya de día.

Antón, al ver el semblante de su amo, no se atrevió á hablarle.

Sabía que cuando don Juan estaba excitado, contrariado, rugiente, terrible, lo mejor era no decirle una sola palabra y estar dispuesto á escapar, por si á don Juan se le ponía en la cabeza dar salida á su coraje, cometiendo alguna atrocidad con su lacayo.

—Ve y llama á esa puerta—dijo don Juan con la voz ronca y trémula, como resultado de una violenta excitación nerviosa.

Gabilán, sin replacar, fué á aquella puerta y llamó.

Con gran sorpresa de Gabilán, que esperaba tardasen en abrirle, la puerta se abrió al momento, y apareció un criado con una carta en la mano, que dió á Gabilán, diciéndole:

—Para el señor marqués nuestro amo, de parte de su señora hermana.

Antón se volvió hacia donde estaba don Juan, y le mostró la carta en silencio.

—Dame—le dijo don Juan.

Antón adelantó y dió á su amo la carta.

El criado que había abierto la puerta permaneció en ella.

Don Juan leyó:

«Hermano: por amor tuyo me he anticipado á ti: temía te encontrases frente á frente con la infame mujer que te ha robado tu hija, y enloquecido por el furor, cometieses alguna acción terrible: he dominado á esta mujer, la he aterrado, y tendrás tu hija; pero no busques á doña Leonor, me la he llevado yo, y tampoco me verás hasta que lleve en mis brazos á tu hija, que será muy pronto: no te impacientes; espera tranquilo; ya sabes cuánto te amo, cuánto es capaz de sacrificar por ti tu pobre hermana

»Magdalena.«

Don Juan arrugó esta carta.

—No me basta—exclamó—; yo necesito despedazar el cuerpo y el alma de esa mujer: el destino se ha obstinado en hacerme un demonio completo, y lo seré: no han salido, no; es que con esta carta se me quiere apartar de aquí: ¡ah, no! yo no renuncié á mi venganza, yo quiero ver al momento á mi hija.

Y sombrío, mudo, espantoso, adelantó, llegó á la puerta, de la cual se apartó el criado que estaba en ella, como se hubiera apartado del paso de una fiera, y don Juan entró, penetró en el patio, subió formidable, nervioso, á saltos las escaleras, y de una en otra habitación recorrió la casa, examinó, rebuscó hasta en los rincones, y á nadie encontró: en la casa no había más que un criado, el que abrió la puerta.

Don Juan, cuya irritación era ya infinita, bajó con la violencia de una tromba en busca de aquel criado.

Pero sólo encontró á Gabilán.

El criado, cumplida ya su misión, aterrado por la situación de ánimo en que había visto á don Juan, había puesto tierra por medio.

El pobre Antón, al ver tan descompuesto á su amo, tomó distancia, resuelto á escapar al primer amago.

—¿Dónde está ese hombre? — dijo don Juan.

—Se ha ido—contestó Gabilán temblando y aumentando la distancia que le separaba de su amo.

—¡Tú, miserable, le has dejado escapar, como las has dejado escapar á ellas!

Y se lanzó hacia Gabilán, que dió á correr con la prodigiosa rapidez del que huye de la muerte.

Don Juan siguió á su criado; pero de improviso le detuvo una voz terrible, ronca, desesperada, que gritó tras él á alguna distancia.

—¡Detente, ladrón infame, asesino cobarde, espera!

Don Juan se volvió, y vió ante sí á Barcelos.

Barcelos había tirado de la espada y miraba á don Juan pálido, erguido, rejuvenecido por el furor.

—¡La has matado y me has deshonrado! — exclamó—; tu caridad era la caridad de los infames; no era caridad, era un vil precio de sangre y deshonra.

Y ciego de furor se lanzó con tal rapidez sobre don Juan, que estaba mudo de ira, que por pronto que quiso retroceder, le alcanzó con una estocada, hiriéndole ligeramente en el pecho.

Don Juan lanzó un rugido de furor.

La espada de Barcelos saltó de sus manos.

Don Juan cerró con el pobre hombre, le asió y le lanzó lejos de sí.

Barcelos no pudo sostenerse, cayó, y al caer se hirió en la cabeza con una piedra.

No se levantó: el golpe había sido mortal: el furor de don Juan había exterminado al infeliz.

Don Juan le miró con los ojos extraviados, pálido, convulso, loco, y dijo volviéndose y emprendiendo lentamente la marcha:

—¡Era su destino!

Estaba amaneciendo; todas las casas estaban cerradas aún, y nadie había visto aquello.

Don Juan siguió en paso lento en dirección á la hostería de la «Espada de fuego».

No pensaba, no podía pensar: estaba aturdido, dominado por todo aquel horror, sin recordarle, como no se recuerda lo que se ha soñado en medio de una terrible pesadilla.

Así es, que cuando llegó á la hostería de la «Espada de fuego», no comprendió por qué Gabilán, dentro ya de su aposento, se le ponía de rodillas y le decía.

—Yo no he tenido la culpa de nada: matadme.

si queréis, pero será una crueldad y una injusticia.

Don Juan miró á su criado un momento con la gravedad de los insensatos; pasó, arrojó su sombrero, su capa y su espada sobre un sillón, entró en el dormitorio, se desnudó maquinalmente y se acostó.

—Decididamente—dijo Gabilán—, mi amo está loco: más vale que le haya dado por dormir.

Y se fué al balcón, cerró para que la luz del día no incomodase á su amo, y salió de la sala murmurando:

—Bueno será que yo duerma también; pero antes será mucho mejor que almuerce.

Y atravesó el recibimiento, salió, cerró la puerta del cuarto y bajó á la cocina.

—Maese Canseco—dijo al hostelero—; echadme acá media docena de magras y un pastel de perdices, á fin de que yo mate á la que me mata, ¡vaya una noche!—añadió acercándose al fogón—, avivad ese fuego, señor Canseco, que estoy traspasado de frío.

—Señor Gabilán—dijo el hostelero—; ¿os parece que estaría de más soltar el preso que está encerrado en el aposento del escudero de la señora hermana del marqués vuestro amo, que de tiempo en tiempo golpea la puerta dando un escándalo que tiene alborotada la hostería? mirad que si el alcalde de barrio se apercebe de esto, vuestro amo podrá salir bien, porque es mucha persona, pero yo saldré muy mal.

—¿Y cómo diablos echarle, si el señor Cellallos se habrá llevado la llave?

—Eso no impide, porque á prevención tengo yo llaves dobles, de todos los aposentos de mi hostería.

—Bueno es saberlo, maese, bueno es saberlo; por lo demás me parece bien que echéis á la calle á ese, porque si á mi amo se le ocurre preguntar por él y le vé, le va á rajarse de alto á bajo; nunca he visto á mi señor tan furioso; y no sabéis lo que es el marqués cuando se pone de prueba.

Por supuesto, que si vuestro amo me pide cuentas de por qué he soltado á ese hombre, le diré que me lo habéis mandado vos.

—No me metáis ni me saquéis á mí en estos negocios—dijo Gabilán—, que hartó miedo me ha pasado ya esta mañana, y no le quiero pasar dos veces: ¿no habéis visto que he entrado en la hostería ni más ni menos que como un gamo escapado de los perros? haced lo que os parezca y allá vos.

—Ese hombre no puede estar detenido; voy á soltarle; espero que vos no diréis á vuestro amo que yo le he dejado escapar.

—Ni entro, ni salgo, ni veo, ni oigo, ni entiendo; pero antes de soltar á ese prójimo mandad

que me den el almuerzo; tengo mucho hambre, mucho sueño y mucho frío y necesito irme bien comido á la cama y calentarme en ella por igual: Dios quiera que mi amo me deje dormir.

El hostelero mandó subir el almuerzo á Gabilán: se fué á una espetera, cogió una llave, subió al corredor, se detuvo junto á una puerta y la abrió.

—Podéis salir—dijo Canseco á Cristóbal del Saltillo, que al oír el ruido de la llave se había aproximado á la puerta, y al abrirse ésta había aparecido tras ella; pero hacedme la merced de no decir que yo he sido quien os ha dado suelta.

Cristóbal no necesitó que se lo volviesen á decir: partió á correr por los corredores, bajó por las escaleras y salió como un rehilete de la hostería.

Tomó á seguida el camino de la plazuela de los Alamos, y al llegar á ella vió el cadáver del desdichado Barcelos, abandonado en medio de la plazuela desierta.

Cristóbal del Saltillo se crespó todo y miró en torno suyo: nadie había.

Vió al frente el postigo de la puerta de la casa de su señora, abierto, y se estremeció.

Pero Cristóbal del Saltillo era valiente y no dudó en penetrar por aquella puerta.

Al pasar por ella la cerró: recorrió la casa y no encontró á nadie.

—¡Ah!—dijo—: nada ha debido suceder: la señora habrá salido, como de costumbre todas las mañanas al Castillo Viejo á ver á la niña: ese Melgarejo que es un estúpido, se habrá olvidado de echar la llave al postigo y el viento le habrá abierto: pero ¡diablo! si la llave me la traje yo y me la tomó aquel maldito al tomarme mi capa y mi sombrero: en cambio yo me he traído el sombrero suyo y su capa: aquí, sin embargo, no hay señal alguna de desorden ni de que haya acontecido ninguna desgracia: esperemos á ver si la señora vuelve.

Cristóbal del Saltillo se fué á su cuarto y se echó en su cama resuelto á no dormirse; pero como había pasado muy mala noche, se durmió.

A poco le despertaron unos grandes golpes que daban en la puerta.

—Vamos—dijo al despertar y al asegurarse de que llamaban—; la señora ya está ahí.

Y saltó de la cama, bajó y descorrió el cerrojo del postigo creyendo ver al abrirle á doña Leonor.

Pero se encontró con la justicia.

—Decid—le preguntó el alcalde—, ¿habéis oído ruido de riña esta noche?

—No señor—contestó Cristóbal.

—¿Sabéis si han matado á alguien en la plazuela?—dijo el alcalde.

—No señor.

—¿Quién vive en esta casa?

—Doña Leonor de Portugal.

—¿Doña Leonor de Portugal?

—Prima del rey: ¿no sabéis que esta casa es un antiguo palacio que pertenece á su alteza?

—Tenéis razón: y puesto que afirmáis que nada habéis visto y que nada sabéis, quedad con Dios.

—Que él guarde á vuesa merced, señor alcalde.

Cristóbal del Saltillo permaneció en la puerta y vió que la justicia se dirigía al lugar donde el cadáver de Barcelos estaba puesto sobre una escalera que levantaron cuatro hombres, poniéndosela sobre los hombros.

Un alguacil llevaba en la mano la espada desnuda de Barcelos.

—A la plaza del Mercado—dijo el alcalde.

—Sí—exclamó Cristóbal—, vosotros con el muerto á la plaza del mercado, para ver si hay alguien que le reconozca; yo al Castillo Viejo á ver si encuentro á mi ama: esto se va haciendo negro como boca de lobo.

La justicia, con el cadáver de Barcelos, atravesó el arrabal, entró en la ciudad vieja, llegó á la plaza del mercado y en su picota, que estaba en el centro, puso sobre la escalera el cadáver inclinado sobre las gradas, á fin de que si alguien le reconocía, dijese quién era.

Lo que aturdió al alcalde era que aquel hombre, junto al cual se había encontrado una espada desnuda, estuviese herido, no por efecto de un arma, sino de un golpe en la cabeza. No comprendía tampoco que aquel hombre cubierto de andrajos, viejo, y al parecer villano, pudiese usar la buena espada que se había encontrado junto al cadáver.

Pero nada podía averiguarse sino se reconocía al cadáver.

Los vecinos de la plazuela de los Alamos, á quienes el alcalde había preguntado, nada habían visto ni oído.

Además, sobre el cadáver se habían encontrado diez cruzados de plata, y era inverosímil esta cantidad encontrada sobre un mendigo.

El alcalde dejó un alguacil de guardia y se fué, mandando le presentasen la persona que conociese al difunto.

Pasaron dos horas sin que ninguno de los curiosos que rodeaban el cadáver dijese que le conocía, cuando el alguacil de guardia, que miraba con ahinco á una joven muy bella que formaba parte del grupo de curiosos, vió asomar por entre la joven y un soldado que la acompañaba, un semblante triste, flaco, pálido,

enfermo: vió que aquellos tristes ojos se animaban con una expresión de espanto á la vista del cadáver, que aquel semblante se contraía; que avanzaba unido á un cuerpo pequeño y flaco cuyos brazos se tendían trémulos hacia el cadáver, y oyó este grito desgarrador que salió de la boca del niño enfermo:

—¡Padre!

Grito horrible, agudo, infinito: uno de esos alaridos que no pueden hacerse comprender; que causan en quien los oye un frío semejante al de la muerte; un horror insostenible; una conmiseración suprema.

El niño, el pobre Andrés, el hijo menor de Barcelos, había caído desmayado sobre el cadáver de su padre.

El infeliz había salido á buscarle y le había encontrado.

El alguacil y algunas personas caritativas de las del grupo, levantaron á Andrés.

Andrés estaba dominado por una afección poderosa; por una parálisis completa; rígido, frío, poco menos cadáver que su padre.

—¿Quién eres?—le preguntó el alguacil sin meditar el estado en que se encontraba el niño—, ¿cómo te llamas? ¿cómo se llama tu padre?

Una tos seca, violenta, convulsiva fué la única contestación que recibió el alguacil.

Aquella tos insistente produjo al fin una bocanada de sangre: luego otra mayor.

Por último, un vómito largo, horroroso, al que sucumbió en pocos minutos Andrés.

Ya no era uno solo el cadáver que había que reconocer, eran dos.

Andrés, por orden del alcalde, que sobrevino, fué puesto al lado de su padre.

Entretanto, en la miserable vivienda de Barcelos, Margarita veía con espanto á su hija replegada en un rincón, inmóvil, muda, loca.

La cesta con las provisiones y las botellas, que había llevado Gabilán, estaban en el suelo: sobre la mesa había un bolsillo de seda rojo, lleno de oro.

Asomó la cabeza un pillastre desarrapado; vió al frente de la puerta el bolsillo sobre la mesa, se lanzó dentro, le cogió y escapó.

Margarita no se movió siquiera.

Su mirada no se apartaba de su hija que permanecía inmóvil y muda.

Sólo cuando escuchaba pasos de niño ó de hombre, semejantes á los de su marido, erguía la cabeza y escuchaba con impaciencia.

Pero el niño ó el hombre pasaban á lo largo de la calle; no eran ellos.

Margarita volvió á desplomarse.

Pasaron algunas horas.

Francisca, inmóvil y muda: su madre anhelante, enferma, cadavérica, con la mirada fija



en Francisca, dejando oír el ronco estertor de su aliento.

Al fin Margarita quiso levantarse, pero no pudo: quiso gritar, pero no encontró voz: una ráfaga de viento había cerrado la puerta.

Margarita cayó sin fuerzas sobre el vergón doblegada sobre el peso de su infortunio.

Francisca permaneció en el negro ángulo, rígida, sentada sobre sus rodillas, muda é inmóvil.

A poco más del medio día, Cristóbal del Saltillo se entró en el alcázar y preguntó por el camarero Pedralva.

—¿Sabéis lo que sucede?—le dijo—, que mi ama doña Leonor de Portugal no está en su casa, ni en el Castillo Viejo, ni en ninguna parte que yo sepa; se me ha perdido; han pasado esta noche cosas horrosas, y bueno es que las sepa su alteza.

—Voy, voy á dar á su alteza esas noticias—dijo Pedralva—, esperad aquí.

Poco después volvió á aparecer Pedralva.

—Su alteza me manda que me sigáis.

Cristóbal del Saltillo entró en la cámara y el rey se encerró con él.

Cristóbal se lo reveló todo.

El rey le dió una sortija y le despidió.

—¿Con que es decir—murmuró el rey cuando se quedó solo—, que no ha sido por motu propio de la señora de Válór, la violencia hecha á doña Leonor? ¿con qué esto es cosa del marqués de Marana? ¡ah! bien, señor marqués; vuestra hermana y su escudero están encerrados en mi alcázar, y doña Leonor en salvo; esta noche os entregaré vuestra hija, señor don Juan Tenorio.

Y á seguida llamó.

—¿Se ha encontrado ya lo que le mandado buscar?—dijo el rey á Pedralva que se había presentado.

—Sí, si señor.

—¿Es hermosa?

—Sí, por casualidad, señor.

—¿Cuándo ha muerto?

—Esta noche.

—Que la lleven al Castillo viejo: vete.

Pedralva se inclinó y salió.

Había sucedido un percance á Magdalena y á Ceballos cuando la primera había sacado aterrorada de su casa, por el temor de que la encontrase don Juan, á doña Leonor.

Habían dado con una ronda: con la misma á quien había apaleado don Juan para evitar que fuese reconocido el rey.

El alcalde había ido á buscar refuerzo y andaba furioso por las calles de Lisboa pretendiendo encontrar al apaleador.

Detuvo, pues, á las dos damas y á los dos hombres que las acompañaban, porque estaba de muy mal humor y aquellas personas le parecían sospechosas.

Doña Leonor, al encontrar la ronda se vió salvada.

—¡Alcalde!—dijo con voz altiva y cominadora—, amparadme: esta mujer y este hombre me llevan contra mi voluntad.

Ceballos tiró de la espada y acometió bravamente á la ronda; pero Ceballos no era don Juan: el alcalde y los alguaciles le desarmaron y maltrataron y le ataron.

—¡A la cárcel! ¡á la cárcel con todos!—dijo el alcalde—, y allí veremos lo que estas gentes son.

—Ved no os ahorque mi primo el señor rey de Portugal—dijo doña Leonor—, si os atrevéis á llevarme á la cárcel.

—¿Pues quién sois vos que os llamáis prima del rey, por la que el rey me ahorcará si la prendo?—dijo con extrañeza el alcalde.

—Llevadme al alcázar que os conviene, y allí veréis quién soy yo.

—El alcázar está cerrado.

—Llamaré yo á su puerta, y la puerta se abrirá.

El Alcalde empezaba á impresionarse.

Magdalena contrariada, irritada, reducida por el momento á la impotencia, callaba.

—¿Y quién me afirma á mí—dijo el alcalde—, que este no es el subterfugio de que os valéis para escaparos?

—No os creía tan imbécil—dijo doña Leonor—; mejor podríamos escapar desde aquí á la cárcel, que hay más distancia que desde aquí al alcázar.

—Pues al alcázar—dijo el alcalde.

Y se pusieron en marcha, rodeando los alguaciles á Magdalena, á doña Leonor, á Ceballos, y al criado de doña Leonor.

—Llegaron al alcázar.

Doña Leonor llamó y la guardia preguntó desde adentro.

Doña Leonor dijo que para un asunto de la mayor importancia para el rey, llamasen al camarero Pedralva.

Media hora después doña Leonor y Magdalena entraban en la cámara del rey.

Don Juan lo supo todo, y doña Magdalena Ceballos y el criado de doña Leonor fueron detenidos, y doña Leonor, aporreada en el alcázar.

Doña Leonor escribió dos cartas; las cerró y las entregó á Pedralva.

—Esta tarde—le dijo—, dos horas después de

obscurer, entregareis esta carta á doña Isabel de Portugal; y esta otra al rey nuestro señor; cuidad, Pedralva, de no decir una palabra ni aun al mismo rey, porque le hariais un gran servicio que no os perdonaria.

—Descuidad, señora, no daré esas cartas sino después de obscurer, ni á su alteza, ni á la señora doña Isabel de Portugal.

Doña Leonor despidió á Pedralva.

A las diez del día, doña Leonor llevando consigo en los brazos, bajo su manto, y oculto, un objeto que debía ser precioso, según cuidaba de él, entraba en el puerto en una lancha que la conducía á una galera de rey.

Aquella galera se hacía á la vela una hora después.

### XIII

Llegó la tarde: una tarde triste, fría, lluviosa.

Don Juan despertó con la cabeza pesada, llena del sombrío ensueño de horror que le había dominado mientras dormía.

Ensueño en que se había revuelto de una manera confusa, vaga, misteriosa, toda su historia.

En que le habían atormentado todas sus aspiraciones no satisfechas.

En que le habían roído el corazón y la conciencia todos los terribles sucesos de su vida.

En que habían girado en torno suyo, ea medio de un denso caos, todas las mujeres cuyo corazón había deshecho.

Los espectros de todos los que habían caído ante su espada.

Había sido aquel, en fin, un ensueño semejante al que seis años antes le había llevado á las puertas del claustro, y le había hecho llamar á ellas, ansioso de encontrar en la penitencia la paz del alma por el perdón del cielo.

Seis años antes, don Juan estaba iluminado por una razón poderosa.

Todo lo que había hecho en diez años desde que entró en el candente mundo de las pasiones, había pertenecido más á la fatalidad que á su voluntad.

Don Juan había creído, pues, que orando, sufriendo, consagrándose á una penitencia austera, Dios apartaría de sobre su cabeza la maldición de su raza.

Don Juan había esperado en vano.

Dios lo ha dicho: «Yo soy el Señor tu Dios que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de aquellos que me aborrecen».

La maldición se cumplía.

El lobezno, hijo de lobos, abandonó el claustro, entrando de nuevo en la vida por una puerta de sangre.

La razón de don Juan empezó á viciarse.

Se vició su organización: se vició su ser.

En don Juan Tenorio volvió al mundo, saliendo del monasterio de San Jerónimo de Yuste, un loco terrible, cuya locura debía crecer de día en día.

Con él iban la soberbia, la impureza, la deshonra, la desgracia, el exterminio.

Don Juan Tenorio podía decir como Atila:—Allí donde pone sus cascos mi caballo no vuelve á nacer la hierba.

Allí donde ponía su pensamiento, su deseo ó su voluntad don Juan Tenorio, sobrevenia la desgracia, horrible, inmensa, infinita.

Su misma protección era funesta: el ser protegido por él sucumbía.

Don Juan, al ver esto, enloquecía más y más.

Se preguntaba la razón de este horrible castigo; no la encontraba; porque la razón de Dios no la comprende nadie más que Dios, y blasfemaba.

Tenía el alma generosa, grande, noble, buena, y sin embargo, producía siempre el mal, causaba siempre la desventura, y al causar la desventura de otro, como su alma era noble y buena, causaba su desventura propia.

Era, en fin, el espíritu de los Tenorios, que sufría su castigo, su expiación, su infierno, encarnado en don Juan; acumulados en él todos los horrores de esa raza terrible que cuenta tantos Tenorios funestos.

Un espíritu maldito que se devoraba á sí mismo: que no podía menos de caer desesperado en esa muerte del alma que se llama locura.

Porque el alma del loco se convierte en una vida sin conciencia, sin recuerdos y sin esperanzas.

Donde no hay conciencia, ni esperanza, ni recuerdos, no hay alma; el alma ha muerto; sólo queda una horrible vida que espanta á los que la miran.

Don Juan había empezado á perder la conciencia, la esperanza y los recuerdos.

Estos le inquietaban menos cada día.

Su esperanza era cada día más débil.

Su conciencia se embotaba.

Sólo quedaba en él una organización violenta y viciosa.

Aquel ensueño terrible de que acababa de despertar con la cabeza pesada, con el corazón seco, con los ojos encandescidos, había sido la última batalla desesperada de su conciencia dentro de su espíritu.

Don Juan, en el momento de despertar, olvidó el horror de su ensueño.

Y no había despertado por sí mismo; le había despertado Gabilán.

Y Gabilán le había despertado, porque había sobrevenido el barbero Vasco-Pérez solicitando hablar á don Juan de un asunto importantísimo que no tenía espera.

Don Juan recibió al barbero.

—Señor—le dijo éste—, la dama de que hablamos anoche vendrá esta noche á mi casa.

—¿Qué dama?—dijo don Juan, que dominado aún por el efecto de su ensueño, no recordaba bien.

—Pues... la dama misteriosa de que hablamos—insistió Vasco-Pérez—; la que vos seguisteis; la que tenéis empeño en conocer.

—¡Ah, sí!—dijo don Juan—: pues bien, iré.

—Yo creo que, en medio de todo, la tal dama se alegrará de encontraros allí; pero si se niega á darse á conocer de vos, espero que no me comprometeréis: ¡quién sabe lo que puede ser aquella dama! yo la creo mucha persona; y en cuanto á hermosa, me basta con haberla visto las manos y el brazo: ¡qué brazo y qué manos, señor! ¡qué manos y qué brazo!

—Iré—dijo don Juan, dando su bolsillo á Vasco-Pérez, porque comprendió que lo que Vasco-Pérez necesitaba para irse era que le diesen algo.

El barbero se guardó con delicia el bolsillo, y dijo á don Juan:

—Id, señor, poco después de oscurecido; dad tres ligeros golpes con los dedos en la puerta: tanto dará que la dama haya llegado aun ó no; si ha llegado, la entretendré; si no ha llegado, la esperaréis: con que hasta luego, señor; que os guarde Dios.

Vasco-Pérez salió, y don Juan se vistió uno de sus mejores trajes, un traje de gala.

Sin saber por qué se ponía galán.

Pero aquella noche, por el estado de su espíritu, don Juan era un galán lúgubre: su semblante era más que nunca el de un hermosísimo espectro; en sus ojos ardía la calentura; su boca estaba contraída y lívida, sus mejillas densamente pálidas.

Vestía un traje de raso blanco con cuchilladas de tafetán del mismo color, tomadas de oro; calzas blancas, zapatos de ante riquísimos, gola de encaje de Flandes, puñal con pomo de oro y espada con rica empuñadura cincelada é incrustada, guantes de ámbar, sombrero de terciopelo azul oscuro, con toca de oro y plumas blancas, y capa de terciopelo negro forrada de raso blanco.

Hacia mucho tiempo que don Juan no cuidaba tanto su traje. Se le había puesto instin-

tivamente, sin saber por qué ni para qué, á pesar de que sabía que iba á ver á una alta dama.

A otras aventuras don Juan había ido de una manera muy sencilla.

Mientras don Juan se vistió empezó á oscurecer.

Cuando se hubo puesto la capa y el sombrero, Gabilán tomó su daga y su espada como para acompañarle.

—Quédate—le dijo don Juan—; voy solo.

Y Gabilán se alegró mucho de ello, porque él iba cobrando miedo á las aventuras de su amo.

Porque veía á su amo cada vez más terrible.

Don Juan se revolvió en la capa, salió de la hostería, tomó á buen paso hacia el arrabal de Belén, al que llegó en media hora, y se detuvo á la puerta del barbero.

Al pasar había visto los escombros, humeantes aún de la «Casa del Duené».

Don Juan dudó de si llamaría ó no.

Acababa de oscurecer.

Temía que la dama no hubiese llegado aún, y no quería esperar, sufriendo la insoportable charla del barbero.

Se metió, pues, en la profunda entrante de la portería del convento, y se ocultó entre las pilastras góticas, observando desde allí la puerta de la barbería.

No pasó mucho tiempo sin que entre la opaca sombra de la noche, que había cerrado oscura, fría y lluviosa, viese aparecer don Juan por el otro extremo de la calle un bulto como de mujer, que llegó á la puerta del barbero, y antes de mirar miró en torno suyo, como para ver si era observada.

Pero nadie había en la calle; y don Juan estaba tan oculto, que la mujer no podía verle.

Llamó.

Don Juan oyó los tres leves golpes: la puerta se abrió en un momento, y la mujer desapareció en el oscuro interior.

La puerta volvió á cerrarse.

Sigamos á la mujer á quien Vasco-Pérez introdujo en el mismo aposento á que la había llevado la noche anterior.

La dama se mantenía de la misma manera encubierta.

—No he venido—dijo—, porque hayáis puesto la señal en vuestra ventana: ya no hay motivo para que yo pretenda saber si don Juan ronda ó no el convento, porque doña Isabel de Portugal ya no está en él; pero... lo...

La dama se detuvo como si la costase trabajo proseguir.

—Creo—dijo el barbero con su audacia de

hombre de negocios—, que anoche, como ahora, no se trataba de doña Isabel de Portugal.

—¿Pues de quién creéis que se trataba—dijo con timidez la dama.

—Creo que se trataba del muy magnífico y muy famoso señor marqués de Marana.

—Sí, sí, es verdad; pero anoche sólo pensaba yo en que doña Isabel no fuese robada del convento.

—¿Por celos de don Juan?—dijo creciendo en audacia, el rapista.

—No, por la honra de doña Isabel—dijo aumentando su turbación la dama.

—Y esta noche sin duda, no siendo ya doña Isabel quien os trae, ¿os trae don Juan?

—Sí—dijo de una manera cobarde y con acento opaco la dama, como quien se rinde á una larga lucha.

—De modo que, señora—dijo el barbero—, os contentaría mucho el hablar con don Juan.

—Sí, pero encubierta.

—Eso será cuestión suya y vuestra. Y decidme, señora, ¿os alegraríais de verle esta noche?

—¡Cómo! ¿va á venir aquí esta noche don Juan?—dijo con timidez la dama.

—Sí, sí señora; y debe tardar muy poco.

—¿Y á qué viene don Juan á esta casa?—dijo con acento celoso la dama.

—Viene... á veros—contestó de una manera insinuante Vasco-Pérez.

—¡A verme! ¿es decir, que el marqués de Marana sabe que yo había de venir esta noche aquí.

—Sí señora.

—¿Y quién se lo ha dicho?—exclamó con cuidado y con una severa altivez la dama.

—¿Quién ha de habérselo dicho más que yo?—contestó Vasco-Pérez—¿quién otro más que yo sabía que habíais de venir aquí?

—He podido no venir.

—Se hubiera quedado sin veros don Juan; como sin veros se quedará, si vos no queréis que os vea.

—¿Pero por qué, por qué habéis dicho á don Juan que yo había de venir aquí?

—Porque... señora... yo comprendo muy bien estas cosas; tengo mucha experiencia de ellas, y por eso mismo anoche me convencí de que amáis al marqués de Marana, y de que le amáis con locura.

—¡Yo! ¿qué yo le amo?

—Sí, sí señora; cuando yo puse el paño blanco sobre mi puerta esta tarde, sabía demasiado que no vendríais por doña Isabel; pero estaba seguro, segurísimo, de que vendríais por don Juan; pero oid, llaman á mi puerta, y él es sin duda.

La dama se estremeció y se puso de pie.

—¿Qué hago?—dijo Vasco-Pérez—¿Qué le digo?

—Abrid; que entre—dijo la dama con la voz trémula.

Y quedó de pie, inmóvil, atenta, después de haber salido de la habitación Vasco-Pérez.

Poco después apareció en la puerta don Juan; se quitó el sombrero y miró con atonía á la dama, que estaba completamente encubierta y temblando.

Al ver á don Juan, la dama adelantó decididamente hacia él, como llena del mayor cuidado, y se detuvo irresoluta, pesarosa de lo que había hecho.

La había aterrado el sombrío, el tristísimo aspecto de don Juan.

Había comprendido que estaba enfermo del alma y del cuerpo, gravísimamente enfermo.

—¡Qué es esto! ¿qué tenéis, don Juan? ¿qué os sucede?—dijo sin poderse contener.

—Yo conozco esa voz—dijo don Juan—¿cuándo la he oído yo? hace... hace mucho tiempo: es la de una mujer á quien yo he perdonado; una mujer que he dejado pasar apartándome de ella: ¿por qué, por qué, insensata, venís á poneros delante de mí? ¿no sabéis que tuve que respetar mucho para respetaros? ¿no sabéis que vuestra hermosura me hacía sentir una terrible sed? ¿no sabéis que entre mis amantes no he tenido yo todavía una reina?

—¡Oh! callad, callad, imprudente ó loco; callad, y no supongáis lo que acaso no es cierto.

—Vos sois, doña Catalina de Austria—dijo con voz reconcentrada don Juan, acercándose á ella, y asiéndola una mano—, vos sois la esposa de un hombre con el cual tengo empeñado un duelo á muerte, que no ha tenido lugar porque una corona rodea su cabeza; pero que la fatalidad hará que se cumpla: sois una dama que me enamora, y puesto que estáis enamorada de mí...

—¡Callad, don Juan! yo no sé si os amo ó no; solo sé que á vos me arrastra algo que no lo puedo vencer: solo sé, oídlo con respeto, don Juan, y no os atreváis á nada por ello; solo sé que desde el día en que os ví no he podido olvidaros; que desde el día en que dejé de veros, os recuerdo con más fuerza; que en cuatro años que han pasado, no ha habido un solo momento en que no desee veros; que habéis vuelto, que os he visto, y que he enloquecido hasta el punto de buscaros, de deciros, al veros delante de mí, lo que acabáis de oír; pero sé también que moriré antes que faltar á mi dignidad; que sois un caballero que respetaréis mi locura.

—Yo soy un desesperado—dijo don Juan—, yo estoy loco: descubrid vuestra faz, señora, descubridla; quiero ver en vuestros ojos mi último amor, sí, porque siento algo terrible que sube á mi cabeza; algo que mata mi alma,

algo que me hace sufrir una agonía infernal; tengo fuego en el corazón: á todas partes que vuelvo los ojos no veo más que sangre y lágrimas; no veo más que semblantes que me hacen muecas horribles, que me provocan, que me irritan; esta mañana, sin más testigos que las últimas sombras de la noche, ella, la desgraciada... y su padre luego... un viejo, un mendigo... y yo... yo, don Juan... ¡oh... es que no hay Dios!

Y don Juan, pálido y desencajado, levantó los ojos iracundos y los puños cerrados al cielo.

—¡Oh, Dios mío! ¡no—exclamó la dama—, no blasfeméis, no os desesperéis, no rompáis mi alma: yo os amo, os amo más cuanto más despreciado os veo: yo estoy loca también... miradme... ved si mis ojos os pueden arrancar de la locura de la desesperación, y haceros caer en la locura del amor!

Y la dama se echó atrás el manto y se arrancó el antifaz.

Era la reina doña Catalina.

De improviso se abrió una puerta y apareció otra persona en el aposento; pálida, convulsa, irritada, hermosísima; pero libre, semejante á un arcángel severo.

Era doña Isabel.

—Entre dos locos—dijo—, bueno es que se cruce alguien que no haya perdido del todo la razón; alguien que, velando por la honra de su padre, vele al mismo tiempo por su amor: don Juan es mi esposo: ¿lo entendéis, señora? mi padre es vuestro esposo: salid, salid encubierta como habéis venido: devorad en silencio ese amor que yo no extraño, porque don Juan ha nacido para ser amado, y no temáis que este secreto se descubra.

—¡No—dijo doña Catalina—, no; he luchado y he sido vencida; mi cabeza se extravía; mi corazón se rompe; ese hombre tiene el poder del infierno!

Don Juan se había vuelto hacia doña Isabel como el naufrago se vuelve hacia un objeto de salvación.

—¡Ah! sácame de aquí—dijo—, yo no sé donde estoy; no sé lo que me sucede: tú, dame mi hija; huyamos los tres de Lisboa: trasladémonos á un lugar solitario, donde no veamos al mundo, ni el mundo nos vea á nosotros: yo necesito respirar el aire de la montaña en que he nacido, el aire puro de las frías cumbres de las Alpujarras: yo me ahogo, y tú, tú, Isabel, eres lo único fresco y puro que me queda en el mundo.

Doña Catalina se había dejado caer en el canapé y lloraba enrojecida de vergüenza, con el rostro cubierto por las manos.

—No os avergoncéis, señora—dijo doña Isabel, llegando á ella y llevando asido á don Juan—,

no os avergoncéis, porque no habéis podido evitar lo que os sucede; pero alegraos de mi aparición: si ahora estáis desesperada, lo estaríais mucho más si yo no hubiese sobreyenido.

—¡Oh! ¡me han hecho traición!—exclamó con voz rugiente doña Catalina sin levantar el rostro que mantenía cubierto con sus manos.

Apareció una cuarta persona.

Era Vasco-Pérez.

—Yo no tengo la culpa—dijo—, la puerta ha sido abierta como pudiera haberla abierto un ladrón con una llave maestra, y esta dama—y señaló á doña Isabel—que apareció de repente junto á mí y me dijo su nombre, es demasiado poderosa para que yo no la obedeciese.

—Tenéis razón, Vasco-Pérez—dijo doña Isabel—; al obscurecer me han dado una carta en que me avisaban que don Juan vendría aquí á visitar á una dama; suponían que yo querría asistir á la cita, y me aconsejaban que para abrirme vuestra puerta me proveyese de una llave maestra: ahora bien, si sabéis algo acerca de esta dama que tiene cubierto el rostro con las manos, callad maese Vasco-Pérez, si no queréis morir: idos, y esperad fuera.

Vasco-Pérez salió dominado.

—Vos, señora—continuó doña Isabel—, poneos de nuevo vuestro antifaz, y cubrios con vuestro manto: salgamos de aquí al momento, porque me temo una desgracia mayor.

En aquel mismo punto sonaron grandes golpes á la puerta y se oyó una terrible voz que dijo:

—¡Abrid al rey!

Doña Catalina se alzó y dió un grito espantoso.

—¡Vasco-Pérez!—gritó doña Isabel mientras don Juan corría á la puerta del aposento tirando de su espada.

Vasco-Pérez apareció trémulo.

—¿No tenéis un lugar donde esconder á esta dama?—dijo doña Isabel—; debéis tenerlo, porque debéis estar expuesto á estos lances.

—¡Oh! sí, sí señora; que venga esa dama conmigo; pero entretanto echan la puerta abajo.

—Id, yo iré abrir.

Doña Catalina, que se había envuelto en el manto, siguió á Vasco-Pérez que desapareció con ella.

—No: no irás á abrir—dijo don Juan—, iré yo.

—No: mi padre viene irritado: pasaría por cima de ti: yo soy su hija; espera.

Y doña Isabel, antes de que pudiese detenerla don Juan, salió rápidamente.

Don Juan, aturdimiento, dominado, permaneció en el mismo sitio.

De improviso se oyó un grito horrible, agudo, estridente como el del que recibe una puñalada.

Y poco después, doña Isabel entró vacilante oprimiéndose el pecho con las manos, y cayó á los pies de don Juan.

Don Juan lanzó un rugido de león, y se volvió hacia la puerta, hacia la cual sonaba un tropel de hombres armados.

El rey apareció en la puerta con un puñal en la mano, desencajado, terrible, enfurecido, letal.

Don Juan no le acometió, porque el furor y el dolor le tenían inmóvil.

Los soldados que armados hasta los dientes acompañaban al rey, tuvieron lugar, aprovechando el paroxismo de don Juan, de rodearle, de sujetarle y de desarmarle.

Don Juan, vuelto en sí, forcejeaba como un león, sujeto en una trampa.

Peró eran muchos y jayanes, y le sujetaban. —¡Alumbrad! ¡alumbrad aquí! — gritó el rey—, alumbrad el semblante de la adúltera.

—¡No! ¡no es la adúltera!—dijo doña Isabel que pugnaba en vano por levantarse—; ¡soy su esposa!

—¡Isabel! — exclamó el rey—, ¡Isabel! ¡tú!.

—¡Sí, yo, yo que voy á morir!

—¡Ah! — exclamó el rey—: me cegaba la cólera... vi una mujer... creí...

—Aquí no hay otra mujer que yo—dijo con la voz apagada doña Isabel—; yo os perdono, señor: que mi recuerdo no sea para vos un tormento insoportable: y tú, don Juan, no me olvides, porque muero amándote.

Y doña Isabel se desplomó. El rey se inclinó sobre ella y la miró con ansia.

Había muerto. —¡Ah! — exclamó alzándose—, ¡tú, tú, hombre de maldición!

Y se encaraba con don Juan. —¡Tú, que no has venido á mi corte más que para causarme horribles desgracias! ¡tú responderás ante Dios de esta sangre!

—¡Y tú conmigo ante el infierno, rey don Juan!—gritó Tenorio—: tú no me matarás, porque yo no he nacido para ser muerto por un hombre, y yo, yo, cobraré en ti mi venganza.

—¡Ah! no, no te mataré—dijo el rey—: ¿qué culpa tienes tú, en verdad, de lo que ha sucedido? no, no te mataré: por el contrario, voy á hacer por ti más de lo que tú pudieras esperar: voy á darte tu hija.

El recuerdo de su hija causó una reacción terrible en don Juan.

—¡Mi hija! — exclamó—: ¡mi hija! ¿dónde está mi hija?

—Voy á dártela—dijo el rey—, voy á llavarte donde se encuentra: soltadle, dejadle que se despida de su esposa muerta: luego, sacad el cadáver, metedle en la silla de manos en

que yo he venido, para venir oculto: tú, Pedralva, cuida de que esto no trascienda: guardad vosotros el secreto si queréis guardar la cabeza; porque el primer rumor que me indique que se sabe lo que aquí ha sucedido, sospecharé de vosotros y moriréis todos. ¡Qué!—añadió el rey dirigiéndose á don Juan—: ¿no te despides de tu esposa muerta, marqués de Mirana?

—¡Ah!... no hay Dios—dijo don Juan, mirando de una manera insensata el cadáver de doña Isabel—. ¡Mi hija!—añadió dirigiéndose al rey—: llévame adonde está mi hija, y dámela.

—Marchemos — dijo el rey que tenía ya las lágrimas en los ojos.

Y salió seguido de don Juan, á quien Pedralva dió su sombrero, pero no le dió su espada ni su puñal, ni don Juan se acordó de pedirlos.

Con el rey y con don Juan marcharon la mayor parte de los soldados; sólo cuatro se quedaron con Pedralva.

—Sí, sí, aquí está su alteza—dijo Pedralva para sí—, el rey no ha visto ese antifaz que hay sobre el canapé: doña Leonor no se engaña fácilmente: la infeliz doña Isabel ha sido la víctima de esta infamia: pues bien, ahorrémos desgracias: salgamos de aquí cuanto antes con el cadáver, á fin de que la reina pueda volver al alcázar.

Poco después el cadáver de doña Isabel era puesto en una silla de manos que estaba en la calle y conducido al alcázar.

—Pasaron algunos minutos desde que la casa fué abandonada hasta que Vasco-Pérez se atrevió á salir.

Encontró la sangre de doña Isabel, el antifaz de la reina, la puerta exterior encajada y la casa desierta.

Entonces se fué á uno de los aposentos interiores, subió á una mesa, sobre la que había un cuadro, abrió el cuadro y apareció un pequeño escondite, en donde estaba temblando doña Catalina.

—Podéis salir, señora—la dijo—; no hay nadie en la casa; se han ido: tampoco hay nadie en la calle.

—¡Pero qué ha sucedido, Dios mío!—exclamó doña Catalina.

—No lo sé: la verdad es que no hay nadie. La reina bajó, siempre cubierta con su manto. Vasco-Pérez la sacó á la calle, procurando que no pasase por la habitación donde había quedado la sangre, y la llevó hasta una calleja próxima, donde esperaba una silla de manos.

Ni el rey al venir, ni Pedralva al ir, habían pasado por aquella calleja, y por consecuencia no habían visto la silla de manos, ni los hombres

que la resguardaban se habían apercibido de nada.

La reina dió su bolsillo y sus sortijas á Vasco-Pérez, y entró en la silla de manos.

Media hora después llegaba á su cámara por una entrada excusada del alcázar, y sus damas la desnudaban para que se recogiese.

#### XIV

La noche había cerrado lóbrega y medrosa. Parecía que la naturaleza se armonizaba con los terribles sucesos que acababan de tener lugar. Zumbaba el viento entre las estrechas callejas produciendo un zumbido gemidor, triste como el de un alma penada.

Se oía á lo lejos el sordo rugido del mar que agitaba el viento.

El rey, á pesar de la terrible situación en que se encontraba, se acordaba de doña Leonor, que debía encontrarse en alta mar, puesta en peligro por la tempestad.

El amor del rey hacia doña Leonor era una locura que se sobreponía en él á todo.

Aunque don Juan no hubiese causado la funesta equivocación que había producido la muerte de doña Isabel, el aborrecimiento del rey no le hubiera perdonado la ausencia de doña Leonor.

Doña Leonor, al verse seguida de cerca por don Juan, había declarado al rey que no permanecería en Lisboa mientras en ella estuviese don Juan.

Y como el rey, por respetos al emperador, se veía obligado á respetar á don Juan, se vió obligado á ceder al miedo de doña Leonor y á permitirle que se embarcase con rumbo á las islas Terceras.

Doña Leonor quería irse lejos, muy lejos.

El rey había quedado bajo el influjo de una fuerte irritación por la partida de doña Leonor, y cuando Pedralva, al oscurecer de aquel día le dió la carta en que doña Leonor, pretendiendo matar á don Juan, le avisaba de que le encontraría con la reina en la casa del barbero Vasco-Pérez, la irritación del rey se convirtió en furor, en un furor delirante, en una locura de exterminio.

Ya sabemos el resultado.

Sin embargo, estremecían al rey los bramidos del turbulento océano, porque amenazaban la vida de doña Leonor.

dentos y pavorosos; delante el afán de encontrar á su hija.

Los soldados seguían al rey y á don Juan á todo lo que podían andar, con las alabardas al hombro, haciendo crujir las piezas de sus medios arneses de infantes.

El rey, don Juan y los soldados se deslizaban de una en otra sombría calleja, produciendo un efecto extraño, casi fantástico en alguna que otra persona que los encontraba al paso.

Llegaron al fin delante de la poterna del Castillo Viejo, y el rey se detuvo.

—¡Ah de los de afuera!—dijo una robusta voz desde las almenas del muro de la poterna entre dos grandes torres—: ¡quién va!

—¡El rey!—contestó don Juan III de Portugal con voz tonante.

Don Juan volvió entonces de su abstracción.

—¡Ah! — dijo —, os habéis valido de una mentira para traerme á vuestra cárcel. ¡Qué importa! Un hombre, por más que sea un rey, no puede hacer nada contra don Juan; su enemigo es más rey y más terrible; su enemigo es el destino.

—Os traigo para entregaros vuestra hija: no he mentado, la vais á ver dentro de un instante.

Se oyeron crujir ásperamente las cadenas del rastrillo que se alzaba y las del puente que caían, dejando descubierta la sombría arcada.

El rey penetró por ella, y tras el rey don Juan.

Apenas pasaron volvieron á crujir las cadenas, se levantó el puente, y el rastrillo cayó sobre su ajuste con un estruendo formidable.

La guardia, á la luz de un turbio farol que pendía de la bóveda, se veía formada en dos alas.

El rey hizo una seña á los soldados que le acompañaban y que se quedaron con la guardia.

Diego Dávila, antiguo alcaide del Castillo, había bajado á recibir al rey con dos pajes, que tenían en la mano antorchas encendidas.

—A la cámara de honor — dijo el rey con voz breve.

Los dos pajes partieron delante; siguió el rey; tras él don Juan y Diego Dávila.

Salieron los pajes de la arcada, atravesaron la plaza de armas, se entraron por las estrechas escaleras, llegaron á una galería, y en la parte media de ella se detuvieron junto á una puerta.

Aquella puerta era la de la cámara de honor.

—Os he dicho—dijo el rey dirigiendo la palabra á don Juan de una manera seca, lúgubre y sombría—; os he dicho que iba á entregaros vuestra hija; ahí la tenéis dentro de esa cámara.

Marchaba el rey rápido, mudo, impulsado por las terribles pasiones que le agitaban de una manera múltiple.

Don Juan marchaba no menos terrible tras él, llevando tras sí un infierno de recuerdos can-

Don Juan entró.

—Cuando salga—dijo el rey—franqueadle la poterna; si se irrita, dejadle: si insulta mi nombre, dejadle también: quiero que viva, necesito que viva.

Y el rey se volvió atrás acompañado de Diego, Dávila, precedido por los pajes: bajó, llegó al rastrillo que se alzó, y con los soldados que hasta allí le habían servido de escolta, salió del Castillo Viejo, cuya poterna volvió á cerrarse, apenas hubo salido.

Don Juan se encontró en una extensa cámara, cuyos muros estaban cubiertos de tapices blasonados con las armas reales de Portugal; cuya robusta bóveda tenía los nervios dorados, y los espacios comprendidos entre ellos pintados de azul oscuro, con estrellas de oro.

Al fondo había un gran dosel.

El pavimento era de grandes losas de mármol, y no se veía mueble alguno.

Pero en el centro había un lecho de honor rodeado de blandones encendidos, y sobre el lecho una pequeña criatura inmóvil, vestida de blanco, con una corona de flores blancas sobre los rubios cabellos, con los ojos cerrados y el semblante del color de la cera blanqueada.

Una niña muerta.

Una niña que, á pesar de la contracción cadavérica, parecía hermosísima.

Al ver don Juan los blandones amarillos, se detuvo y cerró los ojos para no ver más: sintió que por su cuerpo pasaba, con la violencia del rayo, algo frío sobre todas las frialdades.

Sintió que en derredor de su cabeza, envolviéndola, se agitaba algo semejante á un huracán furioso.

Sintió que su corazón se helaba y que la carne se despegaba de sus huesos.

Sintió, en fin, lo que sólo puede comprender una madre que haya visto apazarse la vida en su hijo, hasta convertirse en un cadáver.

Algo infinitamente más terrible: la agonía de la muerte.

Y don Juan, con los ojos cerrados, con la sangre helada, con la cabeza dominada por el vértigo, adelantó lento, rígido, hacia el cadáver de la niña, como atraído por él, y no se detuvo hasta que el lecho de honor le impidió adelantar.

Y allí permaneció inmóvil, frío, con los ojos cerrados, hasta que una atracción invencible le obligó á abrirlos y á posarlos extraviados, cobardes, en el cadáver.

Don Juan creyó ver en aquellos pobres restos el semblante de su esposa: se le desgarró el corazón dejando caer en todo su ser la hiel de que estaba lleno.

Permaneció por algunos instantes con la vista fija en el cadáver, luego murmuró con una voz espantosa:

—¡Maldito! ¡maldito! ¡maldito!

Y se volvió y se alejó lentamente.

Salió de la cámara, atravesó como un sonámbulo, á oscuras, la galería y las escaleras sin tropezar, sin vacilar; siguió adelante por la plaza de armas, y penetró por la arcada que conducía á la poterna, que se abrió como si la sola presencia de don Juan hubiese alzado el rastrillo y dejado caer el puente.

Los soldados le vieron pasar con un pavoroso respeto.

Don Juan no era entonces un hombre; era algo más.

Tenía algo de fantasma.

Por una singular coincidencia, con su traje blanco, se parecía algo al «Convidado de piedra».

## XV

Apenas salió don Juan, se cerró el rastrillo, se levantó el puente.

Don Juan siguió por el malecón del Castillo Viejo.

Contra aquel malecón batían potentes las olas, produciendo un ruido atronador.

Don Juan se detuvo, escuchó como si esperase alguna voz que le hablase algo terrible.

Luego se volvió hacia el pretil del malecón, inclinó el cuerpo fuera, y miró el tenue y móvil fulgor fosforescente de las olas.

Sin duda pasó por su pensamiento una idea de suicidio, porque se levantó murmurando:

—¡Cobarde! ¡cobarde, no!

Y siguió á lo largo del malecón: bajó unas escaleras del muro; entró en una calleja, la siguió y continuó marchando sin objeto.

¿En qué pensaba don Juan?

En nada: no pensaba entonces: sentía.

Sentía de una manera horrible.

La mano de Dios apretaba su corazón y su cabeza.

Pero don Juan no estaba loco aún, puesto que sentía.

Los locos no sienten ni sufren más que las materialidades; lo moral, como pertenece al espíritu, no existe para ellos.

Parecía que le impulsaba una mano misteriosa, que no andaba, sino que era empujado. Continuó por las estrechas callejas, azotado por el viento, mojado por la lluvia, sin que ni

el agua ni el frío le sacasen de su terrible abstracción.

Siguió y entró en la ciudad vieja sin voluntad, sin saber adonde iba: y así llegó á la plaza del Mercado.

Allí había aún alguna gente.

En el centro de la plaza, en la picota y entre algunas personas agrupadas, se veía un resplandor rojizo.

Don Juan adelantó hacia aquellas personas. No iba: le llevaba un poder superior.

Cuando llegó, una buena vecina decía á otra:

—Pero ¿hasta cuándo van á tener ahí á esos pobres? la lluvia los empapa, y esto da compasión.

—Mirad lo que les importará á ellos estar mojados ó enjutos—dijo la vecina—, ni que la cama que tienen sea dura: si fuera nosotras, ésto es distinto; nos estamos calando de lo lindo: buenas noches, y que tengan ahí á los muertos todo el tiempo que quieran.

Don Juan miró, y vió á Barcelos y á su hijo tendidos, rígidos, sobre las gradas de la picota, en cuya rueda, envuelto en la capa, estaba sentado el alguacil que guardaba los cadáveres.

Dos faroles, colocados de una manera conveniente, alumbraban su semblante.

Estaban horribles: la agonía se marcaba en ellos de una manera repugnante.

Don Juan sintió atraída su mirada hacia ellos: los reconoció, dió un grito, se apretó las sienes con las manos y dió á correr.

Todos los que allí estaban vieron esto con asombro; pero nadie siguió á don Juan.

El alguacil permaneció inmóvil, y nadie podía creer que un caballero tal conociese ni pudiese tener relación alguna con aquellos cadáveres.

Don Juan siguió corriendo: su razón había hecho un último esfuerzo.

Había reconocido á Barcelos y á su hijo.

Había recordado.

Recordaba á su hija muerta.

Á Isabel ensangrentada, pálida, inmóvil.

Á la reina, loca de amor.

Recordó su pavoroso sueño: la muerte de Barcelos: la deshonra de Francisca.

Se detuvo fatigado entre unas tapias derruidas.

Se vió solo en medio de la noche y del silencio; azotado por el viento y por la lluvia; devorado por los siniestros, por los sombríos recuerdos que llenaban su pensamiento.

Se sentía enfermo, calenturiento, débil; apenas podía tenerse de pie; su pecho se rompía, y no podía gemir; sus ojos se hinchaban, y no podía llorar.

Tenía miedo de que su razón se le escapase: sentía el vértigo horrible de la locura.

—¡Ah! ¡y bien!—exclamó—; he aquí que la víctima sucumbe; he aquí el cadáver que siente; he aquí la mano de Dios que cae sobre mi cabeza. ¡Dios! sí; sí hay Dios; le reconozco en su terrible justicia: yo que he causado tantas lágrimas, quiero llorar y no puedo... Don Juan ha desaparecido; mi cabeza se rompe; quiero pensar en algo, en algo... que todavía podía reparar, y mis ideas se borran las unas sobre las otras. ¡Isabel! ¡Barcelos! ¡mi hija! ¡su hijo! ¡Francisca! ¡ah!... Francisca; sí, ella no sabe... no lo sabrá; no lo vió nadie más que su padre... no: ella me ama; la arrebataré de su miseria; tendré á mi lado un ser que tenga compasión de un pobre loco: ¡ah! sí; ella... á lo menos la salvaré: ella tal vez me salvará.

Y don Juan se puso en marcha, orientándose para llegar á la casa de Barcelos.

Por un momento se rehizo y fué lo que siempre había sido.

El espíritu indomable que á ningún terror se rendía.

—¡Ah!—exclamó—; y bien: ¿qué es esto más que algunas gotas de hiel aumentadas á mi cáliz? pues qué ¿no he visto yo muerta á Estrella sin enloquecer? ¿no han pasado tras de mí terribles dolores, sin que mi razón se amengüe? ¡ah! es que he visto muerta á mi hija; ¡mi hija! y he salido de allí sin voluntad, sin pensamiento... ¡y el rey, el infame don Juan III no ha sufrido todo lo terrible de mi venganza!

Don Juan se llevó instintivamente la mano á la espada y se encontró sin ella.

—¡Ah! ¡desarmado! otra vez me desarmaron del mismo modo, cogiéndome á traición, y estuve preso un año en el Santo Oficio: ¡Lisardo el estudiante!... ¡Inés!... ¡don Gonzalo!... pero ¿por qué, por qué estos espectros que yo no quiero recordar, se me aparecen? ¿por qué se me rien como si su venganza estuviese ya satisfecha? no, amigos míos, no: ha pasado, ha sido un momento de horror: es que he visto muerta á mi hija... pero no, no lo creáis, no me he vuelto loco; yo soy don Juan, el invencible don Juan: no quiero que la locura me venza, y no me vencerá.

Calló durante un momento y siguió andando.

Luego continuó:

—Francisca es hermosa y es pura; os lo afirmo; pura de todo otro amor que de el mío: tiene el alma y el rostro de un ángel; es la mitad de mi alma, es otra alma mía; ella me dará otra hija que me consolará de la que he perdido: no, no os riáis, ella no sabrá que yo he muerto á su padre: no lo vió nadie, no: estaba amaneciendo; nadie había salido aún de su casa: estábamos solos: se quedó inmóvil, muerto, no pudo hablar; también maté al padre de Estrella, y Estrella fué mi esposa: ¡ah! ¡sí! yo arrancaré de la miseria y del dolor

á Francisca; cuidaré de su madre como hubiera cuidado de la madre mía: ¡ah! yo puedo ser aún feliz.

Y soltó una larga carcajada, de cuyo eco se espantó él mismo.

Andaba muy de prisa: no sabía por donde iba, y sin embargo, marchaba por el camino más corto hacia el convento de Belén, cerca del cual estaba la miserable vivienda de Barcelos.

Don Juan caminaba á cada momento más de prisa.

Al fin entró por una calleja: poco después se encontró con los escombros de la incendiada casa del duende: siguió, se deslizó junto al convento, dejó atrás algunas callejas, y penetró en aquella donde estaba situada la vivienda de Barcelos.

Don Juan llegó á su puerta y escuchó.

Nada se oía.

Ni el más leve resplandor se veía á través de las anchas rendijas.

Don Juan llamó.

Tornó á llamar y nadie le contestó.

Volvió á llamar con más fuerza, y entonces la puerta, que solo estaba encajada, cedió y se abrió.

Don Juan vió ante sí un espacio lóbrego, medroso, frío.

Sintió algo semejante al miedo; pero al miedo de otra horrible desgracia: vaciló un instante, y al fin se lanzó dentro, y tropezó con un objeto que al caer, hizo caer otros objetos, que crujieron como el vidrio cuando se rompe.

En aquel momento un remolino de aire cerró la puerta.

Don Juan se quedó completamente á oscuras.

El sonido de las botellas, que se habían roto al tropezar don Juan con la cesta que se había quedado en medio del aposento, causó en don Juan una sensación horrible.

Se acordó de que allí le había llevado la caridad; de que su caridad se había convertido en infamia, y con el corazón desgarrado exclamó, como buscando un consuelo:

—¡Francisca! ¡Francisca! ¿dónde estás?

Sintió entonces un objeto que se lanzaba sobre él; que dos manos trémulas le asían; que se estrechaba contra él un cuerpo helado que temblaba.

—¡Ah! ¡eres tú!—exclamó una voz desentonaada, una voz loca—: gracias porque has venido, gracias; tú no sabes que horas tan terribles; yo he despertado como de un largo sueño, como de un sueño de muerte, y mi primer pensamiento ha sido para ti, el segundo para mi madre:

estoy helada, amor mío, helada; pero mi corazón arde por tí: yo soy tuya; perdóname si huí de tu lado; ya no me separaré más de tí, porque tú no me abandonarás; estoy sola en el mundo... mira; ven, ven—y arrastró consigo á don Juan, y le hizo inclinarse con ella—toca, toca;: está fría, más fría que yo; ha muerto: ellos han debido morir también, porque no han vuelto; sí, sí; ellos han muerto también, y yo estoy sola en el mundo.

Don Juan había retirado con horror su mano que había tocado el rostro de un cadáver.

La voz desentonaada, áspera, dolorosa, de Francisca, que le hablaba sin llorar, sin conmoverse, loca, acabó de llenarle de horror.

Se alzó y quiso huir, pero Francisca le retuvo.

—¡No! ¡no!—le dijo—; no te irás; yo no quiero que te vayas: ¿por qué has venido? yo no te conocía; yo no te amaba: ¡qué importa todo! yo no estoy sola en el mundo teniéndote á ti: viviremos aquí eternamente; el uno junto al otro: ¡tú eres mío, mío por toda la eternidad!

Y don Juan la sintió asirse á él más trémula, más fría que antes.

—¡Ah! ¡una tumba!—exclamó don Juan—¡una eternidad al lado de un cadáver que me acaricia! otra vez ese sueño del infierno que me rodea de espectros!... ¡no! ¡no! ¡perdón, Dios mío! ¡no he sido yo; ha sido mi destino!

—Yo te amo—exclamó con acento despacible Francisca—¿no te parezco ya hermosa? ¿no encuentras en mí ese amor soñado que tanto anhelas? yo soy tu esposa, tu esposa eterna; ¡ah! ¿pues crees tú que ibas á burlarme á mí como burlaste á Inés, la del Convidado de Piedra?

Don Juan lanzó un grito horrible.

Francisca loca, ó el espectro de Francisca muerta, acababa de recordarle con una voz tan hueca como si la hubieran producido dentro de una tumba, la terrible situación, el terrible ensueño que le llevó, dominado por el temor de la justicia de Dios, á buscar la penitencia al claustro.

Don Juan sintió zumbiar sus oídos, helarse la sangre de sus venas, y luego . . . . .

Luego, ó por una fascinación de sus sentidos, ó porque Dios permitiese una visión pavorosa, se esclarecieron las tinieblas, dejándole ver un espacio rojo, brillante como el resplandor de un incendio, sin pavimento, sin paredes, sin techo, sin límites: delante de él estaba Francisca; pero Francisca vestida de blanco, con una corona de flores rojas, con una corona de mártir sobre sus cabellos rubios, brillantes como el oro, ondulantes, profusos; glorificada, transparente, hermosísima, pura.



—Yo era tu ángel—le dijo—, y la caridad te trajo de la mano hasta mí: me protegía la miseria; me rodeaba una infeliz familia: yo era pura; yo, en medio de mi dolor, tenía un cielo en el alma: ¿qué has hecho de mi cielo? ¿qué has hecho de mi familia?

Don Juan vió aparecer de repente detrás de Francisca la picota de la plaza del Mercado, los dos faroles, los dos cadáveres: al otro lado, un jergón, lívida, inmóvil, la madre de Francisca; y pasando, detrás de todo esto, mirándole de una manera ardiente y enamorada, Isabel,

Era aquel, en fin, un sueño ó una visión muy semejante á la del festín de los muertos.

Don Juan resistió, pugnó, puso el pensamiento en Dios, creyó en él, buscó amparo en él, y la visión desapareció: volvieron las tinieblas, y don Juan se sintió con un cuerpo pesado, frío, inerte, en los brazos.

—¡Francisca!—exclamó.

—¡Adiós!—dijo Francisca—: adiós, don Juan: yo muerdo y te perdono: te perdono, porque te amo; y porque te amo, muerdo tranquila: he visto que en medio de las tinieblas tu sem-



—¿Qué voz del cielo ó del infierno es la que me habla?

llevando en sus brazos una niña muerta, sobre la que caía un raudal de sangre: detrás de Isabel don Juan vió á Estrella llorosa, con la cabeza inclinada, desolada, llevada de la mano por el capitán Fernan Pérez, que miraba á don Juan con ira; y lentamente aquel espacio infinito se fué poblando de un mundo de fantasmas, cuyos ojos estaban fijos en don Juan, y Francisca, delante de todos, cada vez más radiante; cada vez más hermosa, envolviendo á don Juan en su mirada de amor, le estrechaba las manos, se las quemaba, se las lastimaba; le arrastraba, le llevaba dentro de aquel mundo de fantasmas, formado por las víctimas de don Juan.

blante se iluminaba, que tus ojos se levantaban al cielo buscando á Dios; yo he visto en tus labios la sonrisa del ser perdonado: ¡adiós!

Y Francisca se desplomó del todo.

Don Juan la besó la boca helada, la dejó en el suelo y soltó una carcajada horrible.

Don Juan abrió la puerta y escapó; corrió, corrió riendo de una manera cada vez más horrible, hasta que le detuvo una ronda, que se vió obligada á forcejear con él para sujetarle.

Le metieron en una casa, y se llamó á un médico.

—Todo es inútil—dijo—; este caballero se ha vuelto loco.

Acaso la locura era para don Juan el perdón

de Dios; porque los locos no sienten; los locos no sufren.

## Epílogo.

Un año después, una silla de manos, conducida por dos criados, subía la áspera vertiente de la montaña de las Alpujarras, donde treinta y siete años antes se había alzado el Castillo del Diablo, ó de Marana, como queramos, que había sido la cuna maldita de don Juan.

Los escombros habían desaparecido: con ellos se había construido una gran casa, fuerte y bella á un tiempo, pero que no podía llamarse castillo.

Gabilán, demasiado gordo ya, descendía, viniendo de la casa, por lo alto de la cumbre, yendo al encuentro de la silla de manos.

Detrás de la silla, sobre un magnífico asno, en unas hamugas moriscas, venía una hermosa dama pálida y triste.

Era Magdalena.

Algunos lacayos á pie, con arcabuces, venían de escolta.

Gabilán llegó á la silla de manos, levantó una de sus cortinillas, miró y se entristeció.

Dentro venía don Juan, ó más bien, lo que quedaba de don Juan.

Esto es, un enfermo demacrado, pálido, de mirada fija, inmóvil, fría, que ninguna expresión revelaba.

Don Juan loco; don Juan convertido en un cadáver, en que sólo había una vida material, una vida excepcional, una vida horrible para los que amaban á don Juan; porque en cuanto á don Juan, ni sufría, ni gozaba, ni tenía conciencia de sí mismo.

Gabilán dejó de mirar á su amo, y se acercó á Magdalena.

—¿Y no hay esperanza, señora?—la dijo.

—Ninguna, Antón, ninguna: los médicos han sido crueles en su sinceridad conmigo; me han dicho que la locura de vuestro amo no tiene más remedio que la muerte.

Y Magdalena se echó á llorar.

—¿Qué se le ha de hacer!—dijo Antón, siguiendo al lado de Magdalena—: tal vez es así más feliz que lo que sería si recobrase la razón.

—Ni feliz, ni desgraciado: vuestro amo no existe; lo que tenemos es un niño dócil á todo: que no piensa, y que si en algo piensa, es en que le traten con cariño; que ni ríe, ni llora, ni habla: el león ha desaparecido, Gabilán: no, este no es vuestro amo.

Llegaban entonces á la plataforma de la montaña.

Gabilán ayudó á bajar del asno á Magdalena, y fué á abrir la silla de manos.

—No, no—dijo Magdalena—; no se deja tocar ni cuidar de nadie más que de mí.

Abrió la portezuela, asió de las manos á don Juan, le trajo á sí, salió, y adelantó lentamente con el paso vacilante y débil de un anciano, asido del brazo de Magdalena.

Se ponía el sol; su último rayo iluminaba el pálido, el envejecido semblante de don Juan.

De improviso éste se detuvo y fijó una mirada atenta en aquel ancho y magnífico horizonte de montañas.

—¡Ah!—exclamó de una manera profunda.

Magdalena contuvo el aliento y miró á don Juan: alentó por un momento la esperanza de que el aire natal, de que la vista de aquellas montañas le hubiese vuelto la razón.

Don Juan se había erguido; había vuelto á ser gallardo.

En su semblante había brillado un reflejo de inteligencia: su vista estaba fija en el Mediterráneo que se extendía á lo lejos en una grande anchura, á causa de lo alto del punto de vista.

Pero la mirada de don Juan se apagó; se borró de su semblante aquel reflejo de inteligencia, y se encorvó de nuevo.

—¡No hay esperanza!—exclamó Magdalena.

Y se dirigió con don Juan á la casa.

Don Juan era menos que un niño; porque los niños tienen voluntad; y don Juan no la tenía. Era un ser débil que se volvía por instinto hacia el ser que le servía de apoyo.

Era una organización material, en la cual existía un sentimiento impresionable sólo para las sensaciones materiales.

Sentía frío y buscaba el sol ó el fuego: tenía hambre, y expresaba su necesidad de una manera que Magdalena y Gabilán comprendían: sentía sueño, y buscaba el lecho.

Vivía de una manera puramente animal.

No hablaba; no gemía; no **soreía**; no lloraba.

Algunas veces producía una especie de rugido de impaciencia: otras un sonido martillado, que revelaba su contento, por decirlo así, al encontrarse bien.

En él la razón había muerto por completo; ni aun tenía, como la generalidad de los locos, una absurda idea fija.

En don Juan no había una sola idea.

No la podía tener.

Su razón, violentada, había estallado, rom-

piéndose, fraccionándose, diseminándose, perdiéndose, por decirlo así, en una violenta explosión.

Magdalena expiaba al lado de don Juan, en aquella montaña solitaria, servida por pocos criados, las faltas de su vida pasada: su amor monstruoso hacia don Juan; su rebeldía contra Dios.

A ella, Tenorio también, alcanzaba la maldición lanzada por Dios sobre los Tenorios.

Y Magdalena, como don Juan, no había sido perdonada: expiaba sufriendo el inmenso dolor de la destrucción de don Juan; porque don Juan no existía.

Don Juan, al morir sus pasiones, había dejado de existir.

Pasaron uno, dos, tres, cinco años monótonos. Siempre lo mismo.

Siempre don Juan en el mismo estado de insensibilidad moral: cada día más débil, cada día más pálido, cada día más flaco, aumentando de día en día sus canas, hasta que á los cinco años, cuando don Juan apenas contaba cuarenta y dos, tenía toda la cabeza blanca. Era ya completamente anciano, y se necesitaba llevarle al lecho y sacarle de él en brazos.

Magdalena había envejecido también. Su cabeza se había puesto gris: sus cabellos, sus ricos cabellos, se habían disminuído.

Y sin embargo parecía más hermosa.

Su hermosura se había espiritualizado con el sufrimiento; se había purificado con su continua oración; había adquirido algo que podía llamarse un reflejo de gloria.

Y aquella ideal hermosura no hubiera inspirado á nadie un solo pensamiento impuro.

Era la paz del cielo en la tierra.

Podía decirse que Magdalena se había purificado por completo: que en ella aparecía el reflejo del perdón, de la bendición de Dios.

Magdalena había llorado por sí y por su hermano que no lloraba, que no podía llorar, que no necesitaba llorar.

Magdalena estaba resuelta á retirarse á la vida penitente en el momento en que lo que quedaba de don Juan Tenorio hubiese dejado de existir.

Pero la vida penitente de la soledad, entre las breñas, abandonada sin voluntad á la misericordia de Dios.

Pero Dios no quería la soledad de Magdalena y la envió un ser, que después de la muerte de don Juan, debía retenerla en la vida del mundo.

Saltemos desde aquella montaña, pasando por cima del mediterráneo, al otro lado, á la ciudad de Tánger.

Penetremos en la Kasbá del alcaide de la ciudad del emperador de Marruecos: sigamos adelante, y abramos las vedadas puertas de lo que podía llamarse harén del alcaide de Tánger, Mohammed-ben-Zeid-ben-Zeitum.

Nos encontraremos con este señor.

Es un berebere viejo y bravío, con su larga chilaba blanca, sus botas de marroquí amarillo, su albornoz blanco, sefido su capuz por un turbante verde, y dejando ver bajo él su frente chata, su nariz roma, sus labios gruesos y su barba rala; señales todas de su descendencia de la raza amaziga.

Sus ojos, negros, grandes, de expresión dura y salvaje se fijan con irritación en una mujer que expira, devorada por la fiebre, sobre los almohadones de un diván, en una bella cámara árabe, iluminada por una lámpara de seda que pende de la rica cúpula.

Al otro lado, á los piés del diván, está en la actitud humilde del esclavo, cuya destrucción pende del más leve enojo de su señor, un hombre de mediana edad, cuyo tipo es genuinamente español; cortados los cabellos, larga la barba; en la cabeza un gorro cónico de lana encarnada, una túnica parda de mangas anchas, larga hasta la rodilla, bajo la cual se ven asomar unos calzones de hilo blanco, semejante a los zaragüelles valencianos; ceñida en el talle por una ancha correa color de avellana con hebilla de acero; medias azules y blancas á rayas horizontales, y babuchas de marroquí encarnadas.

—La mujer que expira en el lecho está cubierta por un rico paño de cachemira que deja conocer las magníficas formas del cuerpo que cubre; y sus profusos y brillantes cabellos negros, se extienden en desorden formando un fondo obscuro al hermosísimo y pálido semblante de la moribunda, blanco, con la blancura transparente y mórbida, por decirlo así, del nácar.

Aquella mujer es doña Leonor de Portugal.

Doña Leonor que muere esclava en el harén ó apartamento de las mujeres del alcaide Mohammed-ben-Zeid-ben-Zeitum.

La misma noche en que don Juan perdió la razón en Lisboa, doña Leonor perdió la libertad en el Océano agitado por una tempestad terrible.

La galera real de dos bandas, á cuyo bordo iba doña Leonor, fué arrojada por el temporal sobre la costa occidental de Marruecos, cerca del Estrecho, á la altura de Larache.

La galera, vieja y mal tripulada, descosida por la fuerza del oleaje, empezó á hacer agua y de una manera tal, que fué necesario echar las lanchas al agua y que se procurasen

en ellas una salvación dudosa doña Leonor y los tripulantes.

Por fortuna, ó por desgracia, empezó á ceder el temporal hasta el punto de que las lanchas ofrecían una seguridad completa.

Pero se veían obligadas á embestir en la inhospitalaria tierra de Africa.

Se despejaron las nubes, salió la luna, los remeros bogaban hacia una línea oscura que se veía en el fondo del horizonte y que representaba la tierra.

Los marineros ignoraban si aquella era tierra de Portugal ó de España.

Habían perdido el conocimiento de la altura á que se encontraban, arrastrados por el temporal.

De repente divisaron una embarcación, de la cual no pudieron juzgar á la distancia, ni á la vaga luz de la luna.

Aquel barco llevaba el rumbo del Este, y debía cruzar el rumbo de las lanchas.

Dos horas después de haberla divisado, los náufragos se helaron de terror.

No pudieron dudar que aquel barco era un gran cárabo corsario marroquí.

No podían escapar ya.

Los náufragos, á causa de los faroles que llevaban encendidos en las lanchas para ser socorridos, habían sido divisados y el cárabo avanzaba hacia ellos á vela y remo.

Las lanchas, que eran dos, y que iban muy cargadas, porque contenían cada una veinticinco personas y el dinero y lo más preciso que llevaba la galera, apagaron sus faroles y viraron de bordo, para procurar una fuga difícil.

Para hacer más fácil esta fuga, se separaron en distintas direcciones.

El cárabo las veía sin duda, á pesar de que habían apagado sus faroles, puesto que arrojó al agua una gran lancha tripulada para no perder la caza de ninguna de las dos lanchas que huían.

Los fugitivos se vieron obligados á arrojar al agua todo su cargamento, á excepción de un pequeño cofre en que iban las alhajas de doña Leonor.

Esta alentaba una esperanza.

Los piratas que la perseguían iban en la lancha que había lanzado de sí el cárabo.

El cárabo perseguía á la otra lancha, y se separaba cada vez más de la de doña Leonor.

En esta lancha iban diez y seis arcabuceros portugueses con un bravo alférez llamado Tristán del Basto, soldado viejo y acostumbrado á grandes empresas.

Los otros ocho hombres eran el piloto y un contramaestre de galera, y seis galeotes, que

tres por banda remaban con una fuerza prodigiosa.

Seguían apartándose del cárabo, al par que el cárabo se apartaba de ellos en demanda de la otra lancha portuguesa.

Pero los perseguía de una manera insistente, aunque desde muy lejos, la otra lancha marroquí, de la que sólo podía juzgarse por el destellar de la luz de la luna en las armas de los corsarios, destacándose sobre el azul oscuro del mar.

—¡Cómo diablos nos ven esos malditos!—dijo el piloto Sebastián de Gamboa, que iba al timón—; la mar está bastante picada, y aunque la noche es muy clara, es difícil á tal distancia distinguir una lancha entre un oleaje.

—¡Pardiez que somos torpes!—dijo el contramaestre Pedro Secades—; nos ven sin duda por la misma razón que nosotros les vemos á ellos.

—¿Por cuál razón, amigo?—dijo el alférez Tristán.

—Por vuestros cascos y vuestros coseletes, en los que brilla la luna—dijo el contramaestre.

—¡Ah, cuerpo de!...—exclamó el alférez, quitándose su limpio casco, arrojándole al fondo de la lancha, y deshebillándose el peto y el espaldar, que arrojó también—. ¡Hola, arcabuceros! ¡afuera armetes y coseletes!

Poco después ya no brillaba nada en la lancha.

—Decidme—preguntó el piloto al alférez—, ¿cuánto creéis que pueda pesar todo ese hierro?

—Media arroba por hombre—dijo el alférez.

—De modo que si te arrojáramos al mar no tendríamos que tirar de ocho arrobas y media.

—Ciertamente—dijo el alférez—; pero no creo que podamos ir más deprisa por ocho arrobas más ó menos.

—¡Bah, bah! todo es peso—dijo el piloto—, y los pobres galeotes van muy cansados: yo quisiera que la lancha, que es muy pesada, se volviese de papel, y todos nosotros como si fuéramos vejigas llenas de viento.

—¿Y si llega, como es posible, la ocasión del combate—dijo el alférez—, habremos de presentar las cabezas y los pechos descubiertos á los yataganes de esos malditos?

—¿Y para qué tenéis los arcabucos?—contestó el piloto—: cuanto menos hierro llevéis encima, haréis fuego con más soltura y con más presteza.

—¡Al agua armetes y coseletes!—dijo el alférez.

Todos aquellos medios arneses de infante fueron arrojados al mar.

—Y no es esto sólo—dijo el piloto—: ¿no veis, alférez, que me voy ciñendo á tierra?

—¿Y para qué eso?

—¿Para qué? para aligerar de gente: á pesar de que nada brilla en vuestra lancha, ved, ved cómo esos malditos siguen tras nosotros: y ó tienen ojos de gaviota, ú o'fato de podenco.

—¿Decís que vais á aligerar de gente la lancha?—exclamo con la voz un tanto trémula el alférez—: según todas las probabilidades, estamos sobre la costa de Africa: ¡qué será de los desgraciados que tomen tierra!

—Cautiverio por cautiverio, tanto da ser hechos cautivos en el agua como en la tierra—dijo el piloto—: recordad lo que nos encargó el rey de Portugal, señor alférez—: Haced todo cuanto podáis si sobreviene algún contratiempo, para que la dama y la niña que se os confían lleguen á tierra de España.

—Es verdad—dijo el alférez.

—Ahora bien—repuso el piloto—, el contratiempo ha sobrevenido: nuestra lancha está muy recargada; es muy pesada además; la enemiga á lo que me parece, es muy ligera y viene mucho mejor tripulada, puesto que nos gana visiblemente espacio: esta lancha sólo necesita los seis remeros y un hombre al timón; os voy á ajustar una cuenta muy sencilla: estos honrados arcabuceros y vos sois copulentos, y el buen contra maestro y yo no somos pequeños; pongamos seis arrobas por hombre, y multipliquemos: tenemos ciento ochenta arrobas: quitad de la lancha ciento ocho arrobas, y llevará una gran ventaja á la otra, que nos persigue: por mi parte, yo no tengo inconveniente en quedarme en tierra de moros: ahí está el señor rey don Juan III, que cuando sepa que he nos sido cautivados por servirle nos rescatará.

Calló el piloto y nadie contestó una sola palabra.

La situación era demasiado grave.

—¡Oh, cuántos sacrificios por la cansada vida mía!—dijo doña Leonor que hasta entonces había guardado silencio.

—Señora—dijo el alférez—: lo que el buen Sebastián de Gamboa, aconseja es de todo punto necesario, y aun conveniente: si somos alcanzados, como probablemente lo seremos antes de una hora, si continúa tan cargada la lancha, será necesario empeñar un combate que sólo dará por resultado algunos hombres muertos, y poner en peligro vuestra vida: según los reflejos que parten de la lancha corsaria, nos aventajan en número y están mejor armados.

—Además—dijo Gamboa—, nuestros galotes se cansan: dentro de una hora, y aun así es mucho, no podrán mover los brazos: es necesario que

remem sólo cuatro, y que se releven de tres en tres, entrando el que dé al timón: así podrán continuar remando desde ahora hasta que se acabe el año; sobre todo aligerada la lancha.

—¿Hay alguno que se niegue á saltar conmigo en tierra de moros por servir al rey nuestro señor?—dijo el alférez.

—¡No! ¡no!—contestaron desde el primero hasta el último de aquellos buenos soldados.

—Gracias, amigos míos, en nombre del rey—dijo el alférez—: poned, poned la proa á tierra, señor Gamboa: hagamos voto á Nuestra Señora de Guadalupe de ir descalzos en romería á su santuario, si nos saca del poder de los infieles.

Todos se hincaron de rodillas y se pusieron á rezar.

Gamboa viró un cuarto, y puso la proa á tierra que ya no estaba distante.

—Ahora bien, amigo Secades—dijo Gamboa—, echemos suertes para ver cuál de los dos ha de saltar en tierra.

—Echémoslas en buen hora, señor Gamboa—dijo tranquilamente Secades—: aunque si queréis que nos excusemos ese trabajo, yo saltaré.

—No por Dios, señor Secades: que vos como yo tenéis mujer é hijos.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó doña Leonor, para quien todo aquello era un remordimiento.

—¿Cómo queréis que echemos las suertes, señor Gamboa?—dijo Secades.

—A pares y nones—dijo Gamboa metiéndose la mano en el bolsillo y sacando un puñado de monedas—: pedid.

—Nonces—dijo Secades.

Gamboa abrió la mano y sin mirar lo que en ella había dijo á Secades:

—Contad, compañero.

Secades contó.

—He perdido—dijo—: son pares.

—¿No me habéis robado ninguna moneda?—dijo noblemente Gamboa.

—No—contestó Secades—: pares son.

—Volved á contar no os hayáis equivocado—dijo Gamboa.

—Un par, dos, tres, cuatro, cinco: he perdido: yo bajaré á tierra.

—Yo os ofrezco, si á pesar de todo nos salvamos—dijo Gamboa—, no parar hasta que el rey nuestro señor os rescate á todos; y si tardare, yo os rescataré de mi propia hacienda.

Después de esto sobrevino un silencio profundo.

La situación no era para otra cosa.

Gamboa, siempre al timón, mandaba la lancha hacia tierra, y de tiempo en tiempo inte-

trumpía el silencio para exclamar animando á los remeros:

—¡Jala! ¡jala, muchachos!

La lancha enemiga estaba más cerca; pero todavía á una gran distancia.

En cuanto al cárabo, se había perdido completamente de vista.

Media hora después tocaban á tierra.

—¡Afuera y pronto los que han de saltar!— dijo Gamboa.

El alférez, los diez y seis arcabuceros y Secales saltaron en tierra, en una playa desierta, cerrada por las estribaciones de dos montes oscuros.

Tras una ligera y patética despedida, la lancha se hizo de nuevo á la mar.

—A ver, Galindo, y tú, Soto, á descansar durante un cuarto de hora—dijo Gamboa.

Dos galeotes metieron los remos dentro de la lancha; fatigados, rendidos, se limpiaron el sudor.

—Tú, Perea, vente al timón.

—¿Y va á agarrarse al remo vuesa merced?—dijo con acento ronco Perea.

—¡Cómo, tunante!—dijo Gamboa—: ¿crees tú que tienes más fuerzas que yo, ni que bogas mejor que yo?

—No lo decía por tanto, señor—contestó el galeote.

—Pues alzando y pronto—dijo Gamboa—; rumbo al Estrecho, aunque nos enmaremos.

El galeote y el piloto se cambiaron.

Aligerada la lancha, avanzaba con gran rapidez.

Sucesivamente y de cuarto en cuarto de hora, se fueron relevando aquellos siete hombres.

La lancha que los perseguía no se divisaba ya.

La tierra se confundía en una baja neblina. El mar estaba desierto.

Al amanecer, puesto Gamboa en el timón, decía á doña Leonor que estaba aterrada.

—Un día sin comer, y si Dios nos mantiene la mar como hasta ahora, estaremos en salvo: ¡ah, madre mía de Guadalupe! ¡te ofrezco una corona de plata para ti y otra para tu santo hijo si nos llevas á salvamento! ¡Jala, jala, muchachos, que todos hemos descansado ya y habrá oro para todos!

Esclareció el día y empezaron á teñirse de color de rosa algunos pequeños celajes al Este.

El resto del cielo estaba completamente despejado.

La mar era llana.

La costa se perdía en el horizonte.

De repente, Gamboa, que miraba aquellas pequeñas ráfagas rosadas, exclamó con voz lúgubre:

—¡Que se cumpla la voluntad de Dios! ¡todos al remo! ¡jala! ¡jala!

Y viró en demanda de la costa.

—¿Qué es eso?—exclamó asustada doña Leonor.

—Esto es, señora—dijo Gamboa—, que la virgen de Guadalupe no ha oído nuestros ruegos, que seremos muy afortunados si antes de que lleguemos á tierra no se nos echa encima el huracán.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó aterrada doña Leonor estrechando contra su seno á la pequeña hija de don Juan.

—Todos los sacrificios han sido inútiles; inútil tanta fatiga—dijo con desesperación Gamboa.

—¿Y no hay esperanza?—exclamó temblando doña Leonor.

—Ninguna, señora, ninguna.

—Podéis engañaros, amigo mío.

—¡Engañarme yo, que he hecho tres veces el viaje á la India, que he montado seis veces el Cabo de Buena Esperanza! No, no me engaño por desgracia: antes de tres horas se nos echará de repente encima el huracán, y el temporal será largo y terrible; ¡jala, muchachos, jala! ¡mirad que tenéis la vida en los puños!

De improviso, por la parte del Este, apareció un punto negro que avanzaba con gran rapidez, y que al fin dejó ver las dos agudas velas latinas de una galeota berberisca.

—Hemos salvado la vida—dijo tristemente Gamboa—; pero hemos perdido la libertad.

—¡Ah, no! ¡la muerte primero!—dijo doña Leonor.

—Yo no puedo permitirlo, señora, y me encontraréis inflexible: entre una muerte cierta y el cautiverio, por duro que sea, no hay que dudar.

Y viró volviendo la proa hacia la galeota que avanzaba.

—¿Qué hacéis?—dijo doña Leonor.

—Cumplir con mi deber; ponerme en demanda de ese barco, que es nuestra única, aunque terrible salvación.

Inútiles fueron los ruegos, las lágrimas, la desesperación de doña Leonor.

El inflexible Gamboa continuaba gobernando la lancha en demanda de la galeota, que previendo sin duda como le había previsto Gamboa, el gran temporal que amenazaba, avanzaba hacia la costa á vela y remo, con una rapidez increíble.

Una hora después de haber avistado la lan-

cha á la galeota, estaba á su costado y pedía auxilio.

Echaron la escala, y doña Leonor con la niña, Gamboa y los seis galeotes entraron á bordo.

En el puente había un venerable anciano de larga barba blanca y de semblante benévolo.

Su tipo era completamente árabe.

Gamboa, que por sus frecuentes excursiones á Africa en su larga vida de marino, hablaba el árabe lo bastante para entender y ser entendido, contó á aquel anciano sus aventuras de aquella noche, y concluyó diciéndole:

—No somos enemigos de tu ley y de tu raza á quien has apresado después de un combate; sino unos pobres náufragos que te envía la voluntad de Dios: si eres buen creyente y temeroso del Señor, obrarás con nosotros con generosidad y misericordia.

—Dios libre al anciano Ayesa-ben-Dathan de hacer presa miserable de los que les ha enviado el mar porque Dios lo ha querido, atribulados y temerosos: yo soy el caid del esclarecido sultán, que vengo de comprar doscientos esclavos para la guardia negra de mi señor: antes de que el huracán se desencadene habremos llegado á Larache, donde habito, y en mi casa os daré hospitalidad, hasta tanto que se os pueda enviar con seguridad á vuestra tierra; reposad entretanto y confiad en mi temor á Dios Altísimo y Unico.

Dos horas después, habiendo desembarcado en el puerto de Larache, doña Leonor y la pequeña Estrella, eran entregadas por el anciano caid á las mujeres ancianas de su harén.

Doña Leonor se creyó segura: fué agasajada y servida, y se entregó sin temor al descanso. De repente le despertaron unos agudos alaridos.

Aquellos alaridos provenían de las mujeres del harén, en el cual habían penetrado hombres feroces que las arrebataban fuera.

Doña Leonor con Estrella fué sacada también, y llevada al puerto, donde la embarcaron con las siete mujeres jóvenes y las cuatro ancianas del harén de Ayesa-ben-Dathan, en un barco corsario del emperador de Marruecos.

El temporal previsto por Gamboa había sobrevenido, pero había pasado ya.

La nueva y desesperada situación en que se encontraba doña Leonor con Estrella, consistía en que durante la ausencia de Larache de Ayesa-ben-Dathan, sus enemigos le habían ca-

lumniado acusándole de rebeldía contra el sultán, y éste había mandado se le cortase la cabeza y se confiscasen sus bienes.

Poco después de haber entrado en el puerto de Larache la galeota de Ayesa-ben-Dathan, entró la que conducía al arrayaz encargado de cumplir la sentencia.

Aben-Dathan fué sorprendido, decapitado en el acto, saqueada su casa y sus tesoros; sus mujeres y sus esclavos llevados á bordo de la galeota del arrayaz Abu-Zafir.

Doña Leonor, Estrella, Gamboa y los seis galeotes, fueron considerados como esclavos de Ayesa-ben-Dathan, y conducidos á Tánger, en cuyo bazar se les puso en venta.

El alcaide de Tánger se enamoró de doña Leonor, y creyendo hija suya á Estrella, las compró á ambas en un alto precio.

He aquí por qué doña Leonor de Portugal se encontraba en el harén de Mohammed-ben-Zeid, llevada á la muerte por el horror, por la desesperación de verse sentenciada á ser la esclava favorita del alcaide de Tánger.

La Providencia había sido terriblemente justa con doña Leonor, que había llevado su venganza contra don Juan hasta un extremo horrible, arrebatándole su hija.

Porque nuestros lectores habrán comprendido que la niña muerta que don Juan había encontrado en el Castillo Viejo de Lisboa, no había sido Estrella Tenorio. Don Juan estaba terriblemente preocupado, delirante, fuera de sí, y se equivocó creyendo ver á su hija en aquel cadáver.

Estrella Tenorio, contando ya seis años, en el momento en que doña Leonor moría desesperada, estaba en la Kasbá de Tánger, en su harén criándose entre los hijos del alcaide Mohammed-ben-Zeid.

Durante aquellos horribles cinco años de cautiverio, degradante é infame, en que el bravo alcaide había hecho sentir su brutal pasión á doña Leonor, ésta había conocido, en la tremenda desgracia que la agobiaba, la mano de Dios.

Se había arrepentido tarde de su venganza; pero no se arrepintió por completo hasta que vio cerca de sí la muerte.

Aben-Zeid veía con una rabia reconcentrada que aquella esclava cuya hermosura le embriagaba, iba á recobrar su libertad escapándosele por la inevitable puerta de la muerte.

Por eso fijaba en ella la mirada salvaje y sombría de sus ojos negros, con un furor inexplicable.

Un cautivo, zapatero de viejo, andaluz, lla-

mado Agustín Moratilla, fué el intérprete que sirvió por la última vez para que se entendiesen el alcaide y doña Leonor.

—¿Qué dice?—preguntó el alcaide á Moratilla, después que la moribunda hubo pronunciado con trabajo algunas palabras.

—Dice, mi buen señor, mi noble señor, mi poderoso señor—contestó Moratilla sin levantar los ojos y con la cabeza inclinada—, que si hay entre los cautivos cristianos en Tánger algún sacerdote, le hagás venir por amor de Dios Altísimo y Único.

—¿Y hay algún perro cristiano como le quiere la luz de mis ojos?—dijo el alcaide.

—Sí, magnífico señor, poderoso: en tus jardines hay un fraile capuchino portugués que se llama el padre José de Coimbra.

—¿Y qué es capuchino?

—Un capuchino, excelente señor, es un santón, un faquí de los cristianos.

—¡Juzeph!—gritó el alcaide—; vete con Ali, y que le entreguen el cautivo que él elija, y le dejen venir con él aquí.

Moratilla, á quien había llamado Ali el alcaide, salió siguiendo á un esclavo negro que se había presentado á la puerta.

Doña Leonor permanecía con los ojos cerrados, respirando de una manera violenta, teniendo sobre sí la sombría mirada del alcaide que permanecía inmóvil.

Diez minutos después volvió Moratilla trayendo consigo un anciano cubierto de andrajos, en cuyo pie izquierdo se veía un grillete, en el que se aferraba una pesada cadena que iba á terminar en una argolla que tenía al cuello.

El aspecto de aquel hombre demostraba que sufría, con una resignación verdaderamente evangélica, un rudísimo cautiverio, mucho más duro aún por lo avanzado de su edad.

Treinta años de cautiverio llevaba en Tánger el buen padre José de Coimbra, y aunque la apostasía le hubiera libertado de la esclavitud, aunque había sufrido los más crueles tratamientos, no había pensado ni un solo instante en renegar de Jesucristo.

—He aquí, magnífico señor—dijo el renegado zapatero—, el perro santón cristiano.

Doña Leonor abrió entonces los ojos, y al ver al venerable anciano, extendió hacia él sus blanquísimos brazos desnudos y exclamó con ansia.

—¡Escuchadme, por caridad, en confesión, padre mío!

—¿Qué dice?—preguntó bruscamente el alcaide.

—Dice que quiere quedarse á solas con él—contestó Moratilla.

—Vete—dijo Aben-Zeid.

Moratilla salió: tras él salió el alcaide.

El padre José de Coimbra y doña Leonor quedaron solos.

Doña Leonor estaba devorada por la fiebre, que la mataba.

Sin embargo, como si la misericordia de Dios hubiera querido prestarla fuerzas en aquel supremo momento, á pesar de su enfermedad, su razón era fuerte y clara.

—Mucho habéis sufrido, hija mía—dijo el padre José al ver la demacración de doña Leonor.

—Yo he nacido para sufrir, padre mío—contestó doña Leonor—; pero no he tenido fuerza bastante para sufrir con resignación mis desgracias, para escuchar siempre la voz de la virtud; he sido ofendida, y no he sabido perdonar; he buscado con ansia la venganza, la he sacrificado mi honra y mi corazón, y Dios me ha traído al miserable estado en que me veis.

—Dios es la eterna justicia, la justicia inevitable—dijo el padre José—; pero regocijaos, hija mía, puesto que Dios, haciendo caer sobre vuestra cabeza la desgracia, la desesperación y la muerte, cuando os encontráis en lo mejor de vuestra vida, ha querido tocaros el corazón para que os volváis á él, buscando su misericordia: no envidiéis al malvado que muere de improviso entre los placeres, sin haber probado sobre la tierra los terribles efectos de la justicia del Señor, porque ese malvado es una criatura condenada.

—¡Oh! padre mío; cuantos sufrimientos puede probar una criatura sobre la tierra, los he probado yo; sufrimientos que son una copia, cuanto pueden serlo los dolores de la vida, de las eternas penas á que Dios sentencia á los réprobos: yo soy doña Leonor de Portugal, nieta del duque de Viso.

—Descendiente de una raza maldita—dijo tristemente el padre José.

—Los pecados de mi raza han caído todos sobre mí—dijo doña Leonor—; mirad dónde estoy: esclava de ese miserable, muerta por el horror de ser suya: sentenciada á las infames impurezas del harén, privada de todo consuelo entre estúpidas y brutales mujeres que me envidian porque su horrible señor me prefiere á ellas: ¡oh! no sabéis cuánto he sufrido, cuánto sufro y con cuánto placer saludaría á la muerte si tuviese la seguridad de que Dios en su misericordia perdonase mis pecados y aceptase como una expiación de ellos los tormentos que he sufrido.

—Las culpas de los padres caen sobre los hijos: así lo ha querido la infinita sabiduría de Dios, pero la misericordia de Dios es también infinita: bienaventurados los que lloran sus pecados sobre la tierra, porque ellos serán perdonados.

—Padre, la vida se me escapa, lo siento—dijo doña Leonor—: no tengo tiempo para rela-

taros mi historia, para enumeraros mis gravísimas culpas: he pecado gravemente, cuanto puede pecar una criatura; he llevado mi venganza hasta la infamia, hasta la sangre: un hombre apareció un día delante de mí y me volvió loca: le amé como yo no creía que podía amarse sobre la tierra: este hombre era un ser terrible, un ser funesto, abandonado á su destino; un hombre sobre el cual pesa sin duda una maldición, porque allí donde él pone el pensamiento ó el deseo, allí sobreviene una horrible desgracia: este hombre se llama don Juan Tenorio.

—¡Ah! no es un malvado, padre, es un desventurado á quien arrastra su destino: es una criatura sentenciada que sufre, como yo, los resultados de las culpas de sus padres.

Sucedió un ligero intervalo de silencio, durante el cual pareció tomar descanso doña Leonor, y rezó el anciano sacerdote.

Al cabo doña Leonor dijo:

—Don Juan Tenorio me sedujo y me abandonó;



¡Era su destino! (pág. 52.)

—¡Ah! ¡don Juan Tenorio! — exclamó el capuchino.

—¿Le conocéis, padre?

—Su funesta fama ha llegado hasta las mazmorras donde gimen los cautivos de los piratas berberiscos: cada día entran nuevos cautivos que traen noticias de Europa: las noches de encierro son largas y tristes: se habla, se cuenta, y al cabo de algún tiempo, cada cautivo ha contado cuanto sabe: yo he escuchado, estremeciéndome, una y otra terrible aventura de ese don Juan, y tanto he llegado á temer por su alma, que todos los días cuando levanto á Dios mi espíritu le ruego por él.

tanto le amaba, tanto le amo aún, tanta fué mi desesperación al perderle, que por él lo arrojé todo, sin perdonar crimen ni vileza; le perseguí, y siempre le salvó de mí su terrible destino: al fin pude robarle su hija, una pequeña hija, el ser en quien se había concentrado todo el amor de don Juan: fui manceba del rey de Portugal, y el rey de Portugal tuvo medio para hacer creer á don Juan que su perdida hija era muerta, presentándole el cadáver de una pobre niña, hija de un oscuro matrimonio de la ciudad de Lisboa: don Juan creyó encontrar un parecido entre aquella niña y su esposa.

—¡Ah! ¡horrible, horrible!—exclamó el padre José—¡hacer creer á un padre en la muerte de su hija!

—Esperad—dijo doña Leonor—; aun no conocéis todo lo horrible de mi crimen: ¿sabéis por qué robé yo á su hija á don Juan? ¿creéis que fué solamente para hacerle creer que su hija había muerto?... ¡ah! no; esto no era más que una parte de mi terrible venganza: yo quería criar aquella niña, educarla para el mal, perderla, degradarla, envilecerla; cuando llegase á ser mujer, presentarla un día á su padre, hacerle conocer con pruebas indudables que aquella despreciable mujer era su hija, y decirle: Honra por honra, infamia por infamia, alma por alma; yo soy doña Leonor de Portugal, que se venga al fin.

El padre José rezaba con la cabeza inclinada sobre el pecho: se estremecía, estaba pálido como un cadáver.

Doña Leonor le miraba con ansia.

—¿No es verdad, padre mío—dijo doña Leonor juntando sus manos—, que no hay perdón para mí?

—¿Sentís un verdadero dolor por vuestros crímenes?—dijo el padre José.

—Sí, padre mío, sí; un dolor que me amarga el alma de una manera insupportable, un dolor que me mata.

—Y ese dolor ¿proviene del miedo que tenéis á la justicia de Dios? ¿es vuestro dolor por vuestra propia culpa y no por terror á su castigo?

—Es, padre mío, porque estoy horrorizada de mí misma, creedme, creedme; este dolor es en gran parte la causa de mi muerte cuando aun era fuerte y hermosa, cuando se prosternaba á mis pies, dócil como un perro Aben-Zeid, cuando todo su anhelo era conocer un deseo mío para satisfacerle, cuando estaba muy lejos de mí la muerte, ya sentía yo este voraz remordimiento que me mata, y el sincero arrepentimiento de mis culpas. ¡Oh! mil veces he suplicado de rodillas á Aben-Zeid devolviese su hija á don Juan, le propusiese su rescate: en vano le hablé de las inmensas riquezas de don Juan y del crecido rescate que daría por su hija: Aben-Zeid se mantuvo inflexible.

—No, no—me decía con su sonrisa feroz de tigre—; esa niña será más hermosa que tú.

—¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío!—exclamó el padre José—, y cuan incomprensibles son tus decretos, cuando permites la existencia de esos infames idólatras, de esas bestias salvajes que no tienen más Dios que su avaricia, su ferocidad y su concupiscencia.

—¡Padre! ¡padre!—exclamó doña Leonor— ¿creéis que mi martirio, que mi horrible martirio sea bastante expiación de mis crímenes?

—Yo soy un humilde sacerdote; yo no puedo prometeros nada en nombre del Señor; pero como sacerdote, como ministro del Altísimo, suponiendo vuestro entrañable dolor por vuestras culpas, vuestro arrepentimiento y vuestro ardiente deseo de reparar si os fuera posible todo el mal que habéis causado, no sólo á vuestro prójimo si no á vos misma, en caridad, é impetrando para vos la misericordia del Señor, viéndoos en el último instante de vuestra vida y terminado vuestra confesión, os absuelvo. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El sacerdote se alzó de junto á doña Leonor, llegó á la puerta y llamó con mansedumbre, pero sin humillación, sin miedo, al alcaide.

Aben-Zeid entró y el padre Coimbra le dijo:

—Tu cautiva muere y teme á Dios, á ese Dios que es tu Señor como lo es mío: al Dios de Abraham, de Jacob y de Ismael.

—¿Y qué quiere en nombre del Dios de Agar y de Ismael, el amor de mi alma?

—Quiere que su hija, la pequeña cristiana que tenía consigo cuando te apoderaste de ella, sea devuelta á su padre que vive al otro lado, en España y para que tengas más interés que el de cumplir su voluntad en devolverla, te anuncia que el sultán de España te pagará por su rescate cuanto oro quisieres.

Doña Leonor que comprendía bastante bien el árabe, aunque no le hablaba, llamó, con una débil señal, la atención del alcaide.

Este llamó á Moratilla, que era su intérprete de confianza, y cuando el renegado entró le dijo:

—Oye lo que quiere decirme el alma de mi alma.

Doña Leonor expresó á Moratilla lo mismo que había expresado el religioso al alcaide respecto á Estrella, y añadió:

—Quiero que la niña cristiana sea traída aquí para que yo la vea: yo la conozco, yo no puedo engañarme; quiero que la conozca el padre Coimbra; que cuando el emperador rescate á la niña, el padre Coimbra sea rescatado también.

—¡No, no, hija mía!—exclamó el padre Coimbra—, Dios quiere que yo apure el cautiverio para bien de mi alma; mis días están contados; pesaré yo muy poco tiempo sobre la tierra; soy un viejo inútil: que se rescate para que acompañe á esa niña á otro cristiano de los que sufren con resignación el cautiverio y que tenga más vida que consagrar al servicio de Dios.

—¡Ah! no, padre mío; será lo que yo quiero, porque Moh-hammed-ben-Zeid no negará á su desventurada esclava lo que le pide en su agonía.

El renegado transmitió todo este diálogo al alcaide.

—Eres libre—dijo el alcaide al padre Coimbra—.

bra—, libre será, para que te vaya sirviendo el cautivo que tú elijas: libre será sin rescate esa niña cristiana: yo no quiero poner precio á la última voluntad del amor de mis amores: ¡ah! ¡si yo pudiera con todos mis tesoros y con toda mi sangre salvarla de la muerte!

Doña Leonor murió aquella noche, después de haber reconocido á Estrella, que era el retrato de su madre, asistida por el venerable padre Coimbra.

Tres días después, una goleta corsaria ponía en tierra, de noche, al padre Coimbra, que llevaba un rico traje marroquí; á la niña Estrella vestida con el lujo de una sultana; á un Gonzalo de Sayavedra, capitán portugués que había sido cautivado algunos años antes, y un rico ataúd forrado de brocado, en el cual iba el cadáver de doña Leonor.

La galeota tomó inmediatamente el rumbo á Tarifa. El capitán Sayavedra se encaminó á una distante luz que provenía de una barraca de pescadores; los trajo consigo; y el ataúd, la niña y el religioso fueron llevados á la barraca, y el capitán Sayavedra guiado á la próxima ciudad de Algeciras.

Algunos días después, la emperatriz doña Isabel, que estaba en Valladolid regentando el reino en ausencia del emperador, que se encontraba en Alemania ocupado en las cuestiones que, cada día más graves, promovía la Reforma, recibió en audiencia al capitán Sayavedra, que había corrido la posta para llevar al emperador una carta del alcaide de Tánger.

A falta del emperador, la emperatriz recibió aquella carta; pero le fué imposible leerla.

Estaba escrita en un endiablado nedjid africano y en árabe casi puro.

La emperatriz, que siempre habló portugués corrido, no sabemos si por altivez, ó porque se la había atravesado el castellano, se contentó mucho con entenderse las con un portugués neto, tal como el capitán Sayavedra, y le dijo:

—¿Cuánto tiempo hace desde que fuisteis cautivo á Africa?

—Cinco años, poderosa señora—contestó Sayavedra.

—Y decídmelo: ¿entendéis bastante la lengua de los moros y su escritura para poder leerme esta carta en buen portugués?

—Sí, excelsa señora.

—Tomad y leed—dijo la emperatriz. Sayavedra hizo la traducción siguiente:

«Esclarecido y ensalzado emir de Gezira Alandalus, sultán vencedor, favorecido de Dios para

castigo de los descreídos de Dios; sultán enemigo formidable de los creyentes, adalid de la victoria, favorecido en prosperidades: el siervo de Dios, espada del Islam, seguidor de la ley, pavor de los infieles, caid de Tánger la invencible, el querido del sultán de los fieles musulines del Moghreb, el león del combate, el bultre del exterminio, Mohhammed-ben-Zid-ben-Zeitum; te saluda, aunque enemigo, reconociendo tu grandeza, y te envía paz y benevolencia del corazón por la causa y por el momento en que se ve obligado, á pesar de su odio hacia ti, por criaturas de Dios que le son queridas con toda el alma.

Sabrás que una mi esclava; ¡qué digo esclava! una mi señora, la perla de la hermosura, el rubi de la discreción, la favorecida entre las favorecidas por Alláh, Leonor de Portugal ha muerto, llenando mi alma de una sombra densísima de dolor, que no puede interrumpir ninguna luz, ni ninguna alegría, ni ningún triunfo, ni ninguna vanidad.

Mi alma vive con ella, y ella, aunque muerta, vive en mi alma.

Ella ha sido el rocío de los cielos que ha penetrado en mi corazón seco, y sólo dispuesto á recibir la lluvia de la sangre del combate con los infieles.

Ella, la luz de mi vida, el edén de mi alma, ha querido que su cuerpo sea sepultado en la tierra de sus padres, y yo te la envío, sultán vencedor, emir preclaro, adalid venturoso, rogándote cumplas la última voluntad de la infortunada.

Sabrás que ella, cuando yo la compré á los que la habían cautivado en Medina Larache, traía consigo una hermosa niña, una rutilante estrella cuyo fulgor empezaba á lucir en el obscuro firmamento de la vida. Y la voluntad de mi señora es que esa niña sea entregada á su padre, el noble y vencedor marqués de Marana.

Yo te envío esa niña con un anciano faquí, infiel; con un hombre cuya virtud sería de desear para un faquí iluminado por el resplandor de la verdadera creencia.

Sultán encumbrado, yo espero que tú harás cumplir la última voluntad del arcángel de mi vida.

Yo te lo agradezco de antemano, y te deseo prosperidades con los tuyos y paz con los creyentes.

Pero sino lo cumplieres, maldigate Alláh, Único y Misericordioso, de mala ventura mueras y sea tu alma con Satanás, el mentiroso y soberbio, por toda una eterna noche.

De Medina Tánger día giuma primera de la luna de Regeb de novecientos cuarenta y uno.

—Y bien—dijo arduosamente la emperatriz—¿dónde está el cadáver de doña Leonor?

—En Algeciras, poderosa señora.

—¿Y cuánto tiempo hace que salió de Tánger?

—Diez y ocho días.

—¡Ah! ¿diez y ocho días insepulto?

—Está embalsamado como embalsaman los médicos árabes: mucho tiempo podría estar sin ser sepultado.

—¿Y la hija de nuestro buen vasallo el marqués de Marana?

—En Algeciras también, poderosa señora.

—El marqués de Marana vive loco en las Alpujarras, en la montaña en que ha nacido: nos, haremos que su hija sea conducida hasta él con el decoro que corresponde á un vasallo tan querido de nuestro muy amado esposo.

—Perdóneme vuestra majestad si la hago una observación—dijo humildemente el capitán Sayavedra—: la infeliz doña Leonor de Portugal expresó en sus últimos momentos su deseo de ser sepultada en el sitio en que reside el marqués de Marana.

—Dios perdone á doña Leonor este último y vano deseo de su vida—dijo la emperatriz—; pero puesto que así lo ha querido, así lo proveemos: capitán Sayavedra, mañana partiréis con la comitiva de nuestra casa, que queremos acompañe á la hija del marqués de Marana por el buen aprecio en que tenemos á su infeliz padre.

El capitán Sayavedra hincó la rodilla y besó una hermosa mano que le presentó la noble emperatriz doña Isabel de Portugal.

Tenía puesto una mañana el vientre al sol Gabilán, porque en el mes de mayo hace mucho frío al pie de Sierra Nevada.

Gabilán, bueno es decirlo de paso, se había puesto obeso, y andaba y se movía con la misma dificultad que los cerdos cebados.

Filosofaba nuestro buen escudero recordando las aventuras que había corrido con su amo y lo desgraciado que había sido en amores, cuando he aquí que por el borde de la cumbre asomó primero un crestón, después una celada de encaje, luego un coselete, por último un hombre de armas que trepaba con dificultad, y tras el que apareció un caballo de batalla encubertado con caparazón de guerra.

Gabilán se puso trabajosamente de pie, y esperó á que se acercase á él aquella lanza gruesa que tan intempestivamente aparecía en aquel pacífico lugar.

El hombre armado adelantó lentamente, porque el peso de su arnés, de punta en blanco, no le permitía andar deprisa, y dijo á Gabilán, cuando éste pudo oírle:

—A la paz de Dios, buen escudero.

—Con Dios vengáis, señor soldado—contestó Gabilán.

—¿Sabéis, hidalgo—dijo el de todas armas—, que si su excelencia el señor marqués de Marana pone su nido un poco más alto, nos quedamos en la escarpadura mi caballo, y yo?

—Aquí se respiran aires muy saludables, pero muy sutiles, como podéis conocer, y aunque se tira de las tres partes del año dos y media, este sitio es muy sano.

—Bien lo creo—dijo el armado—; pero decid decid á vuestro señor, su excelencia el noble marqués de Marana, que el capitán Diego Nuñez del Aceituno viene á verle.

—¿Y por qué no Nuñez del Olivo, mi buen señor?

—Porque Aceitunos fueron mis abuelos; y yo no soy ni somos Olivos; y maldita la falta, Dios nos perdone, que nos hace el serlo.

—Por muchos años seáis Aceitunos, señor capitán: ved allá en el valle si los hay grandes, pomposos y ricos: son de mi amo; más allá está Orgiva, que tiene muy buenas vides; la mitad por lo menos son también de mi amo: atengámonos á la vid, señor capitán, que es un frutal del cielo trasplantado en la tierra: dejad vuestro caballo, después de quitarle el freno, para que paze á su placer esta tierna hierba, y veníos para adentro, donde entre trago y trago del tintillo abocado de Orgiva podéis decirme lo que os placiere, porque yo soy aquí el ayuda de cámara, el mayordomo y el intro doctor de embajadores.

—¡Qué me place!—dijo el capitán Aceituno, quitando el freno á su caballo—¿queréis hacerme la merced, señor mayordomo, de deshenbillarme los hierros, que yo no puedo? porque este es de los buenos arneses antiguos de tiempo de los señores Reyes Católicos, hechos para los hombres que merecían la pena de haber venido al mundo.

—Y que sí que tenéis razón—dijo Gabilán embistiendo á desarmar al capitán Aceituno—: buen arnés de Milán os habéis encajado; y la marca, por lo que veo en la gola, es de maese Ludovico Casta, del cual tiene mi amo más de cincuenta arneses á prueba de lanza huida: este pesará por lo menos cuatro arrobas.

—Y media, señor mayordomo: él pesa, pero no hay pelota de arcabuz que le penetre, ni lanza que no resista, ni hacha de armas que no escupa; en Pavia hubiera muerto cien veces, á no ser por estas buenas armas: y qué bien que se conoce que sois escudero viejo.

—¡Ta, ta! con mi amo, á los seis meses cualquiera salía maestro.

Y entre tanto las piezas caían al suelo, y al fin apareció el capitán Aceituno en calzas, zapatos y jubón de ante; se sacó una gorra de entre el colete y se la puso, y dejando las armas abandonadas sobre la hierba, se entró en la casa asido del brazo de Gabilán, que andaba muy despacio, porque le costaba más trabajo tirar de su vientre que el que costaba al capitán Aceituno andar llevando encajada su armadura milanésa de cuatro arrobas y media.

Gabilán metió en su departamento, que estaba en el piso bajo, al capitán Aceituno, cogió de una tabla una descomunal redoma de vidrio, llena de un dorado y transparente vino, echó mano á dos vasos, los llenó, dió uno al capitán, y le dijo, chocando con el que había dado al capitán el que había conservado para sí:

—Porque hayáis venido en buena hora y con buen propósito—dijo brindando.

Y los dos apuraron los vasos que eran de á más de cuartillo.

—Ha de saber vuesa merced—dijo el capitán Aceituno, limpiándose la boca con el envés de la

la emperatriz, nuestra señora, para su excelencia la muy ilustre señora doña Magdalena de Córdoba y de Valor, señora de Valor.

—¡Ah! y en la carta dirá...

—Lo que diga, señor mayordomo: tráigola aquí en la escarcela, y os ruego me hagáis presente á la señora de Valor.

—Si no me decís para lo que traéis el ataúd, no veis á doña Magdalena.

—En el ataúd, señor mayordomo, viene una difunta.

Sacudió, por toda contestación, los dedos Gabilán.



...oprimiéndose el pecho con las manos cayó á los pies de don Juan (pág. 60.)

mano, y dejando el vaso vacío sobre una mesa—, que yo vengo con cuarenta lanzas de la guardia del emperador, con diez criados y cuatro pajes de la casa real, que tardarán muy bien una hora en llegar.

—¿Y á qué esas lanzas, esos criados y esos pajes?

—Las lanzas para el resguardo, los criados para el servicio, y los cuatro pajes para conducir un ataúd.

—¡Cuerpo del cuerpo de Belcebú!—dijo Gabilán—: ¿Y á qué diablos se nos venís con un ataúd, señor Aceituno? ¿se sabe acaso que mi señor está en sus postrimerías y quieren ahorrarse parte del gasto del entierro?

—Traigo además una carta de su majestad

—A más de la difunta y del ataúd, viene una niña de siete años, hermosa como un serafín, que es lástima que no hable más que el moro.

—¡Siete años! ¡una niña!—dijo poniéndose pálido Gabilán.

—Sí, si señor, señor escudero. Pero hacedme la merced de henchir de nuevo este vaso, porque este vinillo, tengo para mí que cuanto más se bebe, más ganas se cogen de seguirle bebiendo. Gabilán tomó la redoma, la inclinó sobre el vaso, y sin llenar el suyo, dijo anhelante:

—¡Siete años! ¡una niña! y bien: ¿cómo se llama esa niña?

El capitán no contestó hasta que hubo apurado el contenido del vaso, y luego dijo:

—Esa niña es hija legítima, de legítimo ma

trimonio, del excelentísimo señor marqués de Marana.

—¡Ah! ¡Oh!—gritó Gabilán poniéndose las manos en la cabeza y escapando con la misma ligereza que si de repente se le hubiera enjugado la obesidad y se hubiera convertido en un sarmiento.

El capitán Aceituno llenó tranquilamente el vaso y le apuró con lentitud y con delicia.

Apenas le había dejado vacío sobre la mesa, cuando apareció Magdalena en el aposento de Gabilán, seguida de éste.

—¿Decís que viene con vos la hija del marqués de Marana?—exclamó con un calor, con un arranque imponderable Magdalena.

Y el capitán Aceituno se quitó la gorra y contestó:

—Sí señora, si á fe mía, y no tardarán en llegar: yo me he adelantado cuando empezaban á preparar por la montaña: una hermosa niña, por mi fe, que es lástima que nadie la entienda, porque habla como el zancarrón de Mahoma.

—¿Traéis para mí una carta de mi augusta señora la emperatriz?—dijo anhelante Magdalena.

—Soy muy honrado en entregarla á vuecencia—dijo el capitán Aceituno, sacando un pliego de su escarcela.

Magdalena se lo arrebató, rompió violentamente la nena, y leyó lo que sigue:

«A su buena y leal Magdalena de Córdoba y de Valor, la emperatriz.

Sabed que el alcaide de Tánger nos ha remitido, con el cadáver de doña Leonor de Portugal, la perdida hija de vuestro hermano, el desventurado marqués de Marana.

Nos, hemos mandado que inmediatamente ese cadáver se os envíe y se os entregue doña Estrella Tenorio.

El padre capuchino portugués fray José de Coimbra, y el capitán Gonzalo de Sayavedra os dirán lo que no os digo en esta carta, que no es más larga porque me espera el Consejo.

Guárdeos Dios. De Valladolid á diez y siete días del mes de mayo del año de mil y quinientos treinta y siete.»

Por de contado, esta carta estaba escrita en neto portugués.

Magdalena se puso la mano sobre el corazón, besó aquella carta y dijo con voz ahogada:

—¡Su hija! ¡doña Leonor de Portugal muerta! Y salió de la habitación gritando:

—¡Ceballos! ¡Ceballos!

—¿Qué me manda vuecencia, señora—dijo Andrés Ceballos, apareciendo en el soportal de la casa.

—¡Su hija, Andrés, su hija! ¡oh! ¡si la vista

de su hija le volviese la razón!... venid, Andrés; hace una hora empezaron á subir por la montaña: ¡Antón! id al lado de vuestro señor; no os apartéis de él mientras yo no vuelva: vamos, Andrés.

—Yo también, señora—dijo el capitán Aceituno.

Los tres salieron, atravesaron la plataforma de la montaña y empezaron á descender por su difícil acceso.

Ya cerca se veían muchos hombres armados que subían con trabajo, llevando los caballos de la brida; un fraile capuchino; á su lado un hombre con traje de capitán; después una silla de manos conducida por dos machos; y por otros machos, á manera de litera, una caja larga, que era sin duda donde venía, en su ataúd, el cuerpo de doña Leonor.

Algunos criados, llevando caballos y mulos de la brida, todos con vestido de viaje, cerraban la marcha.

Magdalena apresuró su marcha, corrió casi, pasó por entre los hombres de armas y llegó hasta el capuchino y el capitán, que eran el padre fray José de Coimbra y Gonzalo de Sayavedra.

—Padre mío—exclamó Magdalena—, dejadme que vea al momento á mi sobrina.

—¡Ah, señora!—dijo el religioso—; ¡vos sois sin duda doña Magdalena de Córdoba y de Valor!

—Sí, yo soy.

—Pues bien, venid.

Y el fraile se dirigió con Magdalena á la silla de manos, que se detuvo; abrió la portezuela, y Magdalena dió un grito de alegría y adelantó hacia una hermosa niña que estaba dentro de la silla; la tomó en sus brazos y la cubrió de besos, á que la niña no contestó.

La pequeña Estrella miró con extrañeza á Magdalena, y dijo algunas palabras en árabe al padre Coimbra, á las que éste contestó.

—Me ha preguntado—dijo el religioso—, quién es la buena madre que la acaricia, y yo la he contestado que sois hermana de su padre.

Por aquella vez, cuando Magdalena volvió á besar á Estrella, Estrella tomó entre sus dos manos la cabeza de Magdalena y la besó en la boca.

—Es muy discreta y muy adelantada para sus años—dijo el padre Coimbra á Magdalena, que había echado á andar llevando en brazos á Estrella.

—Os vais á cansar, señora: es muy hermosa y pesa mucho—dijo el capitán Sayavedra.

—¡Oh! no, no me canso, no me puedo cansar—exclamó Magdalena volviendo á besar con pa-

sión á la niña—. ¡Oh! por encontrarla hubiera yo hecho un inmenso sacrificio.

Estrella dirigió la palabra en árabe al padre Coimbra.

—Me encarga que os diga que tiene grandes deseos de aprender el castellano para poder entenderos, y que debéis ser muy buena.

—Decidla, padre mío, que yo tengo más ansia que ella: advertirla que dentro de poco va á ver á su padre, ¿sabe quién es?

—Sí, se lo he dicho yo, y conoce la historia de su rapto por doña Leonor; que su madre ha muerto; que su padre está loco; y se ha afligido mucho; sabe además que es ahijada del emperador y de la emperatriz, y gran señora: yo espero que con la viva inteligencia que tiene, dentro de poco entenderá el castellano, y algo más tarde le hablará.

—Yo seré su maestra—dijo Magdalena.

—Yo no me separaré de ella en lo que me quede de vida: su majestad la emperatriz me ha procurado una licencia del general de mi orden, y puedo vivir fuera de la regla conventual.

—Yo, señora—dijo el capitán Sayavedra—, puesto que debo ser libre de mi horroroso cautiverio á doña Estrella Tenorio, me quedo á su servicio, si vos me lo permitis.

—¡Cómo! ¿habéis estado cautivo y debéis vuestra libertad á mi sobrina?—dijo con extrañeza Magdalena.

—¿No habéis reparado en el traje de la niña?—dijo el padre Coimbra.

—En efecto, es un riquísimo traje moro; pero como la emperatriz me la envía á las Alpujarras, donde todavía hay moriscos, creí que este traje fuese un capricho de la emperatriz.

—¿Y el hablar en árabe, doña Estrella?—dijo el fraile.

—Es verdad; estoy loca de alegría y en nada reparo. ¿Pero qué es esto? ¿de dónde venis?

—De Tánger, señora, donde ha muerto cautiva doña Leonor de Portugal.

—¡Ah! ¡cautiva doña Leonor!

—Sí, si señora; fué apresada por moros cuando huía en un barco del rey de Portugal, del marqués de Marana.

—¡La providencia de Dios!—exclamó Magdalena.

—Doña Leonor ha sido bien castigada; ha sufrido mucho sujeta á la brutal pasión del alcaide de Tánger; su expiación ha sido horrible; durante cinco años de un cautiverio insoportable, cuando se sintió cercana á la muerte, pidió un sacerdote cristiano, y yo fui llevado junto á ella; el alcaide la amaba tanto, que accedió á su deseo de que doña Estrella fuese devuelta á su padre, y de ser ella misma enterrada en el suelo de España, junto al lugar en que habitase el señor marqués de Marana: para cumplir la última voluntad de doña Leonor, el alcaide de Tánger nos dió la libertad sin rescate; mandó embalsamar el cuerpo de doña Leo-

nor, le hizo envolver en una rica mortaja y encerrar en un ataúd magnífico; mandó cubrir de galas, tal como veis, á doña Estrella, me dió un cofrecillo que traigo en mi equipaje con algunas preciosas joyas para que doña Estrella las use cuando sea mujer, y en un barco nos envió con doña Estrella y con el cadáver de doña Leonor á Algeciras, dándome una carta para la emperatriz, que el capitán Sayavedra que es este compañero mío de cautiverio, llevó á la corte, donde le envié para que averiguase el paradero del señor marqués de Marana. Cuando el capitán volvió, me dijo que la emperatriz le había encargado os dijese que siendo doña Estrella su ahijada, y vos tan próximamente parienta suya, volváis á la corte, donde quiere se eduque á doña Estrella Tenorio, en la misma casa real.

—¡Oh! la buena emperatriz doña Isabel se ha olvidado ya de que no siempre he sido humilde y respetuosa para con ella; ¡bendiga Dios su virtud! Pero ya estamos cerca, padre mío; hemos llegado á la cumbre, y esa que veis es nuestra casa, y la vuestra también.

—Gracias, señora: en mi tendréis siempre un anciano temeroso de Dios, y un sacerdote que os prestará la ayuda de su consejo siempre que se la pidáis.

Estaban ya á la puerta de la casa, en que se veía el resto de la servidumbre de don Juan y de Magdalena, que consistía en dos doncellas y ocho criados.

—¿Qué hacemos de esto, señor capitán?—dijo uno de los pajes encargados del ataúd á Gonzalo Sayavedra.

—¡Ah! es cierto—dijo Magdalena—; lo mejor sería que, después de descansar, se llevase el cadáver á la iglesia de la vecina villa de Orgiva; en tanto, que la entrea en casa, en una de las salas bajas.

Los pajes abrieron la caja exterior, sacaron el ataúd, que estaba cubierto de riquísimo brocado y el que el padre Coimbra había añadido en Algeciras, un Crucifijo de plata, porque en Tánger, como era natural, se habían olvidado de poner en el ataúd el signo de la Redención, y se entraron con el ataúd en la casa, seguidos de los criados que formaban su acompañamiento.

Todos, como ya se ha dicho, criados y pajes, pertenecían á la servidumbre de la casa real.

El cadáver fué puesto sobre una mesa, en un magnífico salón bajo.

Y decimos en un magnífico salón, porque Magdalena había querido que la casa levantada en el mismo lugar en que estuvo el «Castillo del Diablo», fuese un palacio.

No podía ser menos la vivienda del noble y

riquísimo marques de Marana, que conservaba, á pesar de su locura, todos los honores y preeminencias que le había dado el emperador, inclusa la capitania general de la guardia española.

Magdalena mandó que inmediatamente dos criados fuesen á la cercana villa de Orgiva, y trajesen de ella un paño mortuorio, candeleros y blandones, y á más, una docena de frailes franciscanos para que velasen el cadáver y rezasen por el alma de la difunta.

Magdalena, sin dejar de los brazos á Estrella, subió á sus habitaciones y entregó la niña á las doncellas.

Luego, con el padre Coimbra y el capitán Sayavedra, pasó palpitante á la habitación de don Juan, alentando una esperanza.

Estrella era el vivo retrato de su madre.

La mujer que más había amado en el mundo don Juan, era doña Estrella.

Magdalena esperó, y no sin fundamento, que la vista de su hija causase en don Juan una conmoción bastante á volverle la razón.

—Vais á ver un cadáver vivo, padre mío, señor capitán; mi pobre hermano es ya un cuerpo que se mantiene mal sobre la tierra: si le hubierais conocido en otro tiempo, os asombraríais al verle en el estado en que se encuentra: pero entremos.

Y Magdalena abrió la mampara.

Entraron.

Gabilán, que estaba sentado junto á su amo, se levantó precipitadamente.

Don Juan, vestido con un traje negro de terciopelo, con los cabellos completamente blancos, pálido hasta toda la intensidad de la palidez, flaco hasta no tener más que huesos y piel, inmóvil, insensible, inerte, con la mirada fría y sin objeto, estaba, no sentado, sino echado en un ancho sillón, en una especie de poltrona, puesto al sol, que entraba de lleno por uno de los balcones.

—Ved en lo que se ha convertido el hombre más hermoso, más bravo, más terrible del mundo—dijo con dolor Magdalena.

—Dios da y Dios quita—dijo el capuchino—, Dios ensalza y Dios abate: no hay poder sino en Dios.

—Yo he oído hablar mucho de don Juan Tenorio—dijo Sayavedra—, y en verdad que al verle ahora no se comprende que haya hecho lo que dicen.

—¡Oh! ¡si á lo menos recobrase la razón...!—

dijo Magdalena—, ¿no os parece, padre mío, que sería bueno presentarle su hija?

—Sí, si primero recordase algo, menos grave para él—dijo el capuchino—, algo que le llevase á acordarse de su hija.

—¡Doña Leonor!—exclamó Magdalena.

—¡Doña Leonor! ¡un caláver!—exclamó el capuchino.

—Sí; esperemos, esperemos á que traigan el paño mortuorio, los blandones: yo pude averiguar en Lisboa que se volvió loco á la vista de una niña muerta que creyó su hija, y al verla de repente, entre luces funerarias; id, Antón, que otros dos criados marchen y avisen á á los otros que no se detengan ni un punto en traer lo que se necesita para que ese cadáver esté como corresponde: id.

Gabilán salió.

Magdalena, el padre Coimbra y Sayavedra se quedaron conversando.

Al obscurecer estaba sobre una mesa enlutada, rodeada de blandones amarillos y cercada de frailes que rezaban en voz baja, el cadáver de doña Leonor.

Don Juan tenía derecho, como caballero del Toisón de Oro, y como capitán general de la guardia española, á una guardia de alabarderos, de que sus criados tenían el uniforme y las armas prescritas. Así es que á cada uno de los ángulos de la mesa en que estaba el ataúd, se veía un hombre apoyado en una alabarda, con el uniforme de la guardia española.

El cadáver estaba descubierto. Fuese por accidente, fuese por la bondad del embalsamamiento, doña Leonor no se había desfigurado; más que muerta parecía aletargada, sujeta á un desmayo profundo.

Se abrió la puerta del salón y apareció don Juan, insensible, llevado en un sillón en hombros de cuatro criados.

Magdalena iba junto á él observándole, completamente vestida de negro.

Detrás las dos doncellas de Magdalena, llevando de la mano á la pequeña Estrella, que todavía no había sido presentada á don Juan.

A la derecha de las doncellas iba con sus severos hábitos de capuchino el padre Coimbra; á la izquierda, bizarramente vestido, con un traje nuevo que había sacado de su maleta, el capitán Sayavedra; detrás Gabilán, seriamente vestido de negro, con su varita de jefe de la servidumbre en la mano; y por último nadie, porque nadie más había en la casa.

El capitán Aceituno, vestido completamente de amarillo, es decir, con el colete y los calzones de ante, de debajo de la armadura, asomaba á la puerta, y mirando desde ella se agrupaban los pajes, los criados de la casa real y los

hombres de armas-que habían venido con la niña y con el cadáver.

Magdalena había querido dar á aquel acto toda la solemnidad posible, porque si don Juan se conmovía y reconocía á su hija, hubiese testigos del reconocimiento.

Magdalena observaba atentamente á don Juan.

Pasó algún tiempo.

Don Juan miraba cada vez con más intensidad al cadáver.

En tanto, los frailes rezaban: los demás estaban inmóviles y mudos.

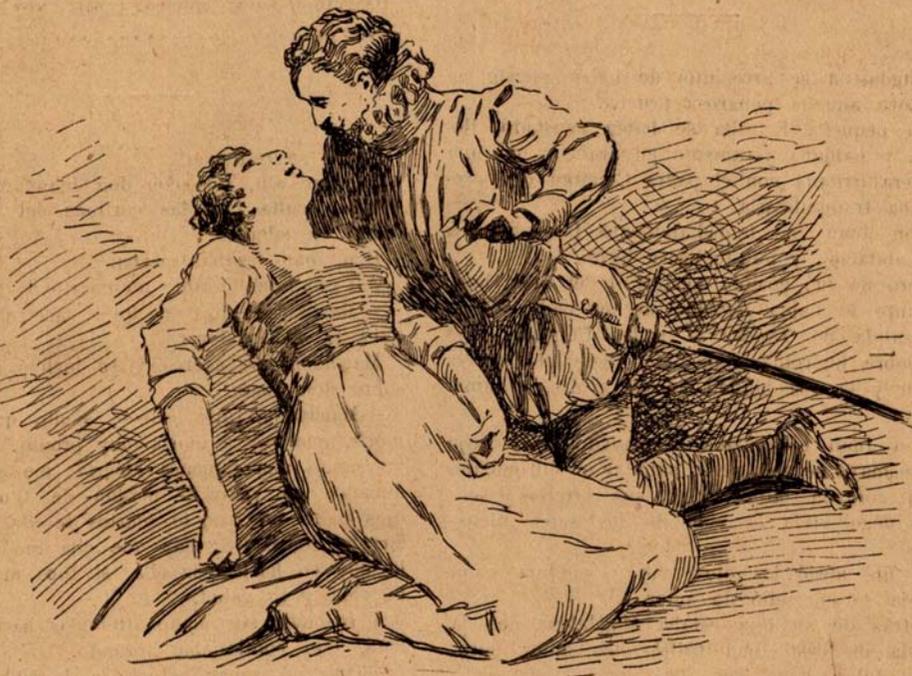
Magdalena ahogó un grito de alegría.

Había oído decir á don Juan en voz apenas perceptible:

—¡Maldito! ¡maldito! ¡maldito!

Magdalena se volvió: cogió á Estrella, que estaba tras el sillón de su padre, y la tomó en los brazos.

—Coged dos blandones—dijo á las doncellas—y alumbrad el semblante de la niña.



—Adiós, don Juan: yo muero y te perdono (pág. 65).

Al abrirse la puerta, al ver las luces y al cadáver, don Juan se estremeció.

Su mirada vaga y sin objeto, se fijó aunque débilmente y permaneció fija en el cadáver.

—Adelantad, adelantad — dijo en voz baja Magdalena.

Los criados adelantaron y llegaron hasta poner á don Juan cerca de la cabeza del cadáver.

Magdalena no alentaba.

A un costado de don Juan, observándole, no apartaba de él los ojos.

La mirada de don Juan, fija en el rostro de doña Leonor, iba creciendo en fuerza: parecía como que una débil luz iba encendiéndose en aquella mirada, creciendo.

Las doncellas obedecieron.

Magdalena quitó de sobre los rubios cabellos de Estrella la toca árabe que los cubría, y cruzó por delante de su pecho las largas trenzas rubias de la niña.

Como si ésta hubiera comprendido de lo que se trataba, estaba inmóvil, seria, grave, y se parecía más que nunca á su madre.

—Antón—dijo Magdalena—; decid á los criados que sostienen el sillón de vuestro amo que le vuelvan lentamente hasta que quede faz á faz de su hija.

Don Juan siguió fijando su mirada en el cadáver, en tanto que le fué posible, atendida la vuelta del sillón.

Luego se vió en un espejo y se irguió.

Por último, al quedar de frente á su hija,

sus ojos se dilataron, lanzaron un destello ardiente, y extendió los brazos hacia la niña, que se había lanzado hacia él desde los brazos de Magdalena.

Estrella sabía, porque se lo había dicho el padre Coimbra, que aquel señor era su padre.

Estrella tenía ya siete años, y pensaba, discurría, era inteligente.

Comprendió que debía ayudar á la emoción que veía en su padre, y se arrojó en sus brazos y le besó.

—¡Estrella! — exclamó don Juan con una voz tan pujante como en sus mejores tiempos. Y luego se desplomó en el sillón.

Se había desmayado.

Magdalena se arrepintió de haber puesto en práctica aquella peligrosa prueba.

La pequeña Estrella se había asustado, lloraba y hablaba vivamente en árabe y de una manera irritada con el padre Coimbra que procuraba tranquilizarla.

Don Juan fué inmediatamente trasladado á su habitación y puesto en el lecho.

Pero no fué posible separar de él á su hija.

Tanto le había hablado de su padre desde su salida de Tánger el padre Coimbra, que la pobre huérfana, que había heredado el corazón y la sensibilidad de su madre, le amaba ya.

Don Juan continuaba desmayado. Pero bajo su desmayo se veía vivir, palpar el sufrimiento.

Su corazón latía, latían sus arterias; sentía; luego vivía la vida de los seres racionales.

Al fin, abrió los ojos; vió á su hija y su mirada se encendió de amor.

Detrás de su hija estaba Magdalena: en la mirada de don Juan brilló otro amor puro, casto, dulce.

Sonrió.

Asió la cabeza de Estrella y la besó dulcemente en la boca, sin el arrebato de un loco, y rompió á llorar.

Era la primera vez que don Juan lloraba.

—¡Oh, padre, padre mío! ¿por qué lloráis?— dijo en árabe Estrella.

—Por este sueño, por esta visión de los cielos que me deja ver á mi hija — contestó en árabe don Juan.

Ya sabemos que don Juan fué criado hasta cierta edad por el infante Sydi-Atmet el Omeya.

Acontece el fenómeno de que los locos cuan-

do recobran la razón, y á cierta edad los viejos, recuerdan con una gran lucidez lo que supieron, lo que hicieron en sus primeros años.

—¡Ah!—exclamó el padre Coimbra en castellano—. Dios, señor marqués, os ha tocado con su santa mano, y ha desvanecido el profundo letargo en que su voluntad os había sepultado.

—Pero... esto no es un sueño—dijo incorporándose don Juan, abrazando siempre á Estrella—; vive mi hija: yo la vi muerta... muerta en aquella horrible cámara del Castillo Viejo de Lisboa.

—¡Ah! no, hermano, no—dijo Magdalena—; te engañaron: tu hija vive, y tú vives también.

Don Juan besó de nuevo á su hija, llorando, la separó de sí, y dijo dejándose caer sobre la almohada:

Dejadme solo: quiero rezar: voy á morir.

Todos se retiraron.

Quedóse allí, sola con don Juan, Magdalena. Sola oculta tras las cortinas del lecho, llorando en silencio.

Don Juan rezaba, rezaba.

Así continuó durante un cuarto de hora.

—Magdalena—dijo al fin—, acércate; ¿estás ahí? te siento llorar.

Magdalena se acercó y se inclinó sollozando sobre don Juan.

—Magdalena—dijo éste—, siento que voy á morir, que voy á morir muy pronto: no llores; yo siento una inmensa alegría; me siento perdonado: he visto el perdón de Dios en los ojos de mi hija: no te apartes de ella, hermana: sírvela de madre; haz que ella me ame; haz lo que yo haría por ella, si Dios me volviese la vida y la salud.

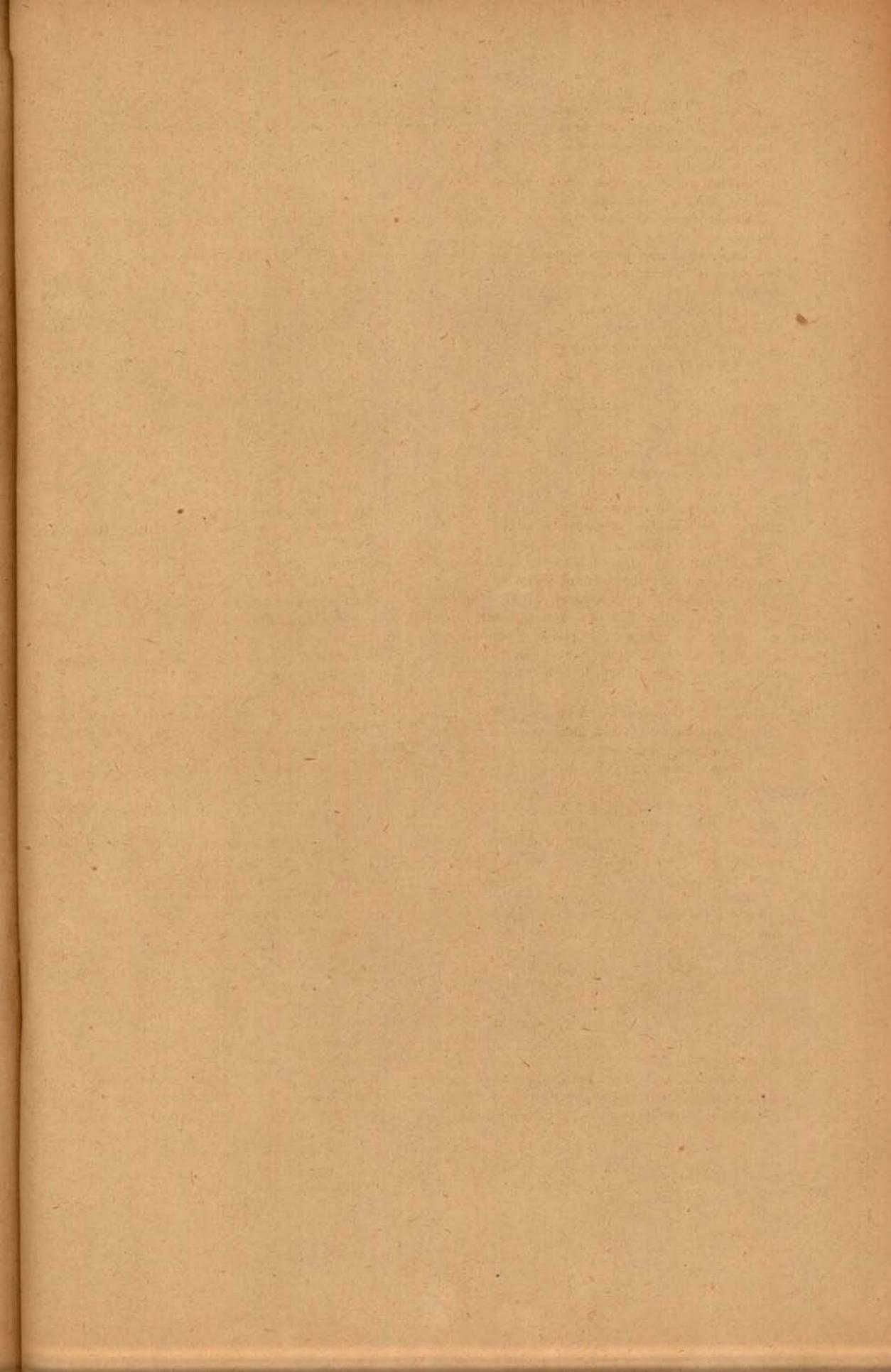
Y extendió sus manos trémulas hacia Magdalena, que continuaba llorando.

—Que no sepan nunca la horrible historia de la maldición de nuestra raza: esa maldición ha descargado entera sobre mí, y la justicia de Dios no se ha satisfecho hasta que ha roto con el espanto mi corazón y mi cabeza. Magdalena, yo he visto aquí poco antes un sacerdote, que entre; déjame solo con él; despedámonos para siempre... para siempre no, hasta el cielo.

Magdalena dió un grito. Era inútil ir á buscar al padre Coimbra.

Don Juan Tenorio había muerto.

Con él se había extinguido la maldición que Dios había lanzado sobre su raza.



# NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL

Se ha publicado el quinto tomo, Historia de la República Romana, por Michelet; El Imperio Romano, por Víctor Duruy, é Historia de la Literatura Romana, por A. Pierrón. Numerosísimas ilustraciones. Láminas y mapas en color. La Historia más moderna y más completa del mundo. CINCO pesetas tomo en rústica y SEIS pesetas encuadernada en tela.

Mesonero Romanos, 42.--MADRID

## MAGNIFICAS TAPAS

en tela para encuadernar cuatro ó cinco volúmenes de la NOVELA ILUSTRADA. Tapas especiales para encuadernar.

Las novelas de Victor Hugo, en 2 tomos. Las de Tolstoy, en un tomo.—*Los tres Mosqueteros y Veinte años después*, en un tomo.—*El Vizconde de Bragelonne*, en un tomo.—*El Conde de Montecristo*, en un tomo.—*Ascanio y Las Dos Dianas*, en un tomo.—*El paje del Duque de Saboya*, *El Horóscopo*, y *la Reina Margarita*, en un tomo.—*La Dama de Monsoreau* y *los Cuarenta y cinco*, en un tomo.—*Rocambold*, en ocho tomos.—*Memorias de un Médico* en un tomo.—*El Collar de la Reina*, en un tomo.—*El Tribunal de la Sangre*, en dos tomos.—*El Siglo de las tinieblas*, en dos tomos.

## UNA PESETA

Forman un hermoso tomo de lujo, encuadernado á la inglesa.

Pedidos: Mesonero Romanos, 42, y á los correspondientes en provincias de la NOVELA ILUSTRADA.

## Novísima Geografía Universal

POR Onésimo y Eliseo Reclús.

Traducción y prólogo de V. Blasco Ibáñez.

Seis volúmenes en 4.º, compacta lectura, más de 1.000 grabados de Doré, Rehnault, Vierge, etc. Numerosos mapas en colores.

4 pesetas el tomo.

Elegantemente encuadernado en tela, cinco pesetas.

LA OBRA MAS BARATA DEL MUNDO

La Editorial Española Americana.

Mesonero Romanos, 42, Madrid.

## Grabador en metales.

FUENTES, 7.

## Los Muertos Mandan

NOVELA

por

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Tres pesetas en todas las librerías.

## LA CIENCIA PARA TODOS

MANUALES CIENTÍFICOS. LOS MAS PRACTICOS. LOS MAS ECONOMICOS

Historia de Europa.—El Polo Artico y sus misterios.—El mundo de los microbios.—Agricultura científica.—La Vida íntima de los griegos y los romanos.

Numerosos grabados. Encuadernados en pasta. UNA PESETA VOLUMEN.

## Las novelas del detective Sherlock Holmes. por A. Conan Doyle.

Un crimen extraño.—El perro de Baskeville.—La marca de los cuatro triunfos de Sherlock Holmes.—Nuevos triunfos de Sherlock Holmes.—Policía fina.—El Problema final.—La resurrección de Sherlock Holmes. Una peseta volumen.